

BOLETIN SALESIANO

MAYO 1934 JUNIO

A LA GLORIA DE

SAN
JUAN
BOSCO



Las
Grandes
Jornadas

Hermoso cuadro de altar

de la
Canonización

del pintor Guglielmino.

LAS SOLEMNIDADES DE ROMA

DIA 1° DE ABRIL

En la Pascua diecinueve veces Centenaria de la humana Redención, y ante muchedumbres inmensas venidas de todo el mundo, Don Bosco recibe la corona de la santidad de manos del Pontífice Pío XI.

La gran hora de Don Bosco, hora de gloria y de amor, de luces y de hosannas, de la que miles de Hijos suyos y millones de devotos y admiradores estábamos pendientes, ha sonado finalmente, y la Bondad Divina nos ha concedido la dicha, o mejor el privilegio inmenso, de oír sus alegres campanadas que han repercutido en el mundo entero, y entre los alerías de Pascua, vivir esta hora inolvidable.

Pero las formidables jornadas de la Canonización desbordan los límites usuales de la Crónica del *Boletín*, y sería pretensión inútil querer proyectarlas sobre el papel, en su propio tamaño y con sus colores locales, porque no hay palabras en ninguna lengua que fielmente puedan hacer esto.

La inmensa y universal expectativa que precedió a las fiestas y los anuncios y preparativos, de todo género, hacían presagiar que en Roma y en Turín veríamos cosas nunca imaginadas, y así ha sucedido en efecto.

Hoy la prensa de todo el mundo, al reseñar y describir estas solemnidades, con rara unanimidad, reconoce que la Santificación de nuestro Fundador y Padre, la clausura del Año Santo de la Redención y la Pascua de 1934 han constituido un sublime y resplandeciente trígono de tan colosales proporciones,

que su importancia vendrá a ser consagrada como un acontecimiento histórico.

Nunca habíanse visto en la Roma imperial y papal tantos peregrinos juntos; nunca habíanse oído hablar tantas lenguas; nunca habíanse reunido tantos Príncipes; nunca la primera Basílica del orbe habíase ataviado con tan ricas y magestuosas galas; nunca los vítores y aplausos habían resonado con tan férvida unanimidad y entusiasmo.

No menos de 300.000 personas habría en Roma la víspera de Pascua, fuera de la población normal, de las cuales acaso una tercera parte lograron acomodarse, el día siguiente, en la inmensa Basílica, apretujadas contra las vallas de los diferentes compartimientos; arracimadas en gradas, pedestales y tribunas; prensadas en todas partes, y aceptando de buena gana posturas las más incómodas e inverosímiles.

Aunque el aforo de San Pedro se dice que es de 50.000 almas, podemos afirmar que el 1 de Abril esta cifra fué, no sólo rebasada de un modo absoluto, sino acaso también doblada.

Otros centenares de miles de criaturas estuvieron a pie firme en el gigantesco hemisferio exterior de la plaza, desde el principio hasta el fin de la ceremonia, o sea, siete horas cabales.

Por doquiera veíase brillar el emblema Salesiano con la imagen del nuevo Santo, floreciendo en todas las solapas, y blasonando todas las vestes talaras.

Hay que pensar en el inmenso valor que, para el mundo cristiano, representa una fiesta como ésta, que ha visto fundidos, en un triunfo magnífico de espiritual armonía,

tres acontecimientos altísimos, y ha culminado con la exaltación apoteósica de uno de los más gloriosos y venerados atletas que el catolicismo de todos los tiempos haya producido jamás: *Don Bosco*.

Porque no había seguramente en todo el Año Cristiano una fecha más a propósito que la Pascua para clausurar el gran Jubileo conmemorativo del Sacrificio de la Cruz, como no había ninguna solemnidad más apropiada que ésta, para proclamar Santo al hombre que empleara todos los alientos de su vida en lograr que los frutos de la Redención lleguen hasta los últimos confines del mundo, y aprovechen a todas las naciones y a todas las almas.

La circunstancia de que el Santo Padre haya querido colocar este hecho en uno de los momentos más culminantes y significativos para el mundo cristiano, demuestra, además, la especial y meritísima calificación que, a la Silla Apostólica, no menos que al pueblo creyente, merecen las Obras maravillosas del humilde Sacerdote santificado.

La liturgia de la Canonización se ha desenvuelto tal como la habíamos descrito en nuestro Boletín de Marzo, salvo detalles y matices que le han dado fisonomía propia.

Para no incurrir, pues, en inútiles repeticiones, habremos de reflejar ahora, especialmente en lo que se refiere a la fiesta de San Pedro, tan sólo esos matices; recogeremos sólo lo que esta solemnidad romana ha tenido de peculiar e insólito, y dejaremos hablar especialmente a la fotografía, siempre veraz y objetiva. En este Número extraordinario abundará pues la nota gráfica.

Roma ofreció este día el aspecto de una ciudad movilizada - 300.000 peregrinos de todas las razas - ¡A madrugar y a S. Pedro! - El templo más grande de la cristiandad inundado y desbordado.

Toda la enorme multitud de peregrinos que, en incesantes avenidas, llenando vías y carreteras, y utilizando todos los medios de locomoción, habíanse ido remansando, hasta desbordarlo todo, en hoteles y pensiones, en casas particulares y Familias Religiosas, de Roma y alrededores, veíanse, la víspera de la fiesta inquietos y febriles y, en cuanto amaneció el 1 de Abril, como si tácitamente se hubiesen confabulado en un solo empeño de ver cual de ellos madrugaría más, echáronse a la calle, acuciados por impaciencias incontenibles y regocijados con la perspectiva, luego ¡ay! frustrada, de una espléndida jornada de sol, que un cielo discretamente sereno y un airecillo cálido y perfumado de primavera romana habían hecho esperar.

Ya los primeros tranvías y autobuses que salieron de las cocheras viéronse obligados a hacer alto, en todas las paradas, para admitir tandas siempre crecientes de peregrinos, cargándose hasta los topes, y los taxímetros y automóviles particulares que, en larguísima teorías, llenaban de trajín toda la ciudad, tenían que ponerse al paso para no obstruir el tráfico y atropellar a los numerosos grupos que a pie se dirigían a San Pedro.

Imagínense nuestros lectores las formidables batallas que la demanda de billetes de





La selva humana en la plaza de San Pedro.

entrada habrá hecho librar en la Mayordomía de la Basílica, pues era cosa sabida y descontada que la inmensa mayoría tendrían que contentarse con seguir desde la plaza los pormenores de la fiesta, por medio de los altavoces allí instalados, y suplir a fuerza de imaginación lo que a los ojos no era dable contemplar.

A poco que se observara, veíase que entre las masas que acudían a San Pedro, predominaban las juventudes, llenas de inquieta vivacidad y de franca simpatía. ¿No fué Don Bosco, por ventura, su gran amigo y no será siempre el Santo indiscutible de las juventudes?

Ello parecerá más natural, si se piensa que las Representaciones más nutridas que se han visto en la Ciudad Eterna han sido las de las Obras Salesianas, propiamente dichas, o sea las integradas por alumnos y exalumnos, por obreros y estudiantes. Todas las milicias de Don Bosco, por así decirlo, se han dado cita en Roma para solemnizar debidamente la

que podríamos llamar *Pascua Salesiana*. Algunos sectores de la plaza semejabán la cubierta de uno de esos trasatlánticos de larga travesía, que hacen cruceros a naciones exóticas, donde se hablan todas las lenguas y se ven tipos de todas las razas.

Es lógico que hayan sido las naciones europeas las primeras en corresponder a esta colosal movilización, pero sin mengua de ninguna de ellas, la primacía le corresponde a Italia, al Piamonte, a Turín que se han volcado en masa en la ciudad eterna, para honrar y aplaudir al Hijo glorioso, y postarse ante su imagen aureolada con la corona de la santidad.

Los países extraeuropeos han hecho a su vez verdaderas maravillas, a pesar de los largos y costosísimos viajes y de otras mil dificultades de todo género, y las Misiones Salesianas, cuyo imperio espiritual se extiende ya a 2.807.294 Km. cuadrados, hanse mostrado verdaderamente heroicas.



Esperando el momento de la Bendición Papal.

Asia ha enviado más de 400 indios de Calcuta y Madrás, bajo la égida del Arzobispo Salesiano Mons. Mederlet, llamado por aquellos indígenas «Terror de los demonios». Nuestro Administrador Apostólico Mons. Bars y Prefecto Apostólico Mons. Mathias han traído también peregrinos de Krishnagar y Assam. Los chinos de Shiu Chow y Sangay y los Japoneses de Tokio y Miyasaki han estado igualmente representados, lo mismo que nuestra Misión Siamesa.

Las Repúblicas Iberoamericanas, que tienen el privilegio de haber acogido a los primeros Misioneros de Don Bosco, han hecho gala de una organización a toda prueba, y de un fervor salesiano por nadie superado. El «Neptunia» y otros trasatlánticos transportaron de Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Perú, Colombia, Méjico, etc. a miles de peregrinos, presididos por 5 obispos y arzobispos salesianos.

No han faltado finalmente contingentes de

Norte América, de Africa, de Australia, de Filipinas, cuyo Delegado Apostólico, el Excmo Sr. Don Guillermo Piani, perteneciente también a la Familia Salesiana, traía la representación de muchos amigos y cooperadores del gran Archipiélago oceánico.

Ahora bien, sumar todas estas personas venidas de los puntos más opuestos del globo y reducirlas a un guarismo preciso, es tarea poco menos que imposible. Algunos periódicos lo han intentado y hablan de 400.000. Nosotros, sin atrevernos a certificar este cálculo, lo creemos sin embargo muy aproximado.

Ya hemos dicho a qué horas de la madrugada empezaron a movilizarse todas estas gentes. A los más impacientes, a esos que prefieren condenarse al tedio extenuante de esperas interminables, antes que dejar de figurar en los sitios de preferencia, la primera luz del alba les encontró ya de pie junto a las puertas cerradas de la Basílica. Y al abrirse estas, irrumpían impacientes en las silen-

ciosas naves, por donde sólo circulaba entonces algún que otro « sampietrino » aunque ya se veían inmóviles en sus puestos las decorativas figuras de los guardias suizos. La escasa luz de los pocos lampadarios encendidos en aquella hora, se desmayaba antes de recorrer la inmensidad del templo, iluminando débilmente, con tonalidades de un gris plateado, los mármoles monumentales y los severos damascos de los muros.

renacentista y entre nimbos de luz celeste.

Para que todas estas gentes espiritualmente unidas a las del templo puedan oír misa y satisfacer su devoción, se ha levantado un altar al aire libre, y en él celebrarán por vez primera el santo sacrificio dos noveles sacerdotes salesianos, después del acto de la canonización, asistidos por acólitos de todas las naciones donde hay obra Salesiana.



El gonfalón de San Juan Bosco entrando en la Basílica.

A medida que las manillas del reloj avanzan, el público aumenta y se va haciendo denso; las tribunas se llenan hasta la saturación, y en los compartimientos reservados, bulle y rebulle el hormiguero humano, buscando cada cual el punto más estratégico y la postura menos molesta, mientras allá fuera otro hormiguero, en el que pronto habrá agrupadas 300.000 personas, espera que se abran las puertas de bronce por donde saldrá el Cortejo, y contempla la imagen sonriente de Don Bosco que campea en la logia central de la sala de las Bendiciones, sobre rico tapiz

S. A. R. Humberto de Saboya acude también a San Pedro, en representación del Rey de Italia, cerrando un doloroso paréntesis de 74 años - En ninguna otra Canonización se habían visto tantas Personas Reales.

Cuando ya la impaciencia está al rojo vivo, este público de la plaza se entretiene en registrar con la mirada el interior de los automóviles que van trayendo príncipes y cardenales, dignatarios y autoridades, siendo ahora

la curiosidad mucho más viva, porque todo el mundo sabe que a la ceremonia asistirá S. A. R. el Príncipe Humberto, en representación de S. M. el rey Víctor Manuel.

Desde el año 70, es la primera vez que la Casa Real de Saboya vuelve a la Basílica Vaticana. A Don Bosco, que tanto había trabajado para lograr la conciliación de los dos poderes, le cabrá pues la gloria de haber visto sellada, con el triunfo de su santidad, esta unión que tanto beneficia a los pueblos.

Como el viejo protocolo estaba interrumpido hacía tantos años, nadie recordaba ya por donde solían hacer su entrada los Reyes de Italia y, al pasar el joven Príncipe, rápido, en su automóvil, por la calzada lateral izquierda de la plaza, fueron contados los que se dieron cuenta y aplaudieron.

Al apearse frente a la Escalera Braschi donde esperaban prelados y autoridades, representantes del patriciado romano y camareros de capa y espada, una compañía de la Guardia Palatina, con bandera y música, le hizo los honores y ejecutó la marcha real.

Acompañaban a S. A. R. el Embajador de Italia cerca de la Santa Sede, Excmo Sr. Conde De Vecchi di Val Cismon; su Maestro de ceremonial Sr. Conde de San Elías, su primer ayudante de campo, cuatro oficiales de ordenanza, y otros altos funcionarios.

Recibidos los saludos de rigor y pasada revista a la compañía, subió el Cortejo la Escalera Braschi y, atravesando la espaciosa sacristía, hizo su ingreso en la Basílica.

Vestido de general y luciendo los Collares de la Annunziata y de la Suprema Orden de Cristo, avanza el Heredero de la Corona de Italia, jovial y magestuoso, por la nave central, y hasta que toma asiento en la tribuna expresamente preparada a la derecha del trono papal, los vítores y demostraciones de afecto no cesan un solo momento. El pueblo, que conoce toda la alta significación de este bello gesto de los Reyes, expresa de un modo bien expresivo su satisfacción y agrado.

Cuando, terminada la función, vuelva a pasar el cortejo del Príncipe, la acogida será aún más clamorosa, y los vivas al Papa y a Saboya se cruzarán y besarán en los aires con vehemencia, como se cruzaban antaño las espadas con las cruces de las banderas, en las fiestas clásicas de la espiritualidad latina.

A uno y otro lado del trono papal, y a



La bendición "urbi et orbi".

todo lo largo de las paredes del ábside, levántanse otras tribunas, viéndose excepcionalmente llena la destinada a personas reales, hasta el extremo de que nadie recuerda en el Vaticano haber visto allí reunidos un número tan grande de Príncipes.

La especial significación de este homenaje de la realeza y nuestro deber de cronistas nos obligan a reseñar sus nombres:

Además del augusto Representante de los Reyes de Italia, que, como ya hemos dicho, ocupaba una tribuna especial, asistían a la ceremonia, los Reyes de Siam, con tres Príncipes reales, el Heredero y cuatro personas de su séquito; S. A. R. Don Alfonso de Borbón, exheredero de la corona de España, con su consorte; S. A. R. Cristián Federico, Príncipe Heredero de Dinamarca; S. A. R. la Archiduquesa María Inmaculada de Austria; S. A. R. la Princesa Ana de Battemberg, con dos damas de compañía; S. A. R. el Príncipe Cristián de Sajonia con su consorte e hijo; S. A. R. el Archiduque Huberto de Hapsburgo Lorena, con su consorte y los Príncipes de Salm; S. A. R. la Princesa Julia de Oettingen Wallenstein, acompañada por la Sra Condesa Guedelinda de Preysing y dos hijos; S. A. R. el Príncipe Jorge de Sajonia; S. A. R. la Princesa Estefanía de Bélgica, con su esposo; S. A. R. el Príncipe Don Pedro de Orleans Braganza, con su consorte e hijo; S. A. R. la Archiduquesa Inés de Hapsburgo Lorena, con una dama de honor; S. A. R. el Príncipe Federico Leopoldo de Prusia, que el día antes se había convertido al Catolicismo.

La tribuna destinada a los parientes del Papa ocupábanla una hermana de S. S., una cuñada, sobrinos y otros miembros de su familia, y la de los parientes del Santo, Sor Eulalia Bosco, Francisco, Luis, Livia y Francisca Bosco, María Chapelle Bosco, María y Feliciano Agagliate y los esposos Corio.

En la tribuna del Cuerpo Diplomático figuraban todas de naciones, estando particularmente representada la República Argentina, pues, además de su Embajador cerca de la Santa Sede, Sr. De Estrada, asistían el Exministro Sr. García Mansilla actual Embajador de la misma República en Madrid, los Embajadores en París y Roma, y el Ministro en Berna.

Vimos en otra de las tribunas al Excmo Sr. Federzoni Presidente del Senado Italiano, al célebre inventor Marconi, al Ministro de

Estado Sr. Fedele, al Podestá de Turín Conde Thaon di Revel, al Sr. Conde Rebaudengo Presidente de los Cooperadores Salesianos, a la Sra Duquesa de Miranda, etc. etc.

Nuestro venerado Rector Mayor Don Pedro Ricaldone, con la Curia Generalicia, los Superiores del Capítulo y la Rvda Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora con su Gobierno, sentáronse en la Tribuna de la Postulación.

El Cortejo Papal desfila por la plaza y la Basílica en medio de ovaciones delirantes - El entusiasmo que despierta el gonfalon del nuevo Santo - Apuntes y sugerencias para un cuadro de sublime grandiosidad.

Cuando el reloj marca las 7.45 no cabe en la Basílica ni un alma más, y todas las puertas de ingreso han sido cerradas. Empotrada la masa humana en las inmensas naves y en el enorme espacio libre del crucero, vese forzada a observar una completa inmovilidad en virtud de su misma comprensión increíble. Cuando empiezan a percibirse los ecos lejanos de los himnos de las Capillas de Música del Cortejo Papal, cuyo desfile acaba de iniciarse en la apartada Capilla Sixtina, un brillante centelleo triunfal, como de millones de gemas preciosas, luce palpitante en todas las arañas y lampadarios que, en opulenta profusión, adornan y perfilan las líneas del templo; enormes ráfagas concéntricas que deslumbran los ojos, formadas por infinitos puntos incandescentes, giran en torno de la Gloria de Bernini, debajo de la cual se eleva el trono del Papa, rico de oros y brocados; fantásticos reflejos que parecen animados, corren por las serpeantes columnas bronceas del altar de la Confesión, cuajado de flores frescas, y lámparas de extraordinaria potencia dirigen sus haces vivísimos sobre los cándidos mármolos de los Santos Fundadores que, a lo largo de los muros, destácanse imponentes, y entre los que figurará bien pronto nuestro San Juan Bosco.

Alrededor del altar y en todo el enorme espacio que los guardias, celosamente, procuran tener despejado, crece el movimiento; ceremoniosos, en traje prelaticio, que van y vienen comunicando órdenes y previniendo los últimos detalles; caballeros de capa y es-

pada enfundados en sus negras indumentarias a lo Felipe II, con la clásica gola rizada e impoluta, que acompañan a las tribunas a los últimos personajes que se han rezagado; guardias, clérigos, peregrinos entrometidos que tratan de mejorar su puesto...

Con esta extraña y pintoresca vibración de vida, en la que pasan y se entrecruzan, como ejecutando una danza litúrgica, jubones y capisayos, casacas y coseletes de todas las épocas y de todos los colores, coincide la aparición, en la gran puerta, de la cruz que encabeza el Cortejo del Papa, haciendo que la masa de fieles se rebulla y descomponga de un modo serio, y dando lugar a que los guardias tengan que contener una vez

gran día. No ha conseguido llenar sus ojos de sublimidad quien no haya contemplado al Papa, en medio de este Cortejo, coronado con su tiara, bendiciendo, desde lo alto, mecido su rostro por los *flabelli*, avanzando con serenidad suprema hacia el altar de la Confesión, en el que relumbran los seis candeleros de Cellini y los *palotti* de Pollaiuolo, ante las miradas estupefactas y las aclamaciones frenéticas de cien mil fieles, mientras las trompetas de plata lanzan notas vibrantes de victoria y, sobre la púrpura oscura de los velludos, van cayendo, una tras otra, las niveas pinceladas de las cien mitras episcopales, expresión de la suprema paz del alma.



Los cuadros de los milagros del Santo que figuraban en las logias de la Basílica.

más la avalancha, frenar a los impacientes, hacer retroceder a los más osados, amonestar, imponer el orden con ímprobo y tenaz esfuerzo, que hace honor a su absoluta y proverbial fidelidad a la consigna.

Todo el ambiente vibra y arde en una viva llama magnética de entusiasmo filial y de fervor religioso, cuando el Papa aparece en la silla gestatoria, rodeado de cardenales y de príncipes, de obispos y de magnates. Las Capillas de Música de las Basílicas, Romanas marchan entre ellos cantando himnos triunfales que hacen pensar en los de las cohortes angélicas que acompañan al Cordero Inmaculado.

Es éste uno de los momentos supremos del

No hay nada en este Cortejo que no sea rítmico, mayestático. Esas mismas variedades históricas de los trajes que hemos apuntado, y que se ven desfilar, dan una impresión de contemporaneidad armónica, en la cual, por violentos que parezcan los contrastes de formas y de colores, no se ve nada que desentone, no hay nada que esté fuera de sitio.

Con esos suizos arcaicos armados de alabarda, con esos guardias palatinos vestidos de celada y tocados a la borgoñona, con esos capisayos y manteletes y esas manchas oscuras de las muchedumbres y ese rojo vivo de paños y tribunas y esos reflejos, en fin, de marfil y oro de los paramentos sacerdotales, se podría pintar un cuadro homogéneo,

grandioso, triunfal, que tuviese por fondo las masas iluminadas, incandescentes, del aire contenido dentro de las naves sobrehumanas del templo.

Lo que se ve y se oye en la Basílica, durante la hora larga que tarda en desfilar el Cortejo, no hay forma de describirlo. Mientras coros juveniles, del uno y del otro sexo, con ímpetu de cascada, entonan himnos y más himnos a Don Bosco, especialmente cuando lento y triunfador pasa el gigantesco gonfalon del Santo, llevado por cofrades de



S. A. R. Humberto de Saboya.

San Miguel del Borgo, y piadosamente acompañado por Don Pedro Ricaldone, los Superiores del Capítulo y el Procurador y Postulador de la Causa, otros coros gritan hasta enronquecer, dando vivas al Papa y al nuevo Santo. Nadie sabría si eran más numerosas las manos que se juntaban para apludir, que los ojos que se emocionaban para llorar.

Aunque hubiese habido allí almas plasmadas con nieves del polo, habrían tenido que sentir como todo el mundo el cosquilleo de lo sublime.

El momento culminante de la fiesta - Don Bosco es proclamado Santo - Manifestaciones inenarrables de júbilo y emoción - El "Te Deum" - La Homilía del Papa.

Lo que ocurrió en aquellos momentos sólo puede ser comparado con el acto mismo de la Canonización, que el público había siempre recibido en silencio, y esta vez ha hecho también desbordar el entusiasmo, arrancando fervores inenarrables que casi ahogaban el *Te Deum* de la Capilla Sixtina y los repiques de las cien iglesias de Roma. ¡Qué momentos aquellos de jubilosa nerviosidad!...

Proclamado Santo Don Bosco, empezaron la Tercia y la Misa. Antes del Ofertorio, el Papa pronunció esta bellísima Homilía en honor del nuevo Santo.

Venerables Hermanos y Dilectísimos Hijos: En esta Pascua del Año Jubilar, una doble alegría viene a difundirse en nuestro ánimo y a invadir toda la Iglesia.

Porque no sólo nos es dado solemnizar la victoria de Jesucristo sobre la muerte y sobre el poder del infierno, sino celebrar además, como coronamiento del Año Santo, que tantos triunfos ha visto acumularse de fe y de piedad populares, la solemne Canonización del Beato Don Bosco, que, pocos años hace, había sido ya colocado también por Nos en el número de los Beatos, y que — lo recordamos siempre con satisfacción — en los tiempos ya lejanos de Nuestra juventud, Nos sirvió de sostén y estímulo en Nuestros estudios, y de admiración profunda, por las grandes obras que había realizado.

No sin alguna trepidación de Nuestro ánimo vamos hoy a bosquejar esta gran figura de Santo y de Apóstol de la juventud, y lo haremos indicando las que Nos creemos constituyen las líneas principales y más características de su maravillosa vida.

Entregado en cuerpo y alma a la gloria de Dios y a la salud del prójimo, no consiguieron hacerle retroceder de su empeño trabajos ni dificultades de ningún género, lanzándose, con valentía de conceptos y con modernidad de medios, a la actuación de aquellos sus nobilísimos propósitos que, mediante ilustraciones de lo alto, sabía eran completamente del agrado de Dios.

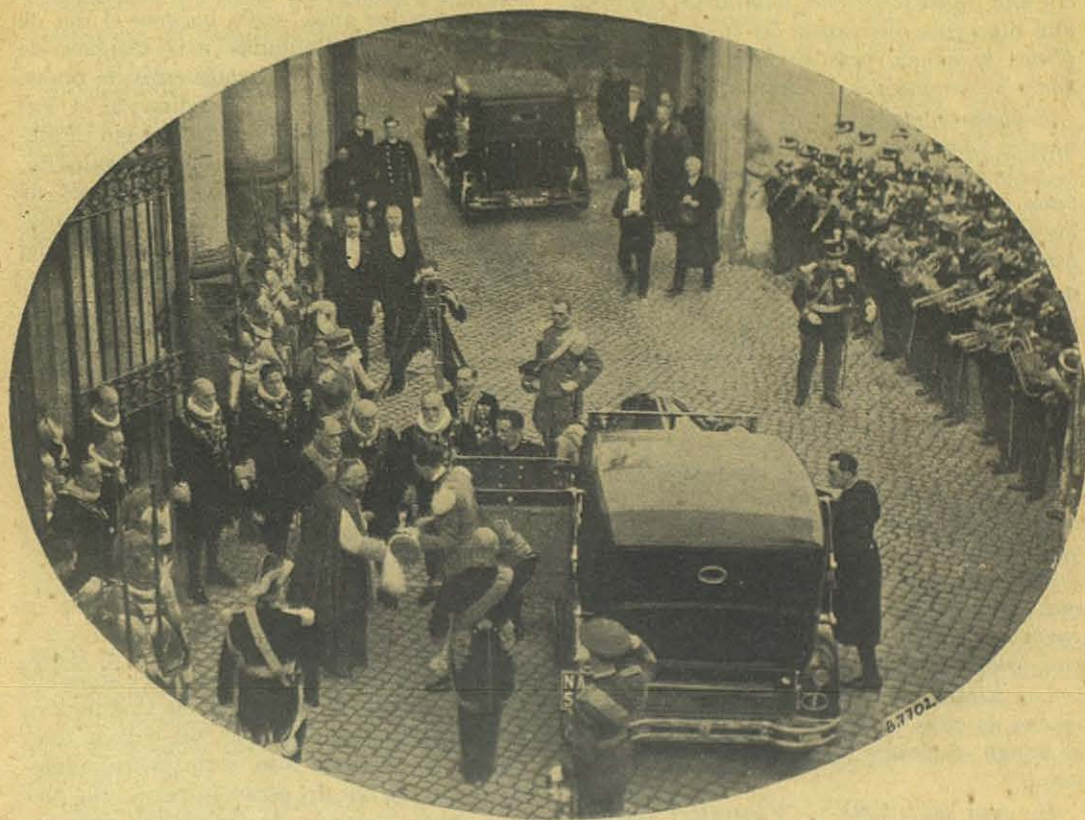
Viendo vagar por las calles de Turín a

turbas innumerables de niños, abandonados a su propia suerte y faltos de toda asistencia, trató de atraérselos y de ganar su confianza, con su palabra persuasiva y paterna; y alternando los atractivos de mil diversiones honestas, con la enseñanza de la religión y los rudimentos de las ciencias humanas, procuró hacer de ellos buenos cristianos y honestos ciudadanos.

De este modo surgieron sus «Oratorios

y variedad de Colegios, donde tantos escolares hallan acogimiento y educación, saliendo provistos de una amplitud y seguridad de medios sabia y discreta, para luego derramarse por las diversas disciplinas del saber.

Todo el secreto de los admirables y copiosos frutos que ha cosechado su sistema educativo estriba en esto: Don Bosco trató de reducir a la práctica principios que se inspiran en el Evangelio, que la Iglesia Católica ha siem-



El Príncipe Humberto en San Pedro, al apearse de su automóvil.

Festivos » no sólo en Turín, sino también en otras ciudades y pueblos vecinos, y así fueron extendiéndose por todas partes sus providenciales Instituciones, que tanto bien han hecho y hacen en medio de las juventudes.

No contento con esto y queriendo además proporcionar a los jóvenes un medio honrado y seguro con que crearse una posición en la vida, fundó las Escuelas de Artes y Oficios para la clase obrera, e instituyó, para las otras clases más acomodadas, gran copia

pre recomendado, que Nos personalmente, tantas veces y en tantas ocasiones, hemos también expuesto e inculcado.

El trataba de formar en el niño al ciudadano y al cristiano; al perfecto ciudadano, digno hijo de la patria terrena, y al perfecto cristiano, digno, por sus merecimientos, de convertirse un día en miembro bienaventurado de la Patria celestial.

Para Don Bosco la educación no debe limitarse al aspecto físico, sino que debe ser, sobre

todo, espiritual; no debe tratar únicamente de acrecer la fuerza de los músculos, mediante los deportes gimnásticos, y de tonificar las fuerzas del cuerpo con un bien entendido ejercicio de las mismas, sino que debe procurar, además y sobre todo, ejercitar y reforzar el espíritu, disciplinando los movimientos inmoderados, fomentando sus tendencias más nobles, orientándolo íntegramente hacia ideales de virtud, de probidad, de bondad.

La educación pues que Don Bosco pretendía era una educación plena, totalitaria, completa; una educación que enseñe las ciencias y disciplinas humanas, pero sin descuidar las verdades sobrenaturales y divinas.

Empeño como este, tan arduo y delicado, nuestro Santo trató de llevarlo a la práctica, no sólo con un ímprobo trabajo personal, que duró tanto como su existencia, y echando mano de los medios y recursos más varios, sino que lo transmitió además como una herencia sagrada, a la numerosísima Familia Religiosa por él fundada, confiándole también el encargo de llevar, a tantos y tantos pueblos como hay todavía sumidos en las tinieblas de la ignorancia y del error, la divina luz del Evangelio y de la civilización cristiana.

Y ante las dificultades de todo género, ante las befas y escarnios de que muchos le hacían objeto, solía nuestro Santo elevar al cielo sus ojos llenos de luz, y exclamar: « Hermanos míos, esta es una obra de Dios; El la quiere y debemos confiar, por consiguiente, en que nos enviará los auxilios necesarios, ya que a ello está obligado ».

Los hechos demostraron en lo sucesivo la verdad de estas palabras, y las burlas que de él hacían, truecáanse ahora en admiración universal.

He aquí bosquejada — Venerables Hermanos y Dilectísimos Hijos — en sus líneas principales, la vida maravillosa de este Héroe de la santidad. Ahora os exhortamos a que os dispongáis a una ardiente imitación de sus virtudes.

Sólo así podremos abrigar la confianza de conseguir esa victoria que Jesucristo nos ha traído con su resurrección; sólo así podrán los hombres, unidos a Nos y formando una sola familia, cantar esta estrofa del Himno Pascual: « A fin de que seas Tu ¡oh Cristo! gozo perenne de nuestras almas, libra, te lo rogamos, de la muerte del pecado a los que por Ti han renacido a la vida. Así sea »

Fin de la Misa Papal y ostensión de las Reliquias de la Pasión - Nuevas fempesdades de aplausos - El Rector mayor conversando con el Heredero de la Corona de Italia.

Al terminarse la Misa, con todo el magestuoso y expresivo aparato que nuestros lectores ya conocen, el Papa se arrodilla un momento en el faldistorio y, en actitud humilde y conmovida, asiste a la ostensión que, todos los años, suele hacerse el día de Pascua, de las Reliquias más insignes de la Pasión del Señor. Después sube de nuevo a la silla gestatoria y, precedido de la Familia Pontificia y del Sagrado Colegio Cardenalicio, sale, en la forma acostumbrada, provocando las mismas manifestaciones de entusiasmo que se le tributaron a la entrada. Es admirable la entereza y serenidad del Pontífice que, no obstante la larga y extenuante ceremonia, ha pasado tranquilo, imperturbable, sonriendo a todos paternalmente, sin que se le note la menor señal de cansancio.

El Príncipe Humberto que, con su corte, le seguía de cerca, desaparece con él detrás de unos pesados cortinones, y subiendo la gran escalinata llamada de Pío IX, es recibido y agasajado en el salón de la Mayordomía, donde llegan también, al poco rato, los Reyes de Siam y el Príncipe de Dinamarca.

El salón, que es espléndidamente regio, luce, entre otras joyas de arte, el soberbio y conocido tapiz llamado de la Crucifixión, y un elegante busto de Pío XI; hállase todo colgado de damasco rojo, y ricamenté amueblado con piezas de estilo imperio. En una mesa central, ornada de cinceladas cornucopias llenas de flores, hay prevenidos, para obsequiar a los augustos huéspedes, una gran variedad de licores y de pastas finísimas repartidas en bandejas de oro, en medio de centelleante cristalería.

Mientras S. A. R. cumplimenta a los Reyes de Siam, llega Don Pedro Ricaldone a darle las gracias por su regia bondad y regalarle una de las dos jaulas doradas, con los simbólicos pajarillos, que la Postulación de la Causa ofreciera a S. S. durante la ceremonia de la oblación, y que el Príncipe había mostrado deseos de poseer, como recuerdo de la solemnidad.

Altamente complacido su Alteza por la atención, se entretiene amable y familiar con el IV Sucesor de Don Bosco, interesándose vivamente por el desarrollo de la Obra Salesiana en el mundo, y expresándole su gusto extraordinario por haber asistido a un espectáculo tan grandioso, y por el bien que hacen en todo el mundo los Hijos del nuevo Santo.

La Bendición Urbi et Orbi - Una selva humana - El cielo se asocia a las alegrías de la Familia Salesiana.

Entre tanto la plaza que ha ido admitiendo a toda la gente salida del templo, semeja una pleamar rumorosa; no se divisa ni un espacio libre desde las terrazas circundantes, coronadas también de masas humanas.

La bendición *urbi et orbi* que el pueblo espera en la plaza de San Pedro, va a ser la última ceremonia de este día triunfal, demostrando, una vez más, a los que no lo hubiesen advertido, que la Basílica Vaticana no comienza o termina en el vestíbulo, sino en la plaza misma, en esos escuadrones alineados y concéntricos de gigantes de granito que el genio de Bernini puso allí de pie, para que, centinelas de los siglos, guarden celosamente el inmenso espacio abierto, que pertenece a todas las razas y de todos los pueblos.

Es curioso ver como el mismo Bernini expresaba ya este concepto de unidad, en un dibujo suyo que se conserva, y en el que la Basílica está representada por una figura humana tendida boca abajo, con los brazos abiertos en arco.

Seguramente que ni una sola de las 400.000 personas que había allí reunidas, inundándolo todo como una presa que se hubiese roto, como una selva en movimiento donde cada impulso individual tiene que allanarse al impulso de los vaivenes colectivos, seguramente que ni una sola de aquellas personas tenía la sensación de hallarse fuera del templo.

Allí, pues, en aquella prolongación escenográfica de la Basílica de San Pedro, cubierta por la cúpula celeste que las nubes pintaban de un color gris metálico, volvió el Papa a aparecer sobre la silla gestatoria, a la que servían de peana los mismos bloques de travertino que mantenían izada,

en el centro mismo de la fachada, la imagen gloriosa de San Juan Bosco.

Poco antes de que el Papa levante su mano para bendecir, las nubes, que al amanecer habíanse retirado, vuelven amenazadoras y descargan una andanada de agua, con grande aparato de truenos, que a algunos les suenan como una protesta rencorosa de poderes ocultos y maléficos, y a nosotros como alegres salvas de la formidable artillería de Dios.

Un agudo toque de clarín y, sobre una selva interminable de cabezas descubiertas, vuelan invisibles las palabras rituales del Pontífice, mientras los soldados de Italia y de la Ciudad Vaticana presentan armas, y un clamor más imponente que el de los truenos, extinguidos apenas en el horizonte, convierte toda la inmensa plaza en una sola hoguera de fervor y entusiasmo. ¡Viva el Papa! se grita, en todas partes y en todas las lenguas, e infinidad de sombreros y pañuelos se agitan en el aire, con el mismo anhelo filial con que deben agitar sus alas impalpables los centenares de miles de almas que vense allí congregadas.

Cuando aún no se ha desvanecido el eco misterioso de aquellas palabras que tantas generaciones han deseado escuchar y otras que nos sucedan querrán escuchar igualmente, la selva humana se pone en pie, como vigorizada por una nueva vida, y expresa una vez más su entusiasmo en forma que resulta indescriptible. El Papa se detiene unos momentos a contemplar la soberbia belleza de estos instantes que los operadores de «cine» se desviven por impresionar, y al fin desaparece, entre salvas de júbilo y repiques gloriosos de campanas. Eran las 13,30 en punto.



2 DE ABRIL - San Juan Bosco es exaltado en el Capitolio, ante la presencia del "Duce" y de las más altas jerarquías del Estado Italiano.

El lunes de Pascua, mucho antes de la hora fijada, la guardia acordonaba los caminos próximos a la gran escalinata que da acceso a la cumbre Capitolina, de cota modesta y humilde, como la de todas las colinas romanas, pero de soberbia y altísima alcurnia tradicional, ya que en ella la Roma del paganismo adoraba a sus dioses mayores y celebraba las grandes solemnidades patrióticas de coronar a sus héroes, reputados dignos de la inmortalidad.

El honor pues que se le ha decretado a Don Bosco tiene la significación y los caracteres de una apoteosis del Estado.

Italia lo estima como a uno de sus hijos más gloriosos, y no estaría bien que se dejase ganar por la mano, en ese concierto universal de fervores, suscitados por doquiera ante la aparición del nuevo Santo. Italia menos que ninguna otra nación podría consentir esto, siendo como es espléndida y materna con los hijos que la honran, y en especial la nueva Italia fascista que, políticamente, podrá a nosotros no interesarnos, pero que es evidente procura, con ahincado esfuerzo, exaltar los valores nacionales.

La sala en que ha de tener lugar la ceremonia es la llamada de Julio César; ocupa todo el palacio senatorial, y de sus ventanas históricas cuelgan tapices opulentos, que unos rayos de sol huidos a través de las negruras del cielo tormentoso, iluminan vivamente, incendiando de paso los pocos polvos de oro que aún quedan adheridos a los bronce de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, testigo mudo de grandezas pretéritas y asombro y desesperación del arte de todos los tiempos.

Dentro del salón, un rico estrado con afelpados sillones; grandes y solemnes banderas enastadas y desplegadas, en dos alas, a todo lo largo de los muros, dentro de cuyos pliegues laten el corazón y el orgullo de Italia; mármoles arcaicos y muchas plantas ornamentales de gran valor.

La entrada no es cosa fácil y únicamente se consigue mediante permiso especial del Gobernador de la urbe. No obstante de ello, a las cuatro, el local vese ya completamente

lleno de un público selecto y distinguido: nobles, militares, intelectuales, superiores salesianos, y ocupando sitios preferentes, cinco Cardenales, muchos Obispos, miembros del Cuerpo Diplomático, ministros, diputados, senadores, jefes del estado y el insigne inventor Guillermo Marconi que no ha faltado en ninguno de los homenajes tributados al Santo.

A las cuatro y minutos llega S. E. el Jefe del Estado, Sr. Mussolini, siendo recibido, al pie de la escalera de Sixto IV, por el Sr. Conde De Vecchi, el Gobernador de Roma y nuestro Rector Mayor.

Al aparecer el «Duce», toda la sala se ha levantado y estalla una férvida, intensísima demostración de simpatía; los aplausos duran largo rato hasta que, constituida la Presidencia, el Sr. De Vecchi dispónese a empezar su discurso, de pie a la derecha de Mussolini, y automáticamente se produce ese silencio característico de las grandes expectativas. A la izquierda del Jefe del Estado siéntanse el Gobernador de Roma Príncipe B. Ludovisi, y Don Pedro Ricaldone.

El discurso del Sr. De Vecchi

fué en extremo interesante y lleno de fervor salesiano, que no por nada el ilustre hombre público es buen turinés y mejor católico. Muchos de sus pensamientos magníficos y llenos de novedad y oportunidad, eran premiados, a cada paso, con ovaciones cerradas.

Comenzó diciendo: — Don Bosco es un Santo italiano; todo el pueblo lo siente como suyo.

La solemnidad religiosa que lo ha exaltado a la santidad ha revestido formas tan extraordinarias, vastas y grandiosas, que ha constituido algo nuevo en la vida diecinueve veces secular de la Iglesia. Italia ha tomado parte en ella con una dedicación sin precedentes.

La plenitud del Magisterio Divino encuentra hoy algo así como una prolongación en los honores del Capitolio, decretados a este Santo por el Gobierno Fascista, a este Santo cuyo elegante señorío en los campos de la

espiritualidad bastaría para hacerle acreedor al derecho de hospitalidad en esta altísima sede, porque aunque no tuviese los atributos de la santidad, sería siempre un gran italiano. He aquí porque se le nombra ciudadano del Capitolio.

Habla el orador del Monferrato y del Piamonte, donde nació Don Bosco, a los que llama tierra de Santos y de guerreros, y de los que dice que «la fe es tan connatural en sus hijos como la sal en el mar». Estudia, con arte exquisito, la infancia de nuestro Santo, haciendo resaltar la absoluta falta de medios humanos con que hubo de plasmarse, para que mejor brillara el trabajo inefable y constructivo de la Providencia Divina. No hubo en toda su vida, dice, el más mínimo esfuerzo que lo desviara de la meta que Dios le había trazado en aquel sueño que tuvo, a la temprana edad de 9 años. «Don Bosco vive en el sueño — exclama el orador — y hace del sueño vida y ¡qué calidad de vida!

Traza, en un luminoso cuadro, los momentos más característicos de los estudios del Santo, en Chieri y en Turín, y haciendo una rápida excursión histórica por los tiempos difíciles del «Resurgimiento», recuerda el contacto que tuvo con los políticos más destacados de aquellos tiempos, y dice que para comprender a Don Bosco hay que estudiarlo vivo y operante en medio de aquellos hombres, con quienes compartió los afanes de su carrera mortal, de aquellos hombres que, a sabiendas unos e inconscientemente otros, pero obedeciendo todos a secretos designios de lo alto, ayudaron y auparon el naciente apostolado del Santo.

Esto le da ocasión al disertante para recordar conocidos y amenos episodios de su vida, cuando se le tenía por loco y se le perseguía por las autoridades como un sujeto peligroso.

Ocupase de la triste situación de Italia que, el año 70, había quedado espiritualmente escindida por el abismo abierto entre el Quirinal y el Vaticano, abismo que a todos parecía infranqueable menos a Don Bosco, cuya labor de aproximación e inteligencia entre ambas potestades, estudia y pondera con detenimiento el Sr. Conde De Vecchi, relacionándola con la feliz conclusión del «Pacto Lateranense» de 1929.

A este efecto lee una carta inédita del Santo dirigida al entonces Presidente del

Consejo de Ministros Don Juan Lanza, que produce en el auditorio gran sensación.

Y pasa a hablar largamente del Educador, del milagroso educador que sabe prevenir los tiempos, que extiende en medio de las clases populares su maravillosa acción transformadora, que revoluciona la Pedagogía con su peculiar «Sistema Preventivo», basado en la máxima: «hazte amar si quieres hacerte obedecer».

«El milagro vivo, permanente, expansivo de Don Bosco — afirma — está en sus casas, en sus escuelas, en sus granjas agrícolas,



S. E. el Conde De Vecchi.

en sus talleres, en su obra conquistadora de corazones, continuamente renovada en todas las partes del mundo por sus hijos y por sus cooperadores, en medio de ese ambiente de sencillez que es un reflejo de la fisonomía del Santo.

El orador observa que, superadas las espinas que dificultaban su camino, Don Bosco ha logrado fundar un gran Imperio, dentro de la Iglesia universal, cuyos representantes — dice — vemos hoy reunidos en esta Roma, Sede del Vicario de Jesucristo, para hacer más solemne la glorificación.

Este imperio de Don Bosco es tan vasto

como el mundo. He aquí el resultado de una acción que espíritus estériles, atrabiliarios, no comprendieron entonces, no lo comprenden hoy todavía y muchos no lo comprenderán nunca; quien tiene cerrados los ojos vivirá siempre a oscuras.

Finalmente, después de referirse el orador a algunos hechos de sabor profético hoy convertidos en realidades, y después de tener al auditorio durante hora y media pendiente de sus labios, termina con una invocación lírica al Piamonte, y alude a la

gloria nos había llegado al corazón y había iluminado además de un modo tan especial las gigantescas ruinas que por todas partes nos rodeaban, que mientras bajábamos nos hacíamos esta reflexión: ¿Cómo se explica que todos aquellos héroes paganos aquí glorificados, llenos de fuerza y poderío y cuyos esqueletos de bronce y de mármol nos parecen humanamente tan adorables, no hayan podido evitar que la civilización en que vivieron se hundiese en la ignominia? Y la respuesta nos la dió esa pequeña loba



El Palacio senatorial del Capitolio.

reciente fundación salesiana, querida por el «Duce», en la nueva ciudad de Littoria que, a costa de gigantes esfuerzos, ha surgido en medio de estas tierras desecadas del agro romano, en las que sólo germinaban larvas productoras de la muerte, y en las que desde ahora germinará el trigo productor de la vida.

Los hijos de la loba y los hijos de la Sma Virgen.

Cuando abandonamos el Capitolio, sentimos como pocas veces el orgullo de ser hijos de Don Bosco. Aquel fognazo de

enjaulada, nodriza de Rómulo y Remo, que mira inquieta a los viajeros que pasan al pie de los muros de Santa María en Araceli.

No, no era posible que subsistiese la civilización amamantada por una loba, que formó toda su substancia vital con odio, con crueldad y con lascivia. La civilización cristiana, en cambio, mecida en los brazos de esta Virgen que está allí arriba en Araceli, bebió amor, pureza y compasión materna, y vive todavía después de diecinueve siglos, y vivirá siempre, para, seguir produciendo héroes que, como San Juan Bosco, renueven sin cesar su espléndida juventud y sus triunfos.

LA MEMORABLE AUDIENCIA DE SAN PEDRO

Este día, la Basílica Vaticana volvió a presenciar escenas de inusitada grandiosidad, que, por su peculiar aspecto y significación, resultaban allí completamente nuevas.

La audiencia debía tener lugar a mediodía y, a las 10,30, estaba ya rebosante la nave mayor del templo, a excepción de una calle central que había sido reservada al Papa. Falanges de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, al frente de nutridas representaciones de niños y niñas de todos los Colegios de Italia y aún de otras naciones, algunos de los cuales habían acudido en masa, peregrinaciones de cooperadores y exalumnos, formaban una masa imponentísima que no bajaría de 50.000 personas. Era la Familia Salesiana que quería ver al Papa de la Canonización para expresarle, en la intimidad, toda la magnitud de su agradecimiento, toda la sinceridad de su cariño, todo el fervor vibrante de su obediencia incondicional.

Como no dejaban de llegar continuamente grupos y más grupos, y la nave no admitía ya más gente, estando sus ocupantes literalmente prensados, empezó a correrse el auditorio hacia el amplio crucero y, al poco rato, éste quedó también macizo.

El templo estaba profusamente iluminado como el día de la Canonización. Delante del altar de la Confesión alzabase el trono papal, y en torno suyo habíanse colocado asientos para el Emmo Cardenal Hlond y para 15 Excmos Arzobispos y Obispos Salesianos.

Al Rvmo Rector Mayor Don Pedro Ricaldone, como a la Rvma Superiora Gral de las Hijas de María Auxiliadora, Madre Vaschetti, con sus Capítulos respectivos, hacíanles corona los Inspectores o Provinciales Salesianos, de los que muy pocos faltarían, y un crecido número de Directores locales: digna y lucida representación, en verdad, de todo el magnífico ejército que milita bajo las banderas de Don Bosco.

A las 12 bajó el Santo Padre a la Basílica, vistiendo sotana y muceta blancas, acom-

pañado de su Noble Antecámara, siendo recibido a las puertas del templo por Mons. Pellizzo, Ecónomo Secretario de la Fábrica de San Pedro.

Apenas dióse cuenta de ello la Familia Salesiana, que, durante la larga expectativa, no había cesado de entonar himnos a su Santo Fundador y Padre dulcísimo Don Bosco, mil voces se alzaron pidiendo silencio y estalló formidable, unánime, interminable, la primera aclamación al Vicario de Jesu-Cristo.

Los vivas crecían en intensidad a medida que la silla gestatoria avanzaba hacia el centro, y el Papa, con visible complacencia, procedía hacia su trono haciendo leves inclinaciones de cabeza y bendiciendo sin cesar. La alegría, el entusiasmo, las aclamaciones festivas y filiales no habían alcanzado nunca un diapason tan alto y tan vibrante.

El grito que, sobre todos dominaba, era el de *¡Viva el Papa de Don Bosco!* — ¿imprudencia? — no, desahogo instintivo que, como vimos en seguida, halló un eco profundo de simpatía en el corazón del Papa, y que compendia además felizmente en sólo dos palabras, todo un extenso poema de amor filial, imposible de comprender, ni de cantar.

Recibidos los homenajes de todos los que rodeaban el trono, S. S. sentóse en él y adelantóse nuestro venerado Rector Mayor, leyendo el siguiente homenaje:

El saludo del Rector Mayor.

Beatísimo Padre:

Aún resuena dulce y magnífica en nuestros corazones la angusta voz de Vuestra Santidad, que, desde la Cátedra infalible de Pedro y entre las demostraciones de júbilo de un pueblo inmenso, en medio de las más solemnes Fiestas y del máximo esplendor de la liturgia católica, declaró Santo a nuestro Don Bosco.

No es posible hallar palabras con que expresar, ni remotamente siquiera, a Vuestra Santidad, la

alegría y la honda, imperecedera gratitud de la Familia Salesiana.

He aquí, *Beatisimo Padre*, congregada, a los pies de Vuestra Santidad, una mínima parte de esta Familia, ansiosa de expresar los sentimientos de su más ferviente e inquebrantable devoción filial.

Son Hijos Vuestros, que han venido de todos los puntos de la tierra, aun de los más remotos, en representación de centenares de millares, y dicho con más verdad, de millones de corazones que hoy, desde todas las playas y continentes y debajo de todos los cielos, se unen espiritualmente a nosotros, y elevan *hosannas* de júbilo en honor del Papa de la Canonización de San Juan Bosco.

Nuestro conocimiento personal, nuestra tradición familiar, no menos que las Memorias biográficas del Santo, que, en vida fué nuestro Padre y a quién ahora invocamos como Patrono en el cielo, nos habían hecho ya concebir de su misión y de su santidad una idea muy excelsa, pero su figura ha venido ahora a sublimarse ante nuestros ojos, de un modo superior a toda ponderación.

El acto de su canonización, por singular bondad de Vuestra Santidad, se ha llevado a cabo en medio de un conjunto de circunstancias tales, que han venido a proyectar sobre la persona de nuestro Santo y de sus Obras, una luz de universalidad benéfica y ejemplar, ante la cual nos vemos obligados a exclamar: ¡Oh de qué Padre tan grande somos humildes y afortunados hijos!

Esta coincidencia de cosas nos lleva, lógicamente, a ahondar más y más en el conocimiento e imitación de su vida, a seguir con asidua fidelidad las huellas por él dejadas, huellas gloriosas que Vuestra Santidad, tan maravillosamente y con tan nuevas y magníficas claridades, nos ha venido ilustrando.

¡*Beatisimo Padre!* por ese beneficio y por la paterna benevolencia que constantemente y de tantos modos nos habéis demostrado, humildemente rendido a los pies de Vuestra Santidad, os doy vivísimas gracias, en nombre de los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, de sus alumnos y exalumnos, de sus cooperadores y cooperadoras; y en nombre y representación de todos, os quiero prometer que, en todo tiempo, lugar y circunstancias, seguiremos los ejemplos de devoción filial e íntima sumisión a la Silla Apostólica, que nuestro Santo Fundador nos hubo de legar, constituyendo nuestra principal y más preciosa herencia, y a fin de afirmar más y más estos propósitos nuestros, invoco sobre mí y sobre todos la gracia de la Bendición Apostólica.

Nuestro Rector Mayor hizo este saludo de un modo tan sentido y tan cordial que,

en la vibración especial de sus palabras, notábase la conmoción que embargaba su alma, y más de una vez hubo de interrumpir su discurso, para dar lugar a que el hervor de los sentimientos se calmase un poco, dejando expedito el uso de la palabra. Es mucho el amor que el IV Sucesor de Don Bosco siente hacia el Papa, singularmente hacia Pío XI, y mucho lo que en aquellos momentos solemnes pesaría en su ánimo la formidable representación de tantos miles de hijos suyos, cuyos corazones enardecidos pedían que fuese él su portavoz y su intérprete.

Terminado este discurso del Rector Mayor, acogido con nutridísimos aplausos que eran la más solemne ratificación de cuanto había dicho, cantaron bellísimamente los teólogos de la Crocetta unas *acclamaciones* y el *Oremus pro Pontífice nostro Pio*, y en seguida el Santo Padre, sin moverse de su trono, y pareciendo que sus ojos se encendían en una intensa claridad de alegría, dirigiónos este siguiente memorable discurso:

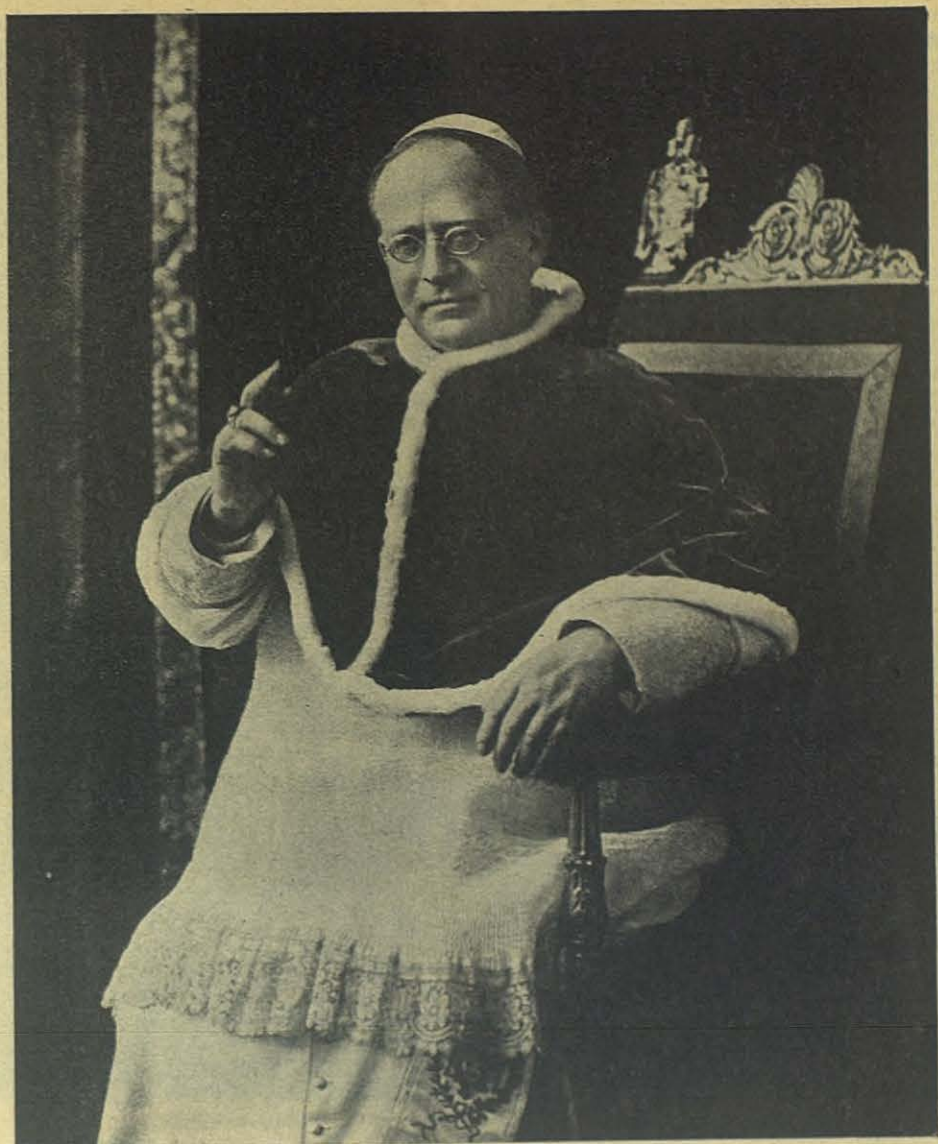
DISCURSO DEL PAPA

No ya en medio del esplendor de los más santos y grandiosos ritos, — dilectísimos hijos y dilectísimas hijas —, sino en un pleno, magnífico vértigo de alegría y de piedad filiales, vuelvo a veros aquí reunidos en este maravilloso templo. Ya lo veis, el Papa, para recibirnos a vosotros, ha preparado la más bella, grande y magnífica sala que hay en el mundo, y no creemos que ello sea demasiado tratándose de honrar a Nuestro grande San Juan Bosco; no creemos que sea demasiado, tratándose de recibir a una tan espléndida representación de sus hijos, venidos de todas las partes del mundo, aun de las más remotas.

Esto, que ya de suyo es bellísimo, lo es especialmente para el corazón del Papa, porque la presencia de tantos hijos amadísimos, aparte de lo que hemos oído en el discurso pronunciado momentos hace, Nos hace saborear, con viveza pocas veces igualada, el sentido de la paternidad universal, que la Providencia divina ha tenido a bien confiar-Nos.

Y no sólo hay aquí hijos de todas las partes del mundo, sino que los hay de todas las variadísimas categorías de que se compone la gran familia, o mejor las grandes familias de Don Bosco, o si queréis de San Juan Bosco, aunque el mundo — decía el Papa sonriendo — continuará llamándole *Don Bosco* (aplausos vivísimos en toda la Asamblea).

Y hará perfectamente, porque es este su



"Dedit et Dominus latitudinem cordis quasi
arena quae est in litore maris"
Pius pp. XI

Retrato con autógrafo de S. S. Pío XI, dedicado a *Boletín Salesiano* con ocasión de las Fiestas.

nombre de guerra, de esas guerras que la Providencia Divina parece querer conceder, de cuando en cuando, a la pobre humanidad, como para compensarla de esas otras guerras no ciertamente benéficas, y más bien dolorosas y sembradoras de tristezas y desventuras.

Días memorables.

Hemos hecho alusión, dilectísimos hijos, a la diversidad, a las varias representaciones de las grandes Familias Salesianas, y a ellas tenemos que añadir los diversos grados de la gerarquía; el Sacerdocio, el Episcopado, el Cardenalato; cosas también estas que han venido a embellecer más y más y a completar.

Por lo demás, ¿qué es lo que podemos Nos añadir — dilectísimos hijos — a lo que vuestra misma presencia está diciendo, esta presencia tan elocuente hasta en ese mismo silencio nuestro casi palpable, que nos hace tan exquisitamente sensible la expectación con que deseais la palabra Paterna?

¿Qué es lo que podemos añadir, reunidos como nos hallamos aquí nuevamente, en este grandioso templo, en el que aún resuenan los cantos de gloria elevados a vuestro magnífico Padre, y en el que aún no hace dos días, un conjunto maravilloso de circunstancias Nos permitía coronar, de manera tan incomparable, vuestra expectación y Nuestro deseo?

Y sin embargo, para no quedar luego con el remordimiento de haber desaprovechado una ocasión tan hermosa, para inculcaros algo que pueda ser útil a vuestras almas, os diremos lo que el mismo San Juan Bosco dice tan elocuentemente a sus hijos con su figura, tal como visiblemente se presenta a todos los espíritus, y tal como habla a todos los corazones.

No sin particular y providencial oportunidad ha venido a celebrarse esta canonización de Don Bosco, en la clausura del Año Santo de la Redención Divina, y es evidente que este querido Santo ha reportado grandes ventajas de una tal conjunción de hechos y circunstancias.

El primer hecho ha sido el encuentro del Divino Redentor, del Divino Capitán, suscitador de toda santidad, de todo bien y de todo apostolado, con este Siervo Suyo, tan maravillosamente fiel, tan maravillosamente intrépido en pelear sus batallas. Diríase que Don Bosco ha venido a pagar al Divino Redentor todo lo que a El le debía (no hay ninguno de nosotros que a El no se lo deba todo). De El en efecto dimana toda santidad, todo martirio, todo bien; de El todo lo que aun resta de bueno y hermoso en este mundo paganizante, en esta civilización que únicamente a la Cruz, al Corazón, a la Sangre del Redentor debe el que aún podamos llamarla civilización cristiana.

Año Santo salesiano.

Don Bosco ha venido a rendir pleito homenaje a su Jefe, a su Señor, a su Caudillo, y el Divino Redentor, precisamente al finalizar el Año Santo de la Redención, ha querido venir, casi en persona, a coronar los méritos de su Siervo fiel, a cumplir con El aquellas divinas promesas hechas a todos los que con fidelidad Le sirven.

¡Magnífico encuentro, en verdad! ¡qué hermoso, qué espléndido y qué bien encaja dentro del cuadro del Año Santo, de todo ese Cortejo de Santos que ha acompañado al Redentor, durante todo este Jubileo de la Redención!

Es una selección de los más bellos, frescos y perfumados frutos de la Redención la que hemos ofrecido al Autor primero de toda Santidad. Por esto, todos, y especialmente los que con tantos vínculos están ligados a nuestro querido Santo, débennle a El la actuación, el conseguimiento del fruto específico de este Año Santo, fruto que se diferencia de todos los demás y, para los Salesianos especialmente, se diferencia en el hecho mismo de la glorificación de su queridísimo Padre, mejor dicho, Patriarca.

¡Y cuán oportunamente viene para vosotros este fruto del Año Santo, que puede llamarse también *Año Santo Salesiano!* (grandes aplausos).

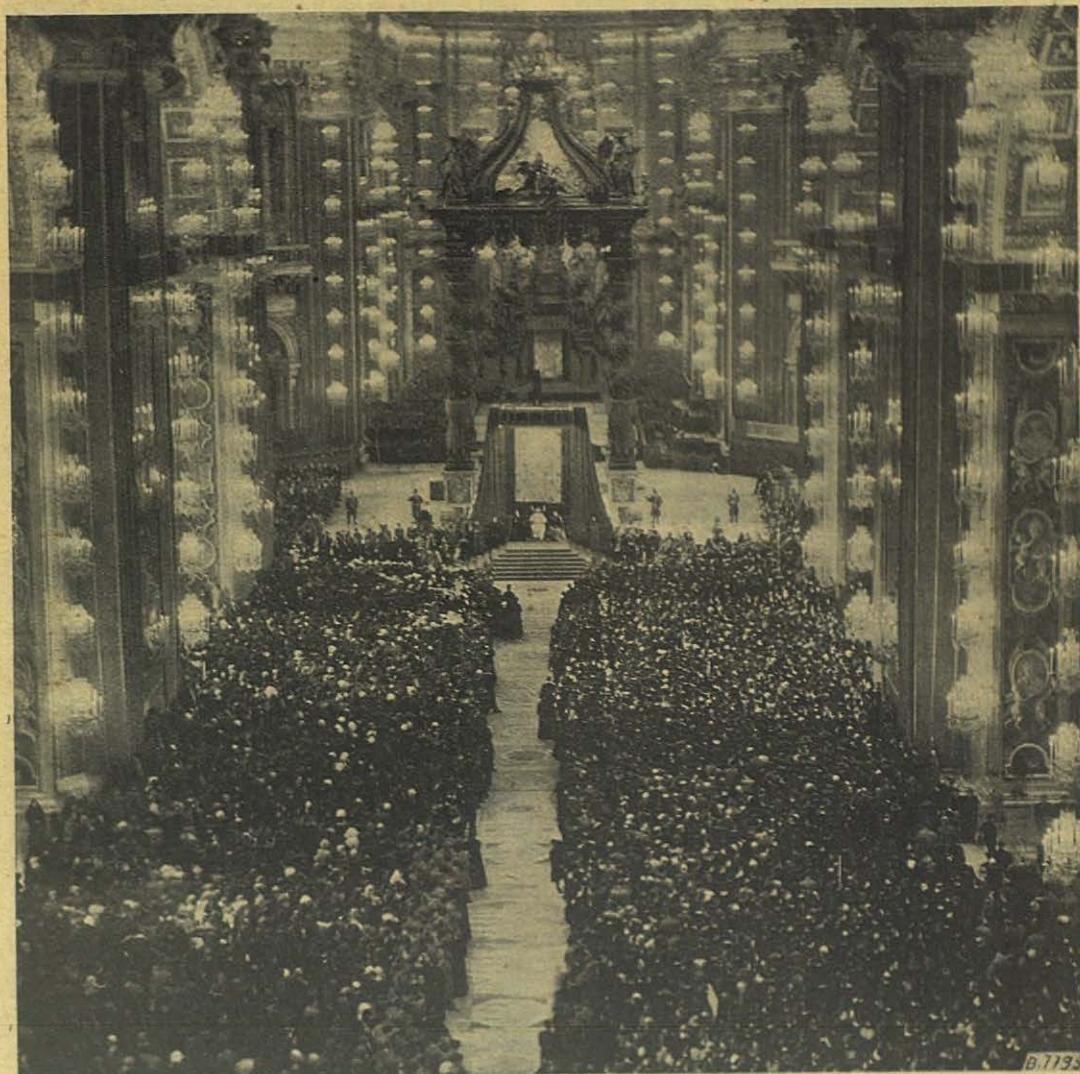
Para todos, y por ende, para los Salesianos, el primer fruto es el de la Santa Indulgencia, tesoro precioso en el cual no podemos a menos de pensar, con mucha humildad y sentimiento de comprensión y de penitencia, porque indulgencia, indulgencia grande, indulgencia máxima, es lo mismo que perdón, perdón grande, perdón máximo. Y perdón ¿de qué? De los pecados y de sus consecuencias. ¿Y quién podría blasonar de no tener necesidad de este perdón? Ello equivaldría a decir que no se tienen pecados, y el Espíritu Santo nos hace saber que los que afirman estar sin pecado, no dicen la verdad.

El fruto específico del Año Santo.

Pero este Año Santo de la Redención debe decirnos además algo especial, y lo ha dicho en efecto porque lo ha dicho el mismo Redentor. El expresamente ha indicado cual debe ser el fruto de toda su Obra Redentora, y nosotros no podemos dejar de aprovecharnos de este fruto, que es como una continuación misma de la Redención.

El Señor lo dice con palabras que claramente manifiestan su corazón, sus intenciones, al anunciar que ha venido para que los hombres tengan vida, y la tengan en abundancia, siempre en mayor abundancia. *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.*

Es exactamente como si les dijera a sus que-



Aspecto de la nave central de San Pedro, en la Audiencia concedida a la Familia Salesiano.

ridas almas: gozad la vida y gozadla siempre con mayor abundancia.

Y esta vida es la cristiana, porque es Cristo quien la ha traído al mundo. Cristo Redentor... vida cristiana... Esta vida cristiana que los hijos de Don Bosco poseen ya con tanta abundancia, deben no sólo poseerla, sino desenvolverla con abundancia cada día mayor; deben ponerla de acuerdo con las palabras del Redentor, que quiere sea una vida abundante y sobreabundante.

Ahora bien, nuestro querido San Juan Bosco lo dice claramente, altísimamente, como debe ser actuada esta vida cristiana, o sea, tal como él la ha vivido, tal como bellamente la

viven sus hijos espirituales, como la han vivido los Santos, no sólo los que durante este año han venido a formar el Cortejo del Redentor, sino todos los Santos. ¿Qué es lo que ellos han hecho? Una sola cosa, vivir la vida cristiana abundantemente, sobreabundantemente, esa vida cristiana de la que nacen esas ramificaciones tan vastas y magníficas de apostolado y de bien que subyugan los corazones.

El Redentor dijo: Vivid la vida cristiana y vividla abundantemente, y he aquí que hoy Don Bosco viene también a decirnos: Vivid la vida cristiana tal como yo la he practicado y tal como yo la he enseñado.

Pero además de esto, parece que Don Bosco

quiere decirles a sus hijos, a vosotros que sois tan particularmente suyos, alguna otra palabra más específicamente precisa, en el sentido que Nos estábamos discutiendo. Parece que hoy os dice: Estadme atentos. Ved cómo y por qué caminos teneis que dejaros guiar: Y parece que para invitaros a seguir siempre más y mejor esos caminos, indica él tres normas de vida cristiana, descubre él tres secretos.

El triple secreto de Don Bosco.

El primero es el amor a Jesús Redentor.

Diríase que fué éste uno de los sentimientos dominantes de toda su vida, y que lo fué lo dicen muy alto aquellas palabras suyas: *Da mihi animas*. He aquí un amor que se halla en la meditación continua, ininterrumpida de lo que son las almas, no considerándolas en sí mismas, sino en lo que valen y en lo que representan en el pensamiento, en la obra, en la sangre, en la muerte del Redentor Divino. Allí es donde Don Bosco ha visto todo el inestimable, el incomprendible tesoro de un alma. De aquí su aspiración, su ruego: *Da mihi ánimas*.

Es un modo de expresar al Redentor su amor, y en esta expresión, por una felicísima necesidad de cosas, el amor al prójimo se convierte en amor al Divino Redentor y el amor al Divino Redentor en amor a las almas redimidas, a esas almas, cuyo verdadero valor se revela en el pensamiento y en la estimación de Jesús, al juzgar que, a pesar de haber sido compradas con su Sangre preciosa, aún no le parecen a Él excesivamente caras.

Ahora bien, este amor del Divino Redentor es el que precisamente hemos venido recordando y meditando, y el que ha excitado nuestro agradecimiento, durante todo este año de una multiplicada Redención.

Otra cosa enseña también Don Bosco a sus hijos. Les enseña el grande auxilio, el más eficaz auxilio del que nosotros podemos disponer para llevar a la práctica ese amor al Redentor que tiene que resolverse en amor a las almas, en apostolado por las almas: María Auxiliadora. Este es el título que él ha preferido entre todos los que se le atribuyen a la Madre de Dios. María Auxilio de los cristianos, el auxilio con que Él contaba para poner en orden de batalla las milicias auxiliares que debían ayudarle a conquistar las almas.

María Auxiliadora es la herencia especial de los hijos de Don Bosco, una herencia que todo el mundo podría envidiaros, si no hubiese otros caminos para acudir a Ella.

Cabalmente en este recuerdo debemos ver otra de esas coincidencias, de esas que algunos llaman combinaciones, pero que son por el

contrario invenciones delicadas, pródidas preparaciones que la Divina Sabiduría sabe hacer concurrir.

Uno de los frutos más preciosos de la Redención es la Maternidad universal de María, y no se hubiese podido celebrar el centenario de la Redención, sin recordar que, desde lo alto de la cruz, cuando más terribles eran sus angustias de muerte, el Salvador nos dió a todos por Madre a su misma Madre: «He aquí tu hijo. He aquí tu Madre». Es el Divino Redentor quien nos ha dado a María por Madre nuestra universal, y es éste el nexo que une íntimamente a la Redención con la Maternidad humana de María.

Diríase que Don Bosco había visto de un modo especial este nexo de unión y había comprendido todo su valor. Por esto, al lado del Salvador Divino colocó siempre a María, y a María en el título que más le conviene, el de Auxiliadora, confiándole a Ella el patrocinio de todas las obras que su gran corazón, que su gran mente se proponía llevar a cabo para la salud de las almas.

Y he aquí porque además del Instituto de los Salesianos, fundó el de las Hijas de María Auxiliadora. Decir María Auxiliadora es invocar la ayuda efficacísima con que podemos contar, ayuda que no conoce limitaciones en su potencia, porque viene de María Madre nuestra, que nada desea más que facilitarnos su auxilio, en las obras que emprendemos para la gloria de Dios y el bien de las almas.

La devoción a la Santa Sede.

Pero es que el Sabio Conductor, el Padre amoroso de las Familias Salesianas ha indicado además a sus hijos otra guía segura en medio de la guerra — ésta sí que es una guerra gloriosísima — por la salvación de las almas, guerra que es necesario encender en todo el mundo. Don Bosco ha querido que esta guía fuese una ilimitada y sentida devoción a la Iglesia, a la Santa Sede, al Vicario de Cristo.

Es un programa admirable — como El mismo Nos lo decía, personalmente, con sus propias palabras, en una verdadera intimidad que duró muchos años y que, además de ser de corazón, fué, en muchos aspectos, intimidad de inteligencias — es un programa continuo, necesario, hecho todo él de directivas clarísimas, luminosísimas, rico más de hechos que de palabras, en virtud del cual la Iglesia, la Santa Sede, el Vicario de Jesucristo llenaban toda su vida. Esto Nos lo sabemos en virtud del trato directo que tuvimos con él, por el testimonio de su propia palabra, por lo expresivo de los pensamientos que él nos confiaba, en su cordial y paterna

amistad, no obstante mediar entre ambos una gran diferencia de edades.

La Divina Providencia ha querido disponer las cosas de modo que aquellas expresiones que mejor revelaban el alma de Don Bosco, le fuesen confiadas personalmente al mismo a quien Ella, en sus secretos designios, destinaba a exaltar al Siervo de Dios a la gloria suprema de los altares. (Aplausos vivísimos).

El Papa de Don Bosco.

Hemos hablado de un « Año Santo Salesiano » y no sin una íntima satisfacción hemos oído que se gritaba en torno Nuestro ¡Viva el Papa de Don Bosco! (formidable y prolongada ovación; durante mucho tiempo óyese gritar con un entusiasmo delirante: ¡Viva el Papa de Don Bosco!).

Os digo esto para que sepais que esta hermosa palabra ha sido para Nos motivo de grande alegría, no menos que para vosotros, que sois hijos suyos. Pero esta hermosa palabra, más aún que motivo de alegría, es una admonición, pues viene a significar que, para Don Bosco, el Papa, venga de donde venga, y llámese como se llame, es siempre y en todo momento un elemento tal de vida que, sin él, no habría llegado a ser lo que ha sido, ni obrar lo que ha obrado.

He aquí pues las tres cosas importantísimas, las tres cosas que vienen a procurarles a los Salesianos todos los frutos de este Año Santo clausurado con estas exaltaciones de San Juan Bosco: amor a Jesucristo Redentor, que es amor a las almas, apostolado de las almas; devoción férvida, constante, a María Auxiliadora, colocada por él como baluarte de todo el organismo de sus obras; devoción, adhesión obediente, fidelísima a la Santa Iglesia, al Vicario de Jesucristo, que es el guía visible, sensible, que el Divino Redentor ha querido dar a las almas, para que no puedan tener dudas sobre su modo de pensar, ni sobre la manera de conformar su conducta con la vida cristiana, sobreabundantemente cristiana, según los deseos de Su Corazón.

LA BENDICIÓN DEL PADRE

Con estas paternas constataciones, con estos paternos augurios, os bendecimos a todos y a cada uno de vosotros, y queremos bendecir todo lo que vosotros representais y no podéis a menos de representar.

Vosotros representais todo lo que habéis dejado en los diversos lugares de donde habéis

venido, a toda la gran Familia Salesiana y de María Auxiliadora, todas las casas donde esta Familia tiene a la vez su habitación y su campo de trabajo, todas las obras de apostolado en sus múltiples formas, todo ese mundo que forman ejércitos de cooperadores, y ese otro mundo de almas que viven o quieren vivir bajo la égida de Don Bosco; una visión grande como el universo, *visio magna*, bella como la caridad de Dios y de las almas, bella como la gracia auxiliadora de María Sma; una visión que se extiende de un modo ilimitado, que el Papa contempla a través de vosotros, hasta perderse en los más lejanos horizontes.

Queremos que reciban además nuestra bendición las familias de todos los aquí presentes, vuestras personas queridas, especialmente los pequeñuelos tan tiernamente amados de Don Bosco, a ejemplo del Divino Maestro, los ancianos, todos en fin, y todo lo que vosotros deseais sea bendecido.

* * *

Al terminar el Santo Padre esta bella y paterna alocución, es extraordinario y grandioso lo que en San Pedro ocurre. Son tan atronadores los vivas y tan insistentes los aplausos, es tan enorme el fervor despertado en todos los ánimos y tan expresivas las manifestaciones, en especial de los jóvenes, que Pío XI, elevado ya en la silla gestatoria para retirarse, aparece como indeciso, no sabe como despedirse de la asamblea, como separarse de aquellos 50.000 hijos amantísimos, devotísimos, que le hacen pensar además en otros centenares de miles ausentes, tan fieles e incondicionales como ellos.

Cuando ya la silla empezaba a moverse hacia la puerta de salida, el Papa hizo una señal y se le vió virar en redondo, y dar una vuelta completa por el altar de la Confesión a fin de saludar y bendecir a los que durante la audiencia habían debido conformarse con verle apenas de perfil, y cuando, recorrida ya la nave central, en una continua, férvida y delirante ovación, que fué un vivo relámpago de gloria y el epílogo triunfal de una jornada inolvidable, el Papa iba ya a desaparecer, aún quiso que le volvieran hacia la asamblea para bendecir, de nuevo, varias veces, como si la grandiosidad de aquella escena le sujetase con invencible fuerza magnética.

MAGNIFICA CORONACION DE LAS JORNADAS ROMANAS

UNA LÁPIDA DEDICADA AL PAPA EN EL "INSTITUTO PÍO XI"

Era este un acto inexcusable y había sido, por lo mismo, cuidadosamente planeado y preparado.

El sitio elegido para su celebración era también, no sólo el más indicado, sino el único; puesto que el magnífico Instituto Salesiano que es orgullo de la capital de Italia, lleva el nombre mismo del Augusto Homenajead, goza de su alto patrocinio y a su consejo y tenaz iniciativa debe la espléndida Basílica, próxima a terminarse, desde la cual la Virgen de Don Bosco irradiará sobre barrios populosos en formación, haces vivísimos de luz para el espíritu.

Dentro de la amplia nave de este futuro palacio de la Madre de Dios, y en medio de un complicado laberinto de entramados de madera y cimbras colosales, exponentes de la magnitud de la obra, y de la impaciencia febril con que marcha hacia su fin, reuniéronse los invitados, al aire libre, en un triunfo de alfombras y tapices, y en medio de un jardín improvisado de plantas de salón. Cuando la mirada se dirige hacia arriba, sobrecoje de asombro la negra y colosal osamenta, ya emplazada, que habrá de sostener la cúpula del templo, a una altura de 33 metros.

Amplias tribunas, adosadas al muro, ofrecen cómodo asiento a las más altas dignidades civiles y eclesiásticas, y entre ellas contemplamos, en medio del esplendor de varias púrpuras cardenalias y de más de veinte cruces áureas de obispos y arzobispos, una riquísima gama de títulos y autoridades; lo mejor de Roma, por decirlo de una vez, estaba allí, pregonando su amable y finísima correspondencia a la invitación de nuestro Rector Mayor.

La Excma Dama Dña Camila Ratti, había sido objeto de especialísima distinción, y en medio del ábside, sobre fondo verde, campeaba un artístico retrato al óleo de su augusto hermano, S. S. Pío XI, entre banderas pontificias y gonfalones de Roma que el Gobierno civil había hecho llevar.

Abrióse la fiesta con cantos e himnos del Mtro Antolisei; el imponente Coral *Salve Decus Italorum* y las *Acclamationes*, todo a cargo de la Schola Cantorum del Instituto, cuyos méritos el Papa conoce ya personalmente, por haberla oído muchas veces en su palacio del Vaticano.

Descubrimiento de la lápida.

Y procedióse en seguida a descubrir la gran lápida mural, objeto primario del homenaje ofrecido al Papa de la Canonización, y colocada en el ábside del templo, *ad perpetuam memoriam*.

Actuaron como padrinos el Excmo Sr. Estrada, Embajador de la República Argentina cerca de la Santa Sede, la Excma Sra Dña Camila Ratti y la Sra Condesa Macchi.

En el mármol hase grabado la siguiente inscripción, pulcramente redactada en latín epigráfico por el Prof. Fornari:

El día 1 de Abril de 1934, dedicado a la Resurrección de Ntro Señor Jesucristo, en cuyo día Pío XI, intérprete supremo de los designios divinos, para clausurar las fiestas religiosas con que había sido celebrada la Conmemoración secular de la Humana Redención, ante multitudes procedentes de todas las partes del mundo, colocara en el Catálogo de los Santos a Juan Bosco, Padre y Legislador de la Pia Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora, a fin de perpetuar el recuerdo de tan grande acontecimiento, aquí, en este templo levantado por voluntad del mismo Pontífice y junto al Hospicio de niños que se honra llevando Su nombre, la Familia Salesiana dedicaba esta lápida, expresiva de la gratitud y alegría que inunda su ánimo.

Sobre esta nota seria, solemne, que, pese a la rotunda sinceridad de su fervor, deja siempre cierto sabor de protocolo, vino en seguida un niño a colocar la ingenua flor del sentimiento, un alumno de 2º Curso de Me-

cánica, quien pronunció un saludo lleno todo él de bellos conceptos y dicho con tanta viveza y donaire que, al terminar, mereció una fúvida y general demostración de simpatía.

Y levantóse a hablar nuestro Rector Mayor, Don Pedro Ricaldone, pronunciando el siguiente magnífico discurso que reproducimos íntegramente:

DISCURSO DEL RECTOR MAYOR

La inscripción que acaba de aparecer ante nuestros ojos, fija, para siempre, en el mármol, la fecha histórica de la Canonización de nuestro Fundador y Padre San Juan Bosco, y lleva grabado con caracteres indelebles el nombre del Pontífice que lo elevó a los máximos honores,

y habla y hablará perpetuamente de la gratitud de los hijos hacia el Glorificador augusto del Padre.

La fecha de esta Canonización llegará a ser histórica, por todo lo que la ha precedido, acompañado y seguido.

Precedióla una intensa expectación mundial, hecha toda de simpatía, reconocimiento y admiración. La figura de Don Bosco, que en vida se presentaba nimbada de una auréola de amabilidad, conserva, en el recuerdo de los que lo conocieron y de muchos que no lo conocieron, todo el prestigio de aquella bondad serena, indulgente, benéfica, cuyos atractivos no era posible resistir. Además de esto, los frutos de sus obras providenciales mueven a toda clase de personas a bendecir su caridad multiforme, que ha sembrado en todas partes, profusamente, gérmenes de bien en pro de la sociedad y de las almas, y en especial de los jóvenes.



La lápida conmemorativa del Instituto Pío XI.

Este árbol frondoso, gigantesco, brotado en tan breve tiempo de la minúscula semilla evangélica, llena de asombro a cuantos se dedican al estudio de los fenómenos sociales historiográficos y agiográficos y, al contemplarlo, saludan en Don Bosco al precursor providente que, recogiendo y sopesando *nova et vetera*, aceptó formas ya conocidas de actividad y de apostolado, reformó a su gusto otras, y creó algunas completamente nuevas. Todo esto ha hecho que las varias fases de su Causa, tan compleja como su vida, hayan sido seguidas con el mayor interés por miles de corazones. ¡Cuántas oraciones, cuántos votos se han elevado al cielo para que la voz infalible del Vicario de Jesucristo definiese, desde la cátedra de la verdad, lo que estaba ya en el convencimiento íntimo de infinidad de eclesiásticos y de laicos, dondequiera que la Iglesia Romana extiende sus dominios!

Memorable conclusión de excepcionales solemnidades.

Y llegada la hora preciosa de la glorificación, una coincidencia admirable de circunstancias ha venido a hacer todavía más memorable el faustísimo acontecimiento. Un Jubileo de inusitada grandiosidad estaba a punto de clausurarse en el día solemne de Pascua; a la invitación del Pontífice había respondido, con fervido entusiasmo, durante todo un año, el mundo entero. La misma Santidad de Pío XI, quiso que dicha clausura fuese señalada con algo que trascendiese de lo ordinario, con algún rito solemne que, halagando el sentimiento unánime del mundo católico, diese el suspirado realce a la tradicional ceremonia.

Y la Providencia, que, con mano invisible, guía los acontecimientos humanos, arregló las cosas de tal manera que la Iglesia, Madre de los Santos, ha podido glorificar, ante la universalidad de las gentes, la santidad de uno de sus hijos, a quien los pueblos todos de la tierra rendían culto cordial de veneración y afecto.

Es un hecho innegable que esta apoteosis de Don Bosco, en un momento tan extraordinariamente característico, ha sido recibida con aplauso por todos los pueblos que hay bajo de la capa del cielo, como si cada uno de ellos viese en el nuevo Santo algo de su propia substancia, y he aquí de que providencial manera el año de las innumerables y filiales peregrinaciones ha tenido un tan maravilloso coronamiento, el día mismo en que congregábanse en la urbe, espléndidas como nunca, representaciones del mundo entero.

Y a dar mayor realce a esta apoteosis religiosa y católica han venido además reales y

soberanas participaciones, acompañadas de los más altos asentimientos nacionales y civiles. La propia Majestad del Rey, con esa bondad que ha sido siempre característica de su Augusta Casa, ha querido asistir a la ceremonia de San Pedro, haciéndose representar por S. A. R. el Príncipe Heredero, Humberto de Saboya, quien, con amabilidad verdaderamente regia, antes y después de la solemnidad, dedicó a los humildes Hijos de Don Bosco palabras de soberana complacencia, que con caracteres indelebles guardarán ellos esculpidas en sus corazones.

Es cierto que Don Bosco pertenece a todo el mundo, pero Italia ha tenido la suerte de ser su cuna, y ¿no ha sido por ventura el mismo Papa Pío XI quien lo ha llamado «gloria de Italia» e «Hijo glorioso de la patria?»

Por esto, la Patria, por un acto de magnanimidad nunca suficientemente agradecida de S. E. el Jefe del Estado, ha decretado la glorificación de su hijo en la cumbre del Capitolio. Nosotros, que conocimos a Don Bosco, sabemos hasta qué punto había él deseado contemplar en su querida Italia una ceremonia de la altísima y cordial significación que ha tenido ésta, una ceremonia en que apareciesen íntimamente fundidos y abrazados los amores inefables de Religión y Patria; sabemos el gozo inmenso que él habría experimentado, si hubiese tenido la dicha de ver, como nosotros, alborear la gloriosa fecha del 11 de Febrero de 1929, en que la firma de los Pactos Lateranenses «devolvió Italia a Dios y Dios a Italia» frase feliz con que estereotipó su pensamiento el gran Papa que rubricó aquellos Pactos, cuyo nombre irá indisolublemente unido al recuerdo de la Canonización de Don Bosco.

El, en efecto, que tan de cerca conoció a su Canonizado, y que tan bien sondeó y comprendió su espíritu, ha hecho resaltar muchas veces esta nota, que él llama providencial, de la gran celebración, como puede verse en un solemne documento destinado a toda la Iglesia, y publicado pocos meses después de haber reaparecido sobre el cielo de Italia la paz religiosa, con una claridad como no había brillado nunca desde los tiempos de Constantino. Me refiero a la Encíclica *Quincuagésimo anno*, en la cual, después de haber enumerado los consuelos que Dios le había concedido en su Jubileo sacerdotal, congratulábase, atribuyéndolo a un designio particular de la Providencia Divina, de haber sido precisamente Juan Bosco el primero en recibir los honores de la Beatificación, después de la suspiradísima paz celebrada con el Reino de Italia, Don Bosco que, en diversas ocasiones, tanto se había esforzado en lograr que se arreglase amistosamente el dolorosísimo conflicto que había arrebatado a Italia al abrazo paterno.

Deuda de gratitud inmensa.

Deudores nosotros a Pío XI, no sólo de la Canonización, sino además de esta singular apreciación suya sobre las susodichas negociaciones de nuestro Santo, que da a la solemnidad del día de Pascua cierto color simbólico, elevándola a la categoría de un gran hecho histórico, debémosle además, el haber delineado con mano segura, muchas y muchas veces, la extraordinaria personalidad de Don Bosco. Antes de la Homilía Pascual, en efecto, el Papa había ya tejido hasta veinticinco veces, públicamente, las alabanzas de nuestro Fundador, describiendo sus virtudes y sus obras, e ilustrando los caminos de su providencial misión.

Pero donde el corazón del Papa se ha puesto de manifiesto, con todo su inmenso tesoro de luz y de bondad, es en la audiencia de ayer. ¡Audiencia memorable si las hay! memorable, ante todo, por el sitio en que fué ortogada.

«Os hemos hecho preparar — nos decía — la más hermosa y más grande sala del mundo» y es que en efecto el templo de San Pedro ofrecía en aquel instante, un espectáculo que acaso no había tenido precedentes en la historia. Memorable, además, por los elementos que en la audiencia intervinieron; jamás había bullido en torno de los mausoleos de los Papas tanto hervor de juventudes, venidas de todas las partes del mundo; «vértigo de alegría» hubo de llamar el Pontífice a aquel delirio de vivas y de aplausos con que fué acogido su ingreso en la Basílica y acompañado hasta el altar de la Confesión, delante del cual habíase elevado el trono.

Memorable, en fin, por la alocución pontificia, amplia, paterna, rica de constataciones, de personales reminiscencias, de inefables exhortaciones, y sellada, al terminar, con tres preciosos recuerdos que serán siempre agradecidos por todos los Hijos de Don Bosco, grandes y pequeños: *Amor a Jesús Redentor, en las manifestaciones diversas de su caridad en orden a la salvación de las almas; devoción a María Auxiliadora; fidelidad al Vicario de Jesucristo.* Aquella aclamación «Viva el Papa de Don Bosco!» escuchada por el Santo Padre, el día de Pascua, en San Pedro, fué por El cordialmente agradecida, y fué una exteriorización feliz del secreto de todo aquel fuego que ardía en el pecho de los 50.000 manifestantes, y que tan bellas e inolvidables palabras había puesto en los labios del Vicario de Jesucristo.

Todos estos actos y expresiones del Santo Padre han producido en nosotros un efecto sorprendente. Si antes la figura de Don Bosco manifestábase ya grande ante nuestro espíritu, ahora ha crecido de un modo gigantesco, y el conocimiento que de él tenía el mundo ha ganado extraordinariamente en profundidad y extensión.

De aquí que el *Te Deum*, entrelazado con

el *Aleluya* pascual, háyanse elevado a Dios, en el templo máximo de la cristianidad, como un himno único de hacimiento de gracias, por haber regalado El a su Iglesia uno de los Santos que más han hecho resplandecer la gloria de la santidad y que de la santidad se ha hecho, en mayor y más larga medida, Ministro e instrumento.

Conscientes, por todo ello, de lo mucho que le debemos al Santo Padre Pío XI, nos hemos dado hoy cita en este lugar, para tributarle el homenaje de nuestra gratitud, aunque de ella, o sea, de la gratitud Salesiana hacia el Pontífice incomparable, hablan ya bien alto los muros del magnífico edificio elevado junto a esta iglesia y rotulado con su augusto nombre.

Aquí en estas Escuelas Profesionales del Instituto Pío XI, vendrán, unas tras otras, generaciones de jóvenes, para disciplinarse en el trabajo, y en la práctica de la vida salesiana, y con las alabanzas al Padre de la juventud, oirán evocar, unguído de bendiciones, el recuerdo de Pío XI, cuya vida quiera Dios conservar muchos años, para bien de la Iglesia y de la humanidad. El Santo de la caridad y el Papa de este Santo vibrarán, a impulsos de una sóla y única palpación, en el benéfico Instituto y en el magestuoso templo, que, antes aún de terminarse, nos ofrece ya acogimiento, y será en Roma centro y faro irradiador de la devoción a la Virgen de Don Bosco, María Auxiliadora.

La voz de Don Bosco.

Mas, en estos momentos y mientras os hablo de estas cosas, siento que necesitaría tener el gran corazón de Don Bosco, para poder mostrar dignamente al Vicario de Jesucristo toda la magnitud de nuestro agradecimiento. Si no me es posible disponer de su corazón, dispondré, esto sí, de su voz, y procuraré, en cierto modo, hacerla mía.

En 1876, el Custodio General de la Arcadia invitó al Siervo de Dios a hacer un discurso sobre la Pasión del Señor, en la sesión especial que solía celebrar aquella Academia, todos los años, el día de Viernes Santo. Don Bosco aceptó, siendo considerada aquella aceptación como un favor señaladísimo.

La sesión tuvo lugar en el palacio Altemps. El orador no divagó por los campos floridos de la literatura, limitándose a hacer a los asambleístas algunas eruditas y devotas reflexiones sobre las «Siete Palabras» de Jesús en la cruz.

Al llegar al epílogo de su discurso, con acentos tocados de profunda y sincera emoción, abogó por la unión de los verdaderos creyentes con Pedro y sus sucesores; invitó a todos a estrecharse «en torno del digno sucesor del Apóstol, en torno del grande, del valiente Vicario de Jesucristo; del fuerte, del incomparable Pío IX»

(son todos adjetivos suyos) y con tono vibrante hizo una exhortación y una protesta que yo quiero ahora repetir literalmente, haciéndola mía, que yo quiero con la más ardiente devoción filial y en nombre de todos los Salesianos, de las Hijas de María Auxiliadora, de sus alumnos y exalumnos, de sus Cooperadores y Cooperadoras y de todos los amigos de San Juan Bosco, dirigir, desde este lugar, a la persona, no ya de Pío IX, sino de Pío XI.

Siempre con el Papa y por el Papa.

« En todas nuestras dudas, en todos nuestros peligros, recurramos a El como a un ancla de salvación, como a un oráculo infalible. Nadie olvide jamás que en este portentoso Pontífice se halla el fundamento, el centro de toda verdad, para la salvación del mundo. Quien recoge con El, edifica, hasta tocar el cielo; quien no edifica con El, desparrama y disipa, hasta tocar los abismos. *Qui mecum non colligit, dispergit.* Ah! si mi voz pudiese, ahora mismo, llegar hasta aquel angelical Consolador: Beatísimo Padre — le diría — escuchad con benevolencia las palabras de este hijo pobre pero devotísimo de Vuestra Santidad. Queremos asegurarnos el camino que conduce a la posesión de la felicidad verdadera, y por esto nos apretamos en torno de V. S. que sois Padre amoroso y Maestro infalible.

Vuestras palabras serán guía de nuestros pasos

y norma de nuestras acciones. Vuestros pensamientos, Vuestros escritos, serán recogidos con la máxima veneración y difundidos con viva solicitud en medio de nuestras familias y de nuestros parientes y si es posible, en medio del mundo entero.

Vuestras alegrías serán las alegrías de vuestros hijos; Vuestras penas y Vuestras espinas serán así mismo compartidas por nosotros piadosamente, y así como es un motivo de gloria para el soldado morir sobre el campo de batalla por su Soberano, serlo también para nosotros, si un día, el más hermoso de nuestra existencia, pudiésemos dar por Vos, Beatísimo Padre, toda la substancia de nuestra vida, porque, muriendo por Vos, tendríamos la seguridad de que morimos por ese Dios que corona los fugaces sufrimientos de esta tierra con las eternas alegrías del cielo ».

Con estas vibrantes y efusivas protestas de amor al Papa tomadas de San Juan Bosco, termina su hermoso discurso nuestro venerado Rector Mayor, levantando una verdadera tempestad de aplausos, expresivos del fervor y del filial sentimiento con que habían sido escuchadas, y constituyendo a la vez digno remate de una fiesta, que seguramente habrá removido, en el magnánimo corazón de Pío XI, las fibras más delicadas de su paternal benevolencia.

Grupo de indios venidos de Assam con nuestros Misioneros.



El precioso Relicario de San Juan Bosco

que la Pía Sociedad de San Francisco de Sales ha regalado al Papa.

Es una obra exquisita de orfebrería, debida a la inteligente colaboración artística del arquitecto salesiano Sr. Valotti y de la Sección de grabado y repujado de la Escuela Superior de Arte Cristiano « Beato Angélico » de Milán, cuya reputación crece, de día en día, y ha llegado a imponerse, con indiscutible autoridad.

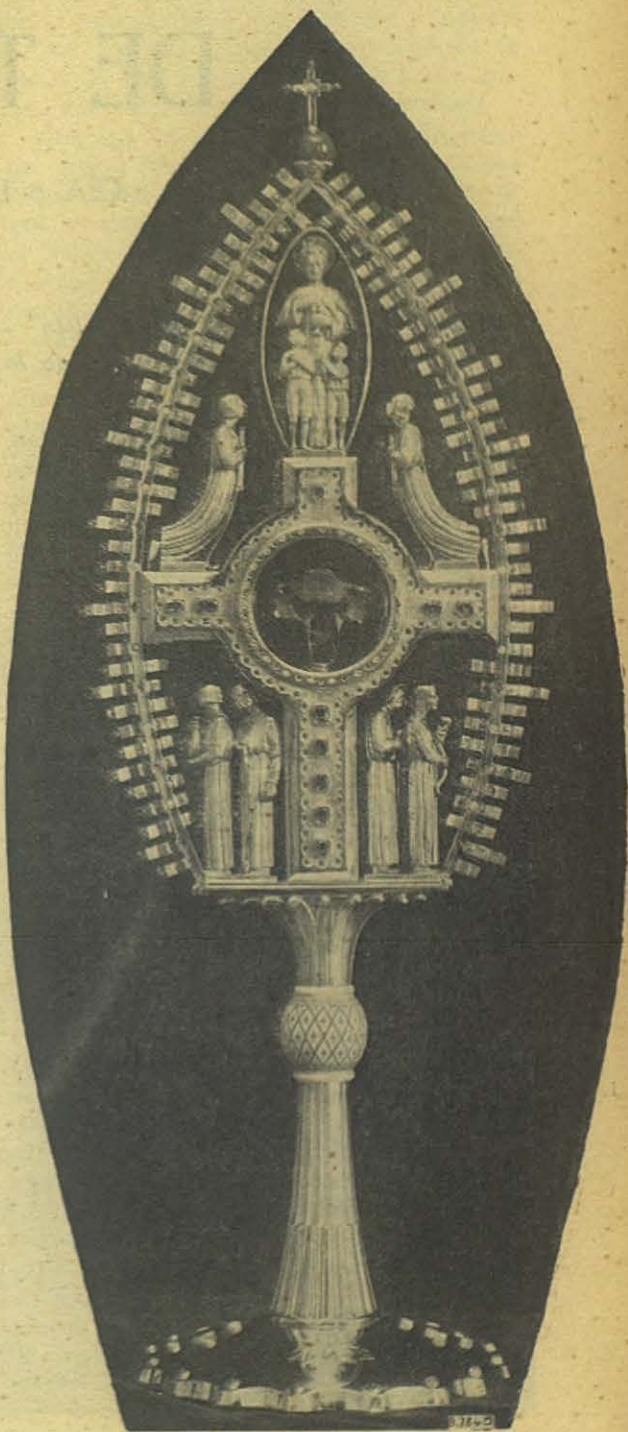
La referida Escuela ha sabido afirmar, una vez más, en esta alhaja, su especial aptitud para modernizar el arte sacro, con un sabio y ponderado criterio, habiendo acertado a combinar lo típico con lo tradicional, mediante elementos ornamentales nuevos bellamente armonizados con las peculiares notas estilísticas de lo antiguo.

Todo el Relicario ha sido hecho de oro y plata y profusamente adornado con piedras preciosas. Mide 75 cm. de alto y consiste en una cruz plantada sobre sencillo y original basamento, y encerrada en una auréola radiante, de forma mitral.

En el centro de la cruz hay una cajita de oro y brillantes que va protegida con cristales y guarda la reliquia del cuerpo del Santo, consistente en la quinta vértebra cervical. Al pie de la cruz, y a uno y otro lado de ella, hállanse representadas las cuatro virtudes cardinales con sus símbolos tradicionales y, sobre los brazos de la misma, la fe y la esperanza arrojadas y como en éxtasis, contemplando a la caridad, simbolizada en lo alto por Don Bosco, en actitud de repartir la Sagrada Comunión a dos niños.

Gracias a la feliz disposición de estas figuras, vese, en seguida de un modo gráfico, que todas las virtudes, así cardinales como teologales, vienen a sintetizarse y compendiarse en la caridad, causa y razón de la eminente santidad del Apóstol de la juventud.

Tanto estas pequeñas estatuas de las virtudes como el grupito formado por el Santo y los dos niños, constituyen, por sí solos, verdaderas obras de arte, por su elegante dibujo y fino modelado, contribuyendo a aumentar notablemente el valor material y formal de este Relicario, en el que la Sociedad Salesiana, sobreponiéndose a su pobreza, ha querido expresar, con el más rendido afecto, su gratitud sin límites al Papa de la Canonización, o, como él se complace en ser llamado, *al Papa de Don Bosco*.



LAS SOLEMNIDADES DE TURIN

DIA 8 DE ABRIL

*Jornada memorable y nunca vista -
Medio mundo en la ciudad y toda la
ciudad en Valdocco.*

Este tan esperado *Día 8* amaneció adverso, ceñudo, displicente, en abierta oposición brutal con el entusiasmo que, a oleadas, arrastraba a los ciudadanos a la calle; en enfadoso contraste con la vivísima luz de alegría que reflejaban todos los espíritus.

No obstante de ello, y gracias tal vez a ello, la *Glorificación Turinesa* tuvo aspectos no previstos que elevaron, hasta lo inverosímil, el tono del fervor popular. Este era tan grande y tan impetuoso, que todas las aguas del diluvio no hubiesen logrado impedir que se manifestase.

Estas jornadas de Turín no han sido inferiores a las de Roma más que en el aspecto local, porque la excelsitud y el atuendo de la ciudad que es Sede del Catolicismo, no hay ni habrá jamás en el mundo otra ninguna que pueda igualarlos; pero descartada esta distinción, es cosa evidente que en ninguna parte como en Turín, al pie de la riante colina de Superga y a la sombra del Santuario de María Auxiliadora, podía la gloria de Don Bosco alcanzar matices más simpáticos, más íntimos, más encendidos de exaltación familiar; en ningún otro punto de la tierra podían resonar los aplausos como han resonado en Valdocco, donde, a golpes de contradicciones y sufrimientos, hubo de forjar su organismo la Obra Providencial de nuestro Santo.

Al reseñar las Fiestas de Roma hemos agotado los adjetivos encomiásticos de nuestro pobre léxico ¿cómo describir ahora las de Turín, que, en muchos aspectos, las mejoraron y desbordaron? Por fortuna tene-

mos sobre la mesa montones de diarios de todos los colores que, de un modo primoroso, nos dan hecho este trabajo, y a ellos nos atendremos, porque ha sido hermosa y nunca vista, en acontecimientos de este género, la unanimidad y el cariño con que las Agencias y Redacciones periodísticas de Italia han reflejado todo lo que se ha dicho y hecho en estos días, alrededor de San Juan Bosco. En la vasta y accidentada área de la publicidad nosotros no hemos hallado ni un solo ángulo sordo.

Tomaremos pues un poquito de aquí y de allá, y pondremos de nuestra cosecha todo lo que sea necesario.

Oleadas de gente, plegarias, comuniones, misas, y flores.

La profunda sugestión que ejerce, en todos los espíritus, nuestro San Juan Bosco, ha hecho sin duda que el día 8 las gentes se sintiesen animadas de esa fe ardorosa que arrolla los obstáculos, y desafía las adversidades y hasta los elementos.

Porque ocurrió, en efecto, que ni las negruras poco tranquilizadoras de un cielo que amaneció plomizo, ni las frecuentes andanadas de agua que nos enviaron las nubes, lograron atajar, ni refrenar siquiera, los anhelos impetuosos de los miles y miles de fieles venidos de todos los puntos de Italia y muchos del extranjero, decididos a celebrar una de las mayores fiestas que tal vez haya presenciado el mundo, en honor de ningún Santo.

Atraídos por esta luntinosa figura de Sacerdote y Educador del alma popular, centenares y miles de hogares se han des poblado para acudir a la pequeña ciudad

salesiana de Valdocco. Todos los caminos que, desde la Italia septentrional y central, conducen a la capital del Piamonte, han volcado sobre ésta masas enormes de peregrinos.

Ni Turín, ni Valdocco, habían visto nunca nada semejante, ni siquiera en los días gloriosos de la Beatificación. Para calibrar actos de esta magnitud no se conoce todavía ninguna medida.

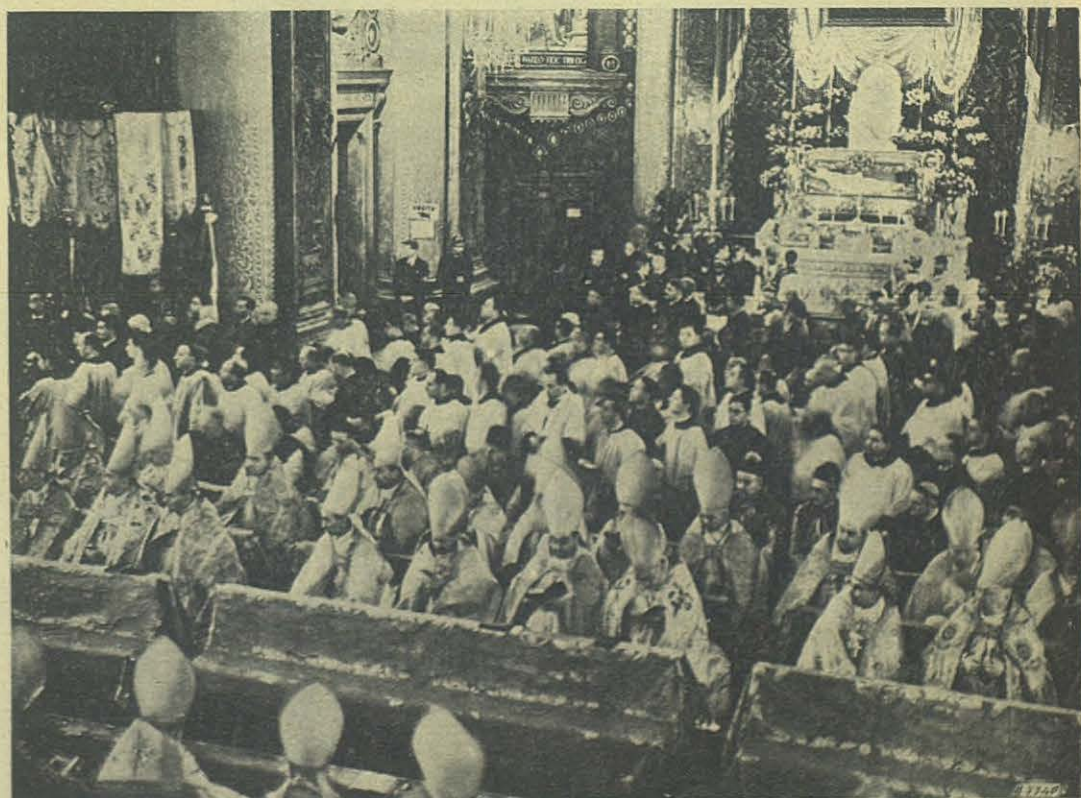
Amanecida la gran fiesta, y antes de las 4 de la mañana, los alrededores del Oratorio estaban ya tomados por el público, de suerte que, al abrir sus puertas, a esta hora, la Basílica de María Auxiliadora, para iniciar las primeras misas, llenáronse en seguida nave y crucero, yendo a estacionarse los que sin interrupción seguían llegando, delante de la iglesita de San Francisco de Sales, que, en un santiamén, vióse también colmada.

De media hora en media hora, renovábase el Santo Sacrificio en todos los altares, y a las seis empezó también a celebrarse en

una tribuna al aire libre, frente a la plaza. Obispos y Arzobispos se alternaban humildemente con simples sacerdotes, y jovencitos de todas las edades confundíanse, en la Sagrada Mesa, con hombres y mujeres de las diversas capas sociales, ansiosos de recibir el Pan de los ángeles, que tres o cuatro ministros distribuían continuamente.

Mientras en las dos iglesias agolpábanse las gentes para saciar su devoción, fbanse otras condensando en el patio, en espera de que se abriesen las habitaciones que ocupó el Santo, objeto, durante todo el año, de especial veneración y de peregrinaciones continuas.

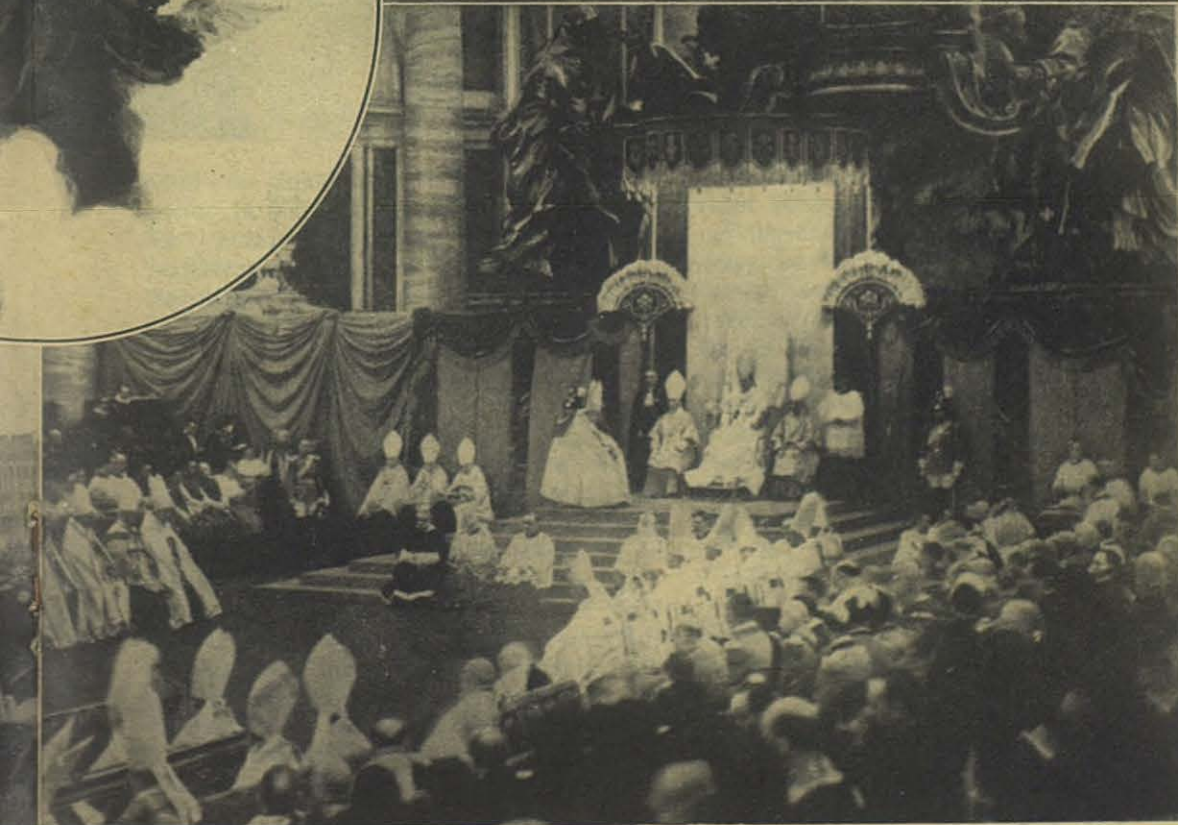
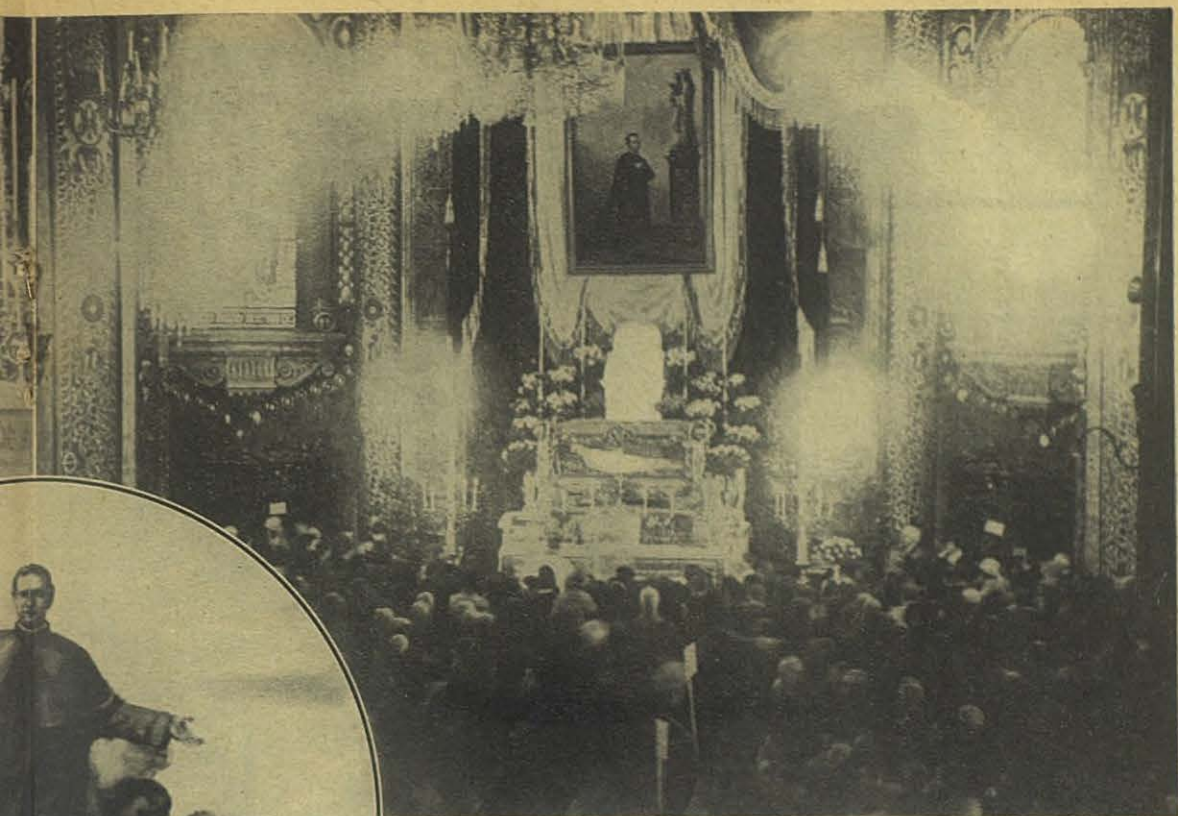
Abrirse éstas y llenarse de frescas y olorosas flores fué cosa de un momento. Pobres viejecitas del pueblo acudían a depositar las plantas florecidas que, con mil desvelos, habían estado cuidando en el humilde jardincito hogareño, y cuando en el cuarto donde murió el Santo no cabe ya ni una más, y las otras habitaciones contiguas están como él cuajadas, ábreanse los balcones, y a lo largo de



La mitad de los obispos que asistieron al Pontifical, vistos mirando al altar del Santo.



LAS HORAS MAS SOLEMNES DE LA C



CANONIZACION * EN ROMA Y EN TURIN



los humildes barandales de hierro, brotan como por ensalmo, bellos pensiles polícromos.

Como la Basílica no ha de ser menos, recibe, así mismo, continuos y abundantes homenajes de flores, que traen, temblando en su cáliz, lágrimas de angustia o la llamecita encendida del amor de algún alma, y ora sueltas, ora en ramos plebeyos o en costosas « corbeilles », suben esas florecitas a tapizar los altares, a cobijarse debajo de la imagen del Santo, a abrazarse con inocente ternura a los angelitos dorados de la artística urna que atesora los restos amados.

¡A cuántos episodios no ha dado lugar esta efusión del fervor popular! Llega, por ejemplo, una flamante pareja de octogenarios, y muy ufana, se abre camino, pretendiendo poco menos que honores especiales por haber sido el Santo en persona, el que bendijo su matrimonio, regalándoles además un « Joven Instruido » con un autógrafo, que ellos muestran orgullosos a Don Ricaldone, y viene a ser una llamada al capítulo aquél del mismo Devocionario, en que el Santo pinta sencillamente las alegrías del cielo y el modo de merecerlas.

Grandioso Pontifical - 6 Cardenales y 114 Obispos en la Basílica de María Auxiliadora.

La sinigual apoteosis del día 8 debía tener su primera y grandiosa manifestación en el

Al recogerse la Procesión,
una riada humana
irrumpió en
Valdocco.



fastuoso Pontifical de la mañana, que hubo de celebrar el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Turín, con la asistencia de otros cinco Cardenales, de 114 Obispos y Arzobispos, y de las más altas autoridades políticas, diplomáticas, civiles y militares.

Enormemente abarrotada la iglesia y locales adyacentes, esplendente el altar mayor como una viva ascua de fuego, magestuosísima la liturgia, y la música y el clero y todo lo que más o menos directamente era susceptible de influir en la solemnidad del acto, no existen palabras con que describirlo y ponderarlo.

Al empezar los oficios, vemos, en el presbiterio, a la derecha del trono del celebrante, al Excmo Sr. Conde De Vecchi, representante del Gobierno de Italia y al Embajador de la República Argentina Excmo Sr. Cantilo, que representa a su vez el de su nación, ambos con sus respectivas Señoras.

Al lado de la epístola, cinco tronos iguales,



alineados y cubiertos con dolsel carmesí, reciben a los Emmos Cardenales Vidal y Barraquer, de Tarragona (España); Maurín, de Lión (Francia); Nasalli Rocca, de Boloña; Ascalesi, de Nápoles, y Hlond, Primado de Polonia.

Fuera del presbiterio ocupan primeros puestos las Autoridades locales; diputados, senadores, títulos, militares, Representaciones de la ciudad y de la provincia, Ordenes Pontificias, entre las que destacan los caballeros del Santo Sepulcro por la nivea blancura de sus mantos, que la cruz de la Redención rubrica bellamente de rojo.

Cuando, con paso solemne y magestuoso, hacen su entrada en el templo los Sres Obispos, Arzobispos y Prefectos Apostólicos, cubiertos con la mitra, revestidos de ricas capas, acompañados de sus pajes y servidores, un profundo silencio de estupefacción lo invade todo; el público, alzado de puntillas, recrease en la contemplación de este imponente

Cortejo de 114 Prelados, que nadie había visto jamás, fuera de Roma.

Todos ellos se han ido acomodando en el centro del crucero, y en largas filas de bancos guarnecidos de damascos, y colocados perpendicularmente al presbiterio. El golpe de vista que ofrecen es de lo más soberbio que imaginarse pueda.

En el altar mayor, un gran cuadro de San Juan Bosco lo preside todo, entre cascadas de luz y elegantes brocados con pasamaños riquísimos, que adornan también profusamente los arcos y paredes del templo.

A la derecha del crucero, álzase el altar propio del Santo, ahora provisional y que pronto será definitivo, y en un triunfo de esplendores de cielo y flores de jardín, ofrécese a la pública veneración la urna preciosa que contiene su sagrado cuerpo.

Comenzados ya los oficios, nuestra mirada inquisitiva busca los sitaliaes del Rector Mayor y de la Superiora General de las

Hijas de María Axiliadora, con los demás Superiores del Capítulo; todos están de rodillas, estremecidos de fervor, no menos que de emoción y alegría. Entre las Capitulares está Sor Eulalia Bosco, sobrina del Santo Fundador.

Fíjense también nuestros ojos, al pasar, en los indiecitos Assameses, y en su típica indumentaria; sus negras cabezas empenachadas y sus amplios ropajes de seda; sus grandes collares con sartas de plata y su carcaj y flechas del mismo metal. Conmuévenos su compostura; de pie, con las manos juntas sobre el pecho y el rosario que pende de ellas, con los labios extáticos en la oración y los ojos brillantes de felicidad.

El Pontifical sigue su curso, con toda la magestad que corresponde a tan grandioso



Las grandes tribunas que se instalaron en las calles, para presenciar el Cortejo.

acto. Como ya antes hemos dicho, el Sr. Cardenal de Turín es el que lo celebra, oficiando, de ministros, Canónigos de la Metropolitana, y de Maestro Mayor de ceremonias el Ilustrísimo Mons. Respighi, que lo es de S. S. el Papa, y se había ofrecido, viniendo de Roma expresamente.

Como no es cosa de entretenernos en la descripción minuciosa de las ceremonias, diremos únicamente que el breve Panegírico del nuevo Santo, hecho por el Emmo Cardenal Celebrante, fué una feliz evocación de su vida, y que al llegar al *Agnus Dei*, Su Eminencia Rvma dió paz a los Excmos Embajadores y Autoridades, con el mismo precioso Portapaz de plata y marfil que había besado S. M. el Rey de Italia, el día del casamiento del Duque de Pistoia.

De la música hablaremos en capítulo aparte.

Terminado el grandioso Pontifical, un diácono lee la Indulgencia y el Emmo Sr.

Cardenal celebrante da la bendición concedida por el Santo Padre a todos los fieles allí reunidos bajo los auspicios de San Juan Bosco, y a los que, en número inmensamente mayor, estaban fuera, siguiendo la ceremonia por medio de los altavoces.

Y el público empieza a desfilar, formando esos remolinos característicos que confunden y marean, y entre un revolver formidable de mil voces exultantes y el estrépito de las bandas de música, estalla incontenible de todos los pechos el Himno oficial de Don Bosco.

Los Sres. Obispos, recompuesto su Cortejo, salieron ya también de la Basílica, con los Emmos Purpurados, entre nuevas oleadas de entusiasmo y murallas de devotos que los miraban y remiraban, con los ojos abiertos a la curiosidad y el alma a la estupefacción.

Es más de mediodía, y todo el mundo se derrama para dar paz a los nervios, respirar aire libre y comer, donde puedan y como puedan.

El Cortejo apoteósico de la tarde - Ríos de agua y fervores de almas.

A las 13,30 los soldados del ejército y de las milicias están ya desplegados en sus puestos, para asegurar el orden de la Procesión y hacerle escolta de honor.

Llueve a cántaros. No obstante de ello, nutridos e incansables grupos acuden desde todas las calles y avenidas de la ciudad, dirigiéndose a la Basílica; todos desdennan el temporal, seguros de que el Santo saldrá a la calle, sea como sea.

Ese admirable removerse de las multitudes ante los Héroes de la santidad ha tenido siempre, en todos los pueblos, caracteres de una apasionada y absoluta dedicación.

Ese extraordinario afluir de peregrinos a las fiestas de San Juan Bosco puede ser calicado como de una propia y verdadera invasión. Gradualmente, con un fabuloso crescendo, los arroyos se veían transformados en ríos y los ríos en inmensa marea. Toda la ciudad quedó tomada por asalto, y sin embargo, y a pesar de éste movimiento intensísimo, apabullante, y de la desmoralización que lógicamente debía producir la lluvia, triunfaron de tal modo la técnica y previsión de los organizadores, que el orden y la regularidad han sido impecables.



Aspectos fragmentarios del Cortejo - Caballeros, Obispos, Autoridades.

Cada pueblo, cada grupo, cada Colegio, cada representación, tiene señalado su sitio, y allí esperan horas enteras, con los pies encharcados y aguantando la llovizna helada, cuando no el violento aguacero.

Lo mismo hace el público, arracimado, compacto, llenando las calles de parte a parte, contenido con dificultad por los guardias, esperando muchos satisfacer su curiosidad y todos su devoción, mientras camiones llenos de paraguas, que se venden a precios irrisorios, van y vienen continuamente, cargando y descargando su mercancía.

Cuando visitamos el circuito que ha de recorrer la Procesión, para darnos exacta cuenta de este milagro de fervor y piedad de las turbas, hallamos un grupo de peregrinos belgas y franceses que esperan en la plazuela de la Consolata, izada al pie del obelisco de la Virgen las banderas de su patria, y cantando a pleno pulmón, las letradas de los Santos y sus propios himnos religiosos rimados «a la brabançone». Más allá otros grupos de otras naciones rezan el santo Rosario o repiten incansables el Himno de Don Bosco, hecho ya popular.

En la vía Cottolengo, a la que la caridad y el dolor han comunicado esa pátina permanente de religiosidad que tanto impresiona al viajero, hallamos estacionadas centenares de mujeres que hacen gala de ser acérrimas devotas del nuevo Santo, mezcladas con religiosas de varias comunidades. Muchas de estas devotas han venido de los altos valles alpinos, vistiendo, quienes los tradicionales corpiños de Valsusa, negros y floreados; quienes la falda típica del Lys, de llameante escarlata; quienes los delantales pintorescos y los chales de Rima, de Valsesia y de Macugnaga.

80.000 personas en la Procesión y 400.000 contemplándola.

A las 15,30, ante la imponente cerrazón del cielo, que no parece arrepentirse ni poco ni mucho de la jugada que nos viene haciendo estos días, empieza a rumorearse que la Procesión no se celebra, y el desencanto cunde rápidamente; mas por fortuna es un momento tan sólo, porque los potentes altavoces instalados en todo el extenso sector de Valdocco, anuncian en seguida que el acto tiene que celebrarse, aunque se retrasará de una hora.

La orden viene de nuestro querido Rector Mayor que, no obstante andar algo delicado de salud aquellos días, se hallaba en todas partes y se movía continuamente. Auscultando con fina sensibilidad, los deseos anhelantes de todo el pueblo, ha tomado esta decisión, que es recibida con delirantes aplausos; y mucho antes de que transcurra la anunciada hora de aplazamiento, empiezan a salir de los patios del Oratorio y Colegio de Hijas de María Auxiliadora, filas interminables de niños y niñas, con sus divisas de escolares unos, vestidas de blanco o de azul las otras, mientras falanges de señoras y señoritas empiezan a alinearse a su vez a lo largo del Corso Regina Margherita, para iniciar el desfile.

Este se ha de ir formando escalonadamente según el plan establecido; cuando se halla completo del todo, resultará una agrupación formidable que se extenderá a varios kilómetros y llevará intercaladas entre sus grupos más de veinte bandas de música.

Al asomar la cabeza la Procesión por el «Rondó» que ciclistas del Municipio procuran tener despejado, y empezar a moverse la cruz parroquial, todas las iglesias de Turín dejan volar su entusiasmo y una sinfonía triunfal de campanas se extiende sobre la urbe.

Detrás de la cruz, van unos pajecillos y parvulitas con las manos juntas, cantando, quedito quedito, el Himno a Don Bosco, con gracia y recogimiento tales, que hacen pensar en esos angelitos cantores de los frescos de Melozzo de Forlì o de los bajorrelieves de Luca della Robbia.

Forman correctamente y son muy aplaudidas las escuadras de «Balillas» y «Pequeñas Italianas» las juventudes universitarias de ambos sexos, los exalumnos, las Asociaciones nacionales y extranjeras que alegres y marciales, con sus banderas y gallardetes, pasan saludando a los 50 Obispos que en el palco de la Consolata esperan su incorporación.

¡Ah! si el sol hubiese querido abrir los ojos y nos hubiese iluminado esta jornada memorable, con sus rayos de oro, ¿quién podría adivinar de qué opulenta belleza de tonos y de colores habríanse enriquecido estos formidables desfiles de juventudes, de hombres viriles, de señoras, de profesionales, de militares, de autoridades, de sacerdotes; este interminable suceder de alumnos y más alumnos

de los Centros Salesianos (solamente en Turín hay 24 Colegios) que agitaban las banderas de su Asociación o de su provincia y los gonfalones polícromos y blasonados de todas las naciones de la tierra, donde los Hijos del Santo trabajan y fructifican?

Cuando entran en el Cortejo por filas de cientos las Hijas de María Auxiliadora, sencillamente vestidas de negro, con sus « modestes » cándidos que les dan esa gracia tan leve y humilde no exenta de prestancia señorial, diríase que las que pasan, con acariante ruido de alas, son bandadas de golondrinas, tan ágil y sutil es el desfile de estas buenas religiosas de Don Bosco, consagradas en cuerpo y alma a las obras de caridad, a la asistencia de niñas y jóvenes, al cuidado de leprosos y necesitados del mundo entero.

Delante y detrás de la urna del Santo ha observado una novedad que, dos o tres años hace, hubiese parecido inconcebible en Italia: « Vanguardistas » y « Camisas negras » con mauser y bayoneta calada y centurias de ciclistas con divisa azul, y luego las falanges del barrio de San Pablo, este milagro salesiano viviente, de más de un millar de hombres, de obreros, de padres de familia que formaban antaño su republiquita roja dentro de la ciudad, y que nuestro Oratorio Festivo arrancó al sindicalismo anárquico, perturbador y ateo.

Llegado el Cortejo a la maravillosa plaza Solferino y Vía Pietro Micca vuélcense en él las Organizaciones Sindicales Fascistas, Colegios del Municipio y del Estado, Instituciones educativas, deseosas de rendir pleito homenaje al gran Educador de la juventud.

Y cuando va cerrando la noche, llegamos a la Catedral, donde esperan otros Sres Obispos, y donde el espectáculo culmina en toda su plenitud magestuosa. A los Prelados que ahora se incorporan, recibidos por docenas de automóviles, acompañanles largas filas de seminaristas y teólogos salesianos, revestidos de sobrepelliz.

A pesar del progresivo desmayo del día y de que las sombras emborronan ya la visión, podríamos, desde esta plaza, que es una atalaya magnífica cubierta con amplias y numerosas tribunas, contar a los manifestantes y especificar grupos y representaciones, pero quédese este trabajo para la prensa local, más aficionada a detallar y citar nombres. A nosotros nos basta decir

que además de los numerosos peregrinos forasteros, no ha habido asociación cultural y religiosa de Turín que no haya tomara parte en el Cortejo.

La carroza de las rosas - Toda la inmensa ciudad es un templo - Cómo se ama en Turín a San Juan Bosco - Ovaciones que no acaban nunca.

Lo más notable, lo más grandioso, lo que resultaba de una emoción inenarrable era la acogida triunfal que se le hacía continuamente a la Urna del Santo.

Más que una lluvia de agua, lo que sobre ella caía era una lluvia incesante de rosas que, resbalando por las tallas doradas y por los cristales, amontonábanse en la plataforma de la carroza, entre salvas formidables de vítores y aplausos. Algunos informadores la han llamado « la carroza de las rosas ».

A medida que el cuerpo del Santo se iba acercando a Valdocco, el entusiasmo de las turbas iba electrizándose todavía más con el contacto de los miles de jóvenes que formaban en el Cortejo y se iban replegando antes de llegar a la plaza de la Basílica.



La carroza de las rosas.



El Rector Mayor con los demás Superiores Mayores delante de la urna del Santo.

Clero y juventudes.



La algarabía gloriosa de los cantos, de los aplausos, de las invocaciones, en un puro frenesí de devoción filial, removía todas las fibras sensibles y hacía dar vuelcos al corazón. Los que íbamos al lado de la idolatrada Reliquia observábamos, dentro de los marcos iluminados y engalanados de balcones y ventanas, a hombres que, rígidos e inmóviles, saludaban a la romana, y a otros de rodillas que, íntimamente recogidos, confiaban acaso a Don Bosco alguna pena o necesidad urgente. De las mugeres no hay que hablar; rara era la que no llorase y la que

teniendo una flor en la maceta o en el jardín no la cortase para echarla sobre la carroza. Así, entre apoteosis continuas, delirantes, regresaba el Santo a su casa, a la Basílica de su Auxiliadora, incendiada de luces y de oro y ocupada, en toda su extensión, por Obispos y autoridades que lo esperaban.

También el pueblo esperaba en la plaza y avenidas próximas apiñado y olvidado ya por completo de que aún seguía lloviendo.



Aquí sí que vendría como anillo al dedo, convertida en realidad palpitante, la metáfora que hemos visto empleada, poco ha, por determinado cronista: «la vista se pierde en una pretado trigal de cabezas». Esos miles de bujías eléctricas que tienen convertida en una hoguera la cúpula de la Basílica y perfilan las líneas de su fachada, con las del Oratorio y edificios que circundan la plaza, ¡qué reflejos tan sorprendentes y tan poéticos no ponen en el magnífico trigal humano! Medio mundo hállase aquí apretujado, esperando una palabra íntima del Santo, cuya presencia sienten en el alma como se siente la presencia de una madre ausente, esperando que el Autor de todo bien y de toda santidad les bendiga también desde la custodia.

Cerradas las puertas del templo, todo este público, recogido y atento, sigue por medio de los utilísimos altavoces, la última ceremonia de la jornada. Ya hemos dicho que con la urna del Santo entraron las autoridades y los que ostentaban alguna representación, y no fué posible que entrara nadie más, porque sólo ellos llenaban el Sagrado recinto.

En medio del opulento mosaico de colores rojo y violado de los príncipes de la Iglesia y del oro de las charreteras y la nieve de los airones de pluma que se veían flotar por doquiera y de las divisas de Caballeros de Malta y del Santo Sepulcro, de San Silvestre y San Gregorio Magno, distinguimos la humildad de Don Pedro Ricaldone, de nuestro venerado Rector Mayor, quien, con los demás Superiores del Capítulo, ha querido seguir a pie todo el recorrido. Hállase allí como extraño a todo aquel movimiento que bulle en torno suyo; rezando, tal vez meditando. ¿Qué pensará, en estos momentos, el Cuarto Sucesor de Don Bosco? Sólo él y Dios lo saben, pero es lo cierto que uno sólo de esos momentos vale una vida entera.

Ahora resuena en toda la Basílica el «Iste Confessor» y, como nunca, sus estrofas nos parece sublimes, como nunca nos parece descubrir en ellas la magestuosa cadencia de los himnos triunfales.

¿Os acordáis del pobre Pastorcito de I Becchis? — Vedlo, aquí está, inmóvil en su altar, recibiendo estos homenajes apoteósicos, y no sabemos por qué, pero sospechamos que acaso los recibe con una poca de desazón. Hemos observado, momentos hace, al atravesar la preciosa urna los umbrales del templo, que el vapor acumulado en el

sagrado recinto empañaba rápidamente sus cristales, y ocultaba el cuerpo del Santo. Decimos que fué el vapor, pero ¿no sería mas bien el velo de su humildad heroica que, glorificado y todo, aún le induce a ocultarse, a desaparecer, a hurtar el cuerpo a los aplausos,



Entre los Sres Obispos que nos han honrado con su presencia, figuraba Mons. Matulionis, mártir lituano que ha sufrido 10 años en Siberia los rigores del comunismo ruso. - He aquí el estado deplorable en que vino de la prisión.

como cuando le recibían en París y en Barcelona, o le agasajaban en Roma?...

Y es que nuestro querido Santo, aún coronado de gloria, y exaltado en los altares, y rodeado de grandezas, quiere ser siempre el pobre, el humilde Don Bosco.

La Bendición con las dos custodias - Cantos y músicas - Espléndidas iluminaciones - Imponente desfile nocturno ante la Reliquia del Santo.

Cantado el *Tantum ergo*, que el pueblo corea porque, en Italia, se saben todos de memoria los Himnos de la Iglesia, en su lengua litúrgica, y dada la Bendición dentro del templo, vibra en los aires un agudo toque de clarín, y los Cardenales Fossati y Hlond salen con sendas custodias, y el uno, desde la tribuna de la plaza, y el otro, desde un balcón de la Editorial S.E.I. que domina el Corso Regina Margherita, trazan simultáneamente la cruz con la Sagrada Hostia, sobre esta sementera bendita de corazones, que en el asfalto mojado, rubrican así, de rodillas, la gran jornada de gloria, que Turín nunca había visto y no volverá a ver jamás.

La general algazara, el ruido bronco y continuo de los automóviles, las evoluciones de los soldados que vuelven a sus cuarteles, borrachos de agua, después de haber resistido impávidos y casi heroicos ocho horas de

lluvia incesante, dicen que todo ha terminado, pero las músicas y luminarias aún retienen a las gentes en la plaza, y aún el templo sigue y seguirá hasta media noche, como los días anteriores, y como los que seguirán, recibiendo fieles y más fieles, que quieren a todo trance llegar hasta la urna del Santo, para verle, para rezarle, para confiarle cada uno aquella necesidad que, hace tiempo, lleva clavada en el corazón, para lograr que toque su Reliquia tal o cual objeto suyo personal.

Y a los fuegos prepotentes de entusiasmo que han ardido durante todo el día, siguen los fuegos de los balcones que arderán toda la noche, o cuando menos hasta que se consuman; para demostrar al mundo que, aunque Turín duerma, rendido por la fatiga y cansado de aplaudir y de rezar, sus sentimientos de amor hacia el Hijo grande y predilecto, hacia su querido « Don Bosco », no dormirán jamás, sino que arderán siempre vivos y gloriosos, en cada pecho, en cada casa, como vivas y gloriosas arden esta noche, en todas partes, estas espléndidas iluminaciones eléctricas.



Algunos de los Obispos que asistieron a la fiesta.



S. A. R. la Princesa Adelaida de Saboya en la Presidencia.

EL 10 DE ABRIL

En honor de San Juan Bosco se inaugura oficialmente el Instituto Misionero "Conti Rebaudengo"

S. A. R. la Princesa Adelaida de Saboya preside la fiesta - Un notable discurso del Ministro Sr. Fedele.

Este día, el programa de fiestas extraordinarias en honor de San Juan Bosco se enriqueció con una nueva intervención, tanto más importante y significativa, cuanto que vino a servir de marco grandioso a la inauguración oficial de este Instituto «Conti Rebaudengo» que produce el asombro de todos los que lo visitan y es, sin duda, uno de los más eficientes y representativos en su género; de este Instituto bautizado con el nombre del munífico aristócrata, Senador, y hombre de negocios, hoy Presidente de los Cooperadores Salesianos de Italia, que,

en un bello gesto de caridad comprensiva y espléndida, lo ha levantado.

El edificio, obra del arquitecto salesiano Sr. Valotti, es inmenso; basta decir que en él pueden tener cabida cómodamente 500 internos, y no sólo en su construcción se han aprovechado, con el mayor escrúpulo, las últimas y más modernas enseñanzas de la técnica, en este género de instalaciones, sino también y singularmente en el emplazamiento y dotación de sus aulas y talleres, donde se formarán, en las diversas artes y oficios, centenares de maestros salesianos,

que luego llevarán los tesoros de su experiencia a los países de misiones, facilitando extraordinariamente y complementando la obra de los evangelizadores. ¡Oh, quien nos diera poder algún día ocuparnos extensamente de estas Casas Misioneras, esfuerzo colosal, filigrana de organización de los últimos sucesores de Don Bosco!

Fácilmente puede comprenderse que, en esta fiesta que estamos reseñando, sobre el fondo del homenaje, casi diríamos civil, tributado a nuestro Santo, tenía por fuerza que proyectarse otro homenaje de aplauso y de honda gratitud a la caridad del Fundador del Instituto, e insigne bienhechor de las obras de Don Bosco, y precisamente por esto y, rehuendo demostraciones que repugnarían demasiado a su humildad, excusó el noble Conde su asistencia, de modo terminante, produciendo no poca contrariedad a nuestros Superiores y a cuantos deseaban ardientemente, en ocasión tan oportuna como ésta, demostrarle sus sentimientos.

Era realmente magnífico el golpe de vista

que ofrecía el edificio, todo empavesado con banderas nacionales, artísticamente combinadas con las de los países donde hay establecidas misiones salesianas. En uno de los testeros del patio de recreo, que parece mas bien plaza de ciudad populosa, habíase levantado un magestuoso palco, también adornado con trofeos de banderas y terciopelos.

Para dejar el mayor espacio posible al público, los alumnos y personal de la casa habíanse acomodado en las azoteas, no sin dejar abajo tres bandas de música para que hiciesen los honores a las altas autoridades, a medida que fuesen llegando.

Entre las muchas personas de representación, vimos a los Eminentísimos Cardenales Fossati y Hlond, al Excmo Sr. De Vecchi, al Ministro Sr. Fedele, Secretario Federal Sr. Gastaldi, Podestá Sr. Thaón di Revel, Generales Bertó y Casavecchia, Rector de la Universidad, Presidente de la Audiencia, Familia Rebaudengo, Obispos, Senadores, Nobleza, Catedráticos, Militares, y a S. A. R.



Vista general del espléndido Instituto

la Princesa Adelaida de Saboya, que, con el Cardenal Fossati, ocupó los sillones de la Presidencia.

Llegada la hora de dar comienzo al acto, subió a la tribuna un pequeño aspirante a misionero, alumno de la Escuela de Sastrería, Fernando Rosso, y dirigió un vibrante saludo a la Augusta Princesa, a las Autoridades, al Rector Mayor, invocando sobre ellos las bendiciones de San Juan Bosco, y ofreciendo, en sentidos conceptos, el agradecimiento de los alumnos del Instituto, cuya primera piedra fué colocada el año de la Beatificación, y ha venido a inaugurarse ahora en esta feliz circunstancia de la Canonización.

Terminado su cometido, deja el simpático orador aquellas alturas y graciosamente arrodillado a los pies de la Princesa, le ofrece un gran ramo de rosas que ella recibe amable y sonriente.

Es seguro que, al contemplar la evocadora escena, cada uno de aquellos colegiales de tan fervorosa piedad y acendrados anhelos, diría para sus adentros: Haced, Dios mío,

que pronto otra sonrisa, no de la Princesa Adelaida, sino de la Reina del cielo, acoja los ramilletes de almas que para Jesús yo quiero ofrecerle, regadas con mis sudores, y ojalá que arreboladas también con mi sangre.

Libre ya la tribuna, sube a ella en seguida el Ministro Sr. Fedele, después de haberle pedido venia a S. A. R. El alto jerarca del Gobierno Fascista y actual catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Roma, que, años atrás, lo había sido también de la de Turín, es aquí muy querido, y el anuncio de su discurso había producido verdadera expectativa, ciertamente no defraudada.

Con fácil palabra, salpicadá de imágenes expresivas, traza un cuadro de lo que eran el Piamonte e Italia, cuando Don Bosco apareció en la escena del mundo, y evoca la figura fulgidísima del Santo, siguiéndole paso a paso, desde niño, y haciendo una síntesis preciosa de sus luchas y dificultades y de sus geniales creaciones.

Trata a San Juan Bosco especialmente



Misionero "Conti Rebaudengo".



El Ministro Fedele pronunciando su discurso.

como Educador y recuerda el Sr. Fedele que, cuando él fué ministro de Instrucción Pública, hizo que figurase en los programas de la Escuela de Magisterio, entre las demás obras clásicas de la Pedagogía «el método educativo de Don Bosco» habiendo aquella iniciativa suya producido escándalo en muchos, que decían: ¿Qué es lo que ha escrito sobre Pedagogía el Fundador de los Salesianos?

No dejaban de tener razón, añade el orador. Por fortuna Don Bosco no fué uno de los teóricos de la Pedagogía, como no lo fué Victorino de Feltre, y ello no obstante, es un gran educador. La suya era una Pedagogía vivida, no escrita. El mismo decía que no tenía ningún sistema, pero nadie puede dudar de que tenía su método propio, de que había consultado escritos y autoridades, de que había estudiado programas y reglamentos y visitado Instituciones de todo género. No tendría Don Bosco ningún sistema pero había analizado mejor que nadie el alma del niño, con aquel amor y aquella penetración que irradiaban abundantemente del ideal cristiano fijo en su espíritu.

Su obra fué una reacción poderosa contra la pedantería intelectualista de aquel siglo aridísimo; combatió, por la libertad cristiana del niño y por la escuela serena, mejor y más eficazmente que nuestros pedagogos modernos. Don Bosco tenía un concepto amplísimo de la libertad, que favorece en los niños el desarrollo de las facultades intelectuales, y hoy no es posible desconocer que su método domina toda la Pedagogía moderna.

Quiso desterrar de la Escuela el *mecanismo*



Momentos de la fiesta en "Conti Rebaudengo".

de la educación, el saber fragmentario, la erudición indigesta, inerte; quiso que en torno de la escuela y de la familia se forme un ambiente social, moral, intelectual, y que dentro de él todas las facultades del niño hallen fácil y armónico desenvolvimiento.

¡Cuántos y cuántos jóvenes fueron por Don Bosco llevados al buen camino, cuántos preservados del error, cuántos animados a practicar el bien! Pero lo más importante es que las semillas por él sembradas, con pródiga mano, no cayeron como muchas otras en terreno árido, sino que a su debido tiempo fructificaron, dando ahora abundantes cosechas a las nuevas primaveras de la patria.

El Sr. Fedele concluyó su discurso, frecuentemente interrumpido por grandes aplausos, afirmando que Don Bosco es una gloria universal de la Iglesia Católica, pero, como ha dicho el Papa, es particularmente una gloria de Italia, y por esto el Fascismo, que honra al Dios de los Santos y de los héroes, se inclina con ánimo devoto y reverente ante su figura, y tras de la gloria de la Basílica Vaticana, le ha conferido, en presencia del Jefe del Gobierno, los honores del Capitolio.

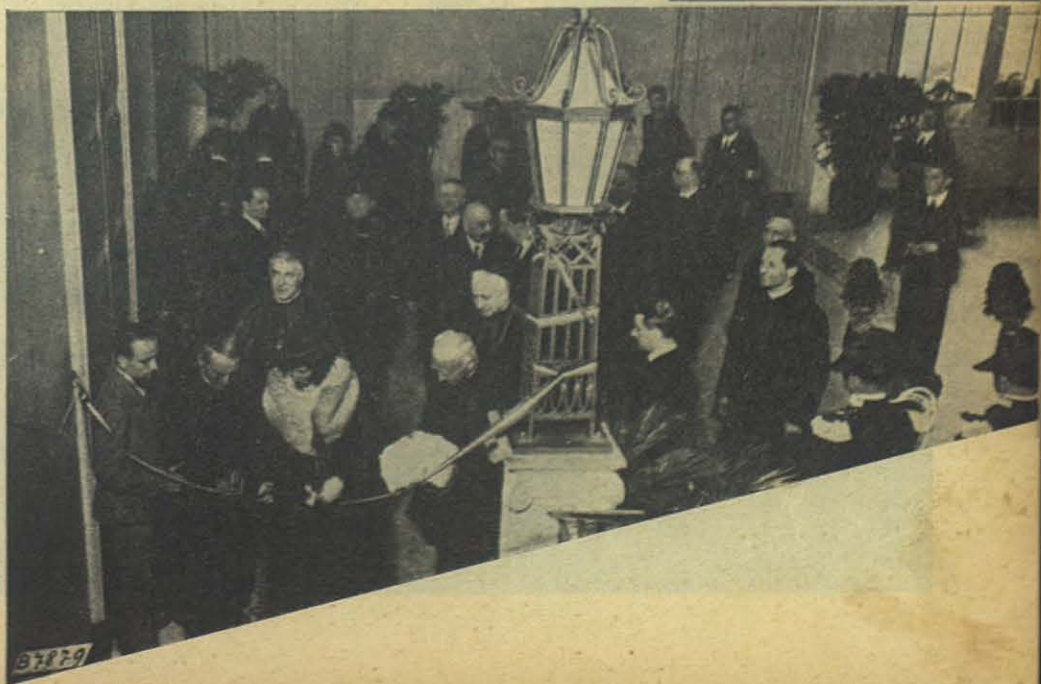
Al dejar la tribuna el Sr. Ministro, suenan generales aplausos, que se intensifican cuando se levanta para hablar nuestro venerado Rector Mayor, Don Pedro Ricaldone.

No es largo. Con exquisita oportunidad y con frase en la que palpitan la caridad y unción de Don Bosco, expone los grandes deberes de gratitud contraídos en estos días

Nuestro Rector Mayor expresando el agradecimiento de la Familia Salesiana.



La Princesa inaugurando el nuevo edificio





Arriba - El Cardenal Maurin, Primado de Francia saliendo de la Basílica.

☆

En medio - Empiezan a salir los Obispos.

☆

Debajo - El Cardenal Schuster de Milán.



por la Familia Salesiana y, sin olvidarse de nada ni de nadie, enumera, una a una, a todas las personas y entidades que más acreedoras se han hecho a esta gratitud, por la absoluta dedicación personal e inmenso cariño con que han coadyuvado a preparar y realizar las espléndidas fiestas de la glorificación de Don Bosco.

Rendido este público homenaje de nuestro Rector Mayor, suenan las músicas, y recibida la bendición de Su Eminencia, entre vítores y aplausos cariñosísimos, lavántanse las Autoridades y acompañan a S. A. R. la Princesa Adelaida al acto de cortar la cinta simbólica, que declarará inaugurado el nuevo Instituto.

Y luego de ser todos delicadamente obsequiados por los Superiores, termina el grandioso festival con la visita de la Casa, cuyas admirables instalaciones y ejemplar organización merecieron los más fervientes elogios.



ESPLENDIDO RAMILLETE DE FIESTAS

DIA 12 DE ABRIL

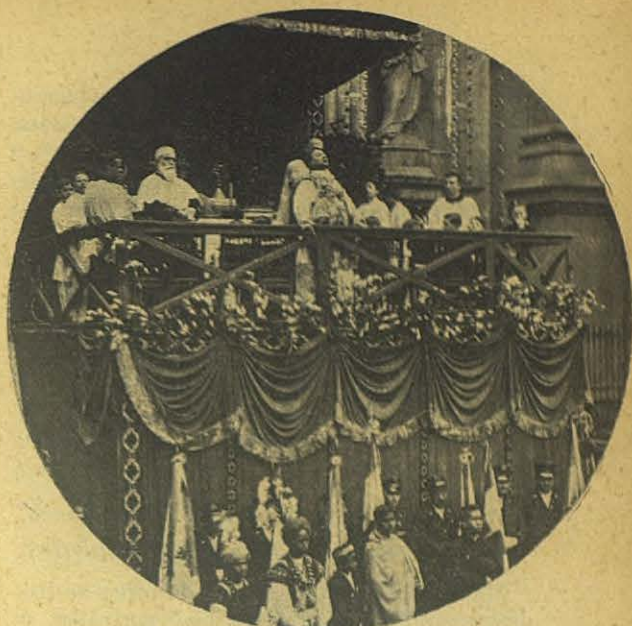
10.000 niños de las Escuelas Públicas en torno de la estatua de San Juan Bosco - La apoteosis del candor.

Las grandiosas fiestas que Turín ha dedicado a San Juan Bosco, clausuráronse y coronáronse, este día, con una serie de emocionantes y significativas ceremonias, a las que asistieron, como de costumbre, grandes multitudes de devotos y simpatizantes de las Obras Salesianas.

La primera de estas ceremonias consistió en una misa al aire libre, celebrada en la gran plaza de María Auxiliadora, solemne y delicado homenaje organizado por todas las Escuelas Elementales de niños y niñas de la ciudad.

A los formidables *hosannas* de las multitudes debía suceder la apoteosis del candor. Al fervoroso trajín popular que, durante quince días, de un modo incesante, rodeó la figura de nuestro Santo, debía corresponder esta sugestiva parada de 10.000 niños con sus manifestaciones inocentes, alegres y decididas.

La plaza, cuya dulce pendiente de anfiteatro tanto favorece estos espectáculos de fe y de fervor religioso, en ella tan usuales, ha visto esta vez desplegado un verdadero cuerpo de ejército de *Balillas y Pequeñas Italianas*, que, con sus uniformes reglamentarios, su pequeño empaque militar y sus guiones y estandartes orgullosamente izados al viento, se han desplegado en formaciones irreprochables, frente a la tribuna en que se había colocado el altar, rodeando el monumento de Don Bosco; mirando, con los



Mons. Barfolomasi hablando a los 10.000 niños.

ojos muy abiertos y con el alma en tensión, la venerada figura del Santo emergiendo dulce y paterna de aquel mar de cabecitas, con ese grupito escultórico de niños del pueblo que figuran junto a él, casi revoloteando en torno suyo, como revolotean las mariposas en torno de la flor eternamente abierta a la luz y a la pureza, o de la llama viva, que es símbolo de apostolado y de amor.

El espectáculo era realmente para que la imaginación se echase a volar, y a buen seguro que nuestra milagrosa e histórica Virgen de la Basílica no había presenciado nunca un cuadro tan atrayente y rico de color y espontaneidad.

A la simpática fiesta asistió mucho público y un gran número de personalidades rodeando a nuestro Rector Mayor y al Sr. Ministro Fedele.

A las 9, próximamente, S. E. Mons. Barfolomasi, Obispo Castrense, asistido por el Ilmo. Inspector General de Capellanes de la Milicia, Sr. Rubino, comenzó la misa, en la que diez niños recibieron la Primera Comunión, y durante la cual un grupo de 2.000 ejecutaron preciosos cánticos, con acompañamiento de la banda de música del Oratorio.

Al terminar el Sr. Obispo la Santa Misa, adelantose hacia la baranda de la tribuna y dirigió a los pequeños una brillante arenga, inculcándoles amor al nuevo Santo y a la religión de los mayores, que es la única

que en definitiva sabe esculpir, para la patria y para la inmortalidad, figuras tan grandes como la de San Juan Bosco.

«Ya era hora, — decía el orador — de que se comprendiera que la educación nacional ha de ser, no sólo física, disciplinada, y hasta si se quiere, militar, sino también patriótica, moral, religiosa. En los puntos de este magnífico programa yo veo palpitar el alma de Don Bosco y, si en este terreno soy un activo colaborador del Gobierno, soy también, desde hace años, y de ello me glorío, un ferviente cooperador de Don Bosco».

En el primer Oratorio de Don Bosco. Colocación de una primera piedra.

Mientras el enorme desfile de niños se iba desgranando, alegre y marcial, por calles y plazas, el público se iba corriendo hacia al gran patio del Primer Oratorio Festivo que fundó Don Bosco, donde debía tener lugar la anunciada bendición y colocación de la primera piedra de nuevas edificaciones.

Allí estaban ya esperando con el Emmo Cardenal Hlond, siete Sres Obispos, nuestros Superiores mayores y altas personalidades.

Cantado el himno oficial de Don Bosco *Suonate campane* y, después de unas palabras de salutación dichas por un pequeño oratoriano, Mons. Bartolomasi volvió a ocupar la tribuna, y disertó con gran elocuencia sobre la admirable pedagogía del nuevo

Santo y su arte propia y personalísima de atraer a la juventud y llevarla a la práctica del bien.

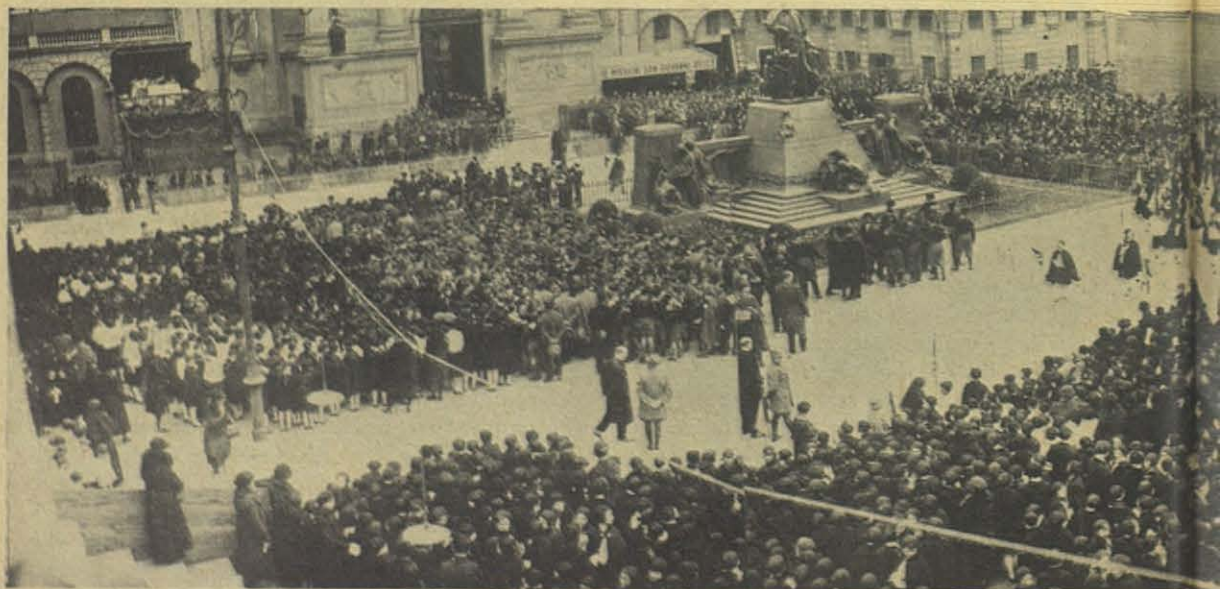
Cuando aún resonaban los aplausos con que el público premió tan hermoso discurso, el Sr. Cardenal, el Rector Mayor y demás Sres de la Presidencia fueron pasando, uno a uno, a firmar el Acta que, junto con la primera piedra debía bajar a la tierra, con el acostumbrado aditamento de monedas y medallas.

El Sr. Cardenal Hlond llevó a cabo la ceremonia, y con unas palabras evocadoras del Rector Mayor se dió por terminado el acto.

En la Capilla Pinardi. Una lápida conmemorativa. Gratitud de la Familia Salesiana.

Por la tarde, a las 15, tenía lugar otra actuación sentida, oportunísima, que la gratitud de la Familia Salesiana hace tiempo venía demandando, en la pequeña Capilla Pinardi, donde, como es sabido, nació la Obra de Don Bosco, y donde el actual Pontífice Pío XI sentóse, un día, a la mesa con nuestro Santo, ya que entonces la humilde habitación era humildísimo refectorio de la comunidad.

Tratábase de descubrir una lápida conmemorativa del hecho, en la cual, debajo de un busto del Papa finamente interpretado por el



La Misa de campaña de las Escuelas Públicas.

escultor Falt, se lee esta inscripción: *El año de 1883, S. S. Pío XI, entonces joven sacerdote, sentóse aquí a la mesa con Don Bosco y, mientras suministraba alimento al cuerpo, nutría y refocilaba el espíritu con las palabras y ejemplos de Aquel, a quien El un día con grande alegría de su corazón de Vicario de Cristo, debía elevar al honor de los altares, declarándolo Beato, el 2 de Junio de 1929; y glorificar con la aureola de los Santos, el 1 de Abril de 1934, fiesta de la Resurrección del Señor. - 12 de Abril de 1934.*

La lápida fué descubierta por el mismo Sr. Cardenal Hlond, entre incesantes cánticos a Don Bosco que los alumnos del Oratorio entonaban, reunidos en uno de los patios inmediatos, y leída la inscripción, en voz alta, por el Sr. Ecónomo General Don Fidel Giraudi, nuestro Rvmo Rector Mayor, desde el sitio mismo en que Don Bosco solía hablar a los niños, explicó la significación del acto que él, con toda la Familia Salesiana, ofrecía como homenaje de inmensa gratitud al Vicario de Jesucristo, y antes de bajar del estrado, imponiendo silencio a los calurosos aplausos con que habían sido acogidas sus palabras, leyó el siguiente telegrama del Papa, contestación a otro del mismo Rector Mayor: *Acogiendo con paternal complacencia homenaje grande, filial, Familia Salesiana, con mucha razón exultante, en medio solemnes festejos en honor Fundador San Juan Bosco, Augusto Pontífice envía de*

corazón nueva implorada bendición, gozoso augurar de suprema exaltación insigne Bienhechor juventud, nuevas glorias para benemérito Instituto, nuevos incrementos su actividad favor familia cristiana - Card. Pacelli.

El nuevo altar de San Juan Bosco y las Obras de ampliación de la Basílica - Notable discurso de Mons. Colli obispo de Parma - Te Deum.

Finalmente, a las 17, debía clausurarse definitivamente con otro acto solemnisimo, este ciclo inolvidable y glorioso de 12 días, que, con propiedad pocas veces igualada, podríamos calificar de *Dies pleni*. Quedaba otra primera piedra que colocar, y esta vez en la Basílica, la del nuevo altar de San Juan Bosco. Después, ya podríamos entonar el *Te Deum*, y exclamar: ¡Gracias, Señor! Hemos terminado los grandiosos festejos con que nuestro afecto filial ha querido esclarecer la gloria del Padre. Gracias por los infinitos consuelos de que en estos días habéis inundado a la Familia Salesiana y a cuantos sienten y viven nuestra vida. Por tantas y tan inefables bondades recibid, Señor, alabanzas y bendiciones por los siglos de los siglos.

Ya saben nuestros lectores que el nuevo altar se erigirá en el crucero de la Basílica, a la derecha, y precisamente en el sitio mismo





La lápida dedicada al Papa.

que ahora ocupa el de San Pedro. Con la colocación de esta primera piedra se ha querido también echar la primera paletada en los cimientos de las obras de ampliación de la misma Basílica, de las cuales, lo mismo que del nuevo altar, habremos de ocuparnos repetidas veces.

En el lugar designado y delante de la urna del Santo, había sido instalado un alto y robusto trípode, forrado todo él de terciopelo grana, de cuyo vértice pendía una cadena con un pesado bloque de mármol que tenía el signo de la cruz grabado en cada una de sus caras.

Prostrado en magnífico reclinatorio, aguardaba la hora de la ceremonia el Emmo Cardenal Fossati y con él nuestro Rector Mayor, varios Obispos, la Rvda Superiora Gral de las Hijas de María Auxiliadora, los Superiores Mayores de ambos Institutos, el Ministro de Estado Sr. Fedele, el Sr. Conde Rebaudengo, el Arquitecto Sr. Ceradini autor del proyecto del nuevo altar, y autoridades.

Iniciado el acto con el canto del *Magnificat*,

ocupó en seguida la sagrada cátedra el Excmo Sr. Obispo de Parma, pronunciando el siguiente discurso, precioso tejido de síntesis brillantísimas:

DISCURSO DE MONS. COLLI

Bendecida por Dios, besada por el afecto de los hijos y el reconocimiento de Italia, por la Iglesia y por el mundo entero, baja hoy esta piedra a la tierra, esta que será piedra miliar, erigida en la vía del imperio y de los triunfos de Don Bosco; que viene a coronar un pasado glorioso y augurar un porvenir aún más glorioso. Esta piedra viene a injerir el futuro altar de Don Bosco en la Basílica de la Auxiliadora y a dar a ésta mayor amplitud, como si quisiera recordarnos a todos que en la Auxiliadora se apoyó siempre Don Bosco, y que de la Auxiliadora procuró, siempre y afanosamente, amplificar el culto y la gloria.

Desciende hoy esta piedra a los profundos suelos para que de ella surjan nuevas edificaciones que ensancharán la Basílica, como para indicar lo profundamente que enraizaron también los trabajos de Don Bosco, antes de engendrar Obras que, con holgada capacidad, pueden alojar dentro de ellas al mundo entero; descende esta piedra a buscar la roca viva que es Pedro y es Cristo, ya que a Cristo y a Pedro ha querido vivir siempre unida la Obra Salesiana.

Noventa años hace, en este mismo lugar y en un sueño profético, María presentaba a Don Bosco la futura Basílica, y le decía: «Aquí se alzaré mi casa; de aquí surgirá mi gloria». Hoy vuelve la Virgen a hablar a su Siervo y le dice: «Aquí se alza también tu casa; de aquí surge también tu gloria».

«Cada una de las piedras de esta Basílica — dijo un día el Santo — es una gracia». La piedra que hoy colocamos es un triunfo de gracias, es un poema de reconocimiento y amor.

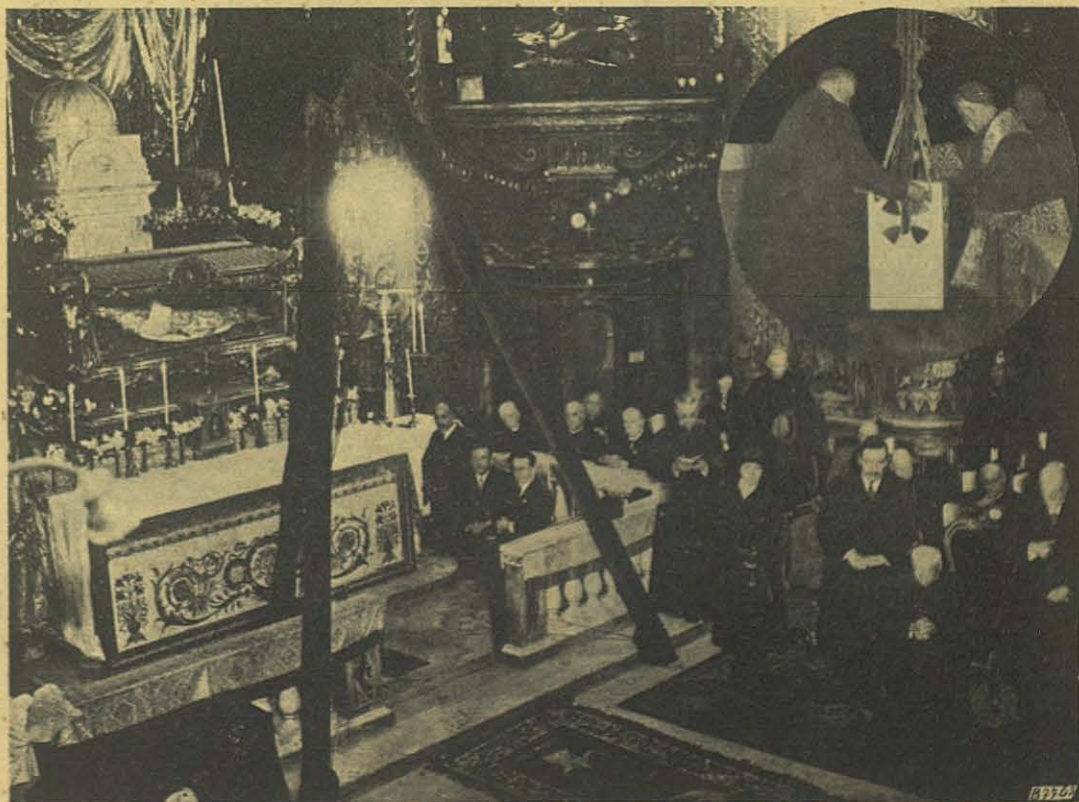
Canta esta piedra, que a Don Bosco erigimos, la sonrisa de María; canta el amor de cinco grandes Pontífices, la devoción de millares de obispos, la admiración de Conductores de naciones.

Canta, en nombre de Don Bosco, la inocencia de infinidad de niños, la pureza entusiasta y operativa de innumerables juventudes, el trabajo resonante de centenares de talleres, las esperanzas de las familias, las plegarias de los corazones, el consuelo de los afligidos, la resignación de los leprosos, la civilización de pueblos enteros, el reconocimiento de las naciones, el tormento apostólico de los Misioneros. Canta el esplendor de dos púrpuras romanas, el sacrificio de dos mártires, el florecimiento de muchos Santos.

Y cantarán en lo futuro — este altar y esta Basílica ampliada — las glorias siempre crecientes del Santo que ha sido, en nuestros tiempos, el más amante de su patria y el más amigo de todas las patrias; del Santo que a la maciez de su contextura piamontesa, unió la itálica genialidad y un corazón grande como el universo; del Santo cuya vida fué un milagro y es una novela, en cuya Obra lo sobrenatural parece lo natural; del Santo que renovó en el siglo XIX las Florecillas de San Francisco, que tuvo todas las intuiciones del porvenir, y sintió todas las audacias y administró todas las prudencias; que fué siempre sacerdote en el despacho de los ministros y no conoció más política que la del *Padremestre*; que fué llamado al consejo de los Príncipes, que tuvo la delicadeza de una madre y la voluntad irremovible de un general; que supo hacerse amar para hacerse obedecer; que educó con la Religión y persuadió con la razón; que inculcó en los niños la fe en Dios y el amor a la Patria; que les enseñó a mirar al cielo y a hacer florecer la tierra, a cantar rezando y a rezar trabajando; que los educó en la escuela y en el juego, en la iglesia y en el teatro; que les hizo practicar el sport

y el examen de conciencia; que los habituó a alternar el piadoso Ejercicio de la Buena Muerte en la capilla del Colegio, con las exultaciones más festivas y bullangueras en los recreos y en el refectorio; que fué el fundador de una Sociedad la más alegre y a la vez la más mortificada; que, como el Evangelio, fué humilde con los humildes y gigante con los gigantes; que, con la misma fe, dió a la publicidad su primera Colección de Clásicos y sus sencillísimas hojas de propaganda para el pueblo; que escribió, con el mismo corazón, la Historia del pueblo de Italia y la Historia Sagrada del pueblo elegido; que fué huérfano y se hizo padre de huérfanos; que no tuvo pan y dió pan a todos los que se lo pidieron; que siendo niño no tuvo apenas donde refugiarse y alzó centenares de refugios para todos los niños; que con grandes fatigas logró tener un maestro y creó escuelas y maestros en cantidades fabulosas; que fué artesano y forjó generaciones de artesanos. Del Santo, en fin, que, nuevo San Benito, no sólo ha bautizado a los viejos bárbaros de la pampa americana, sino también a muchos nuevos bárbaros de la culta Europa.

Cantarán, por siglos y siglos — este altar y



Colocación de la Primera piedra del altar de San Juan Bosco.

esta Basílica — las glorias del Santo que, más que de su tiempo ha sido para su tiempo; que supo como nadie auscultar las necesidades de su siglo, sin contaminarse de sus enfermedades; que intuyó los peligros y previno los males; que en medio de los incipientes altercados del trabajo, mantuvo encendido en sus Colegios, mixtos de estudiantes y artesanos, el fuego sagrado de la cooperación de clases; que, en la época clásica de los Derechos del hombre, infundió en los corazones infantiles el amor de Dios; que, la tarde misma del 20 de Setiembre del año 70, concibió ahincadamente ansias y proyectos de Conciliación entre la Iglesia y el Estado, e inició el año siguiente, con el ministro Lanza, aquellas conversaciones que hoy han venido a triunfar plenamente en el gran corazón de un gran Pontífice y en el genio titánico de un gran *Duce*.

Surja, surja, pues este altar.

Y que sobre él, nuevos Apóstoles Salesianos vengan a crecer y a multiplicarse a manera de piedras vivientes; *tamquam lapides vivi super-aedificabuntur* (1, *Pert.*, 2, 5).

Al pie de este altar, que, para los Hijos de Don Bosco, será fuente de calor vivificante, como lo es el hogar paterno, vendrán ellos a avivar la llama de la fe y a retemplar las armas de la civilización, que, en calidad de embajadores de Cristo y miembros de una Sociedad universal más auténtica quizás que la Sociedad de las

Naciones, habrán de seguir propagando hasta las fronteras más apartadas del mundo.

¡Surja, surja, el nuevo altar y dilátese la hermosa Basílica! Porque esta torturada humanidad de nuestros días, mucho más hambrienta de Dios que de pan, tiene necesidad de estas expansiones ideales, tiene necesidad de oración y recogimiento, de escuelas como ésta, en que le enseñen la fe y el sacrificio, de sanatorios de almas, de fogaradas de caridad; tiene necesidad, no de guerreros, sino de santos como Don Bosco.

El día de la Canonización, en el momento mismo de ser este proclamado Santo, en las anchurosas naves de la Basílica Vaticana — al decir de algún diario — viéronse hombres echarse mutuamente los brazos al cuello, como obedeciendo a la necesidad de llorar.

En aquellos abrazos y en aquellos llantos veo yo un síntoma y un augurio.

Veo el sueño de I Becchis que sigue realizándose; los animales feroces trocados en corderos; veo el sistema de Don Bosco, su espíritu admirable que, desbordados los confines de las Casas Salesianas, se extiende por todo el mundo, renovando, en proporciones mucho más vastas, aquellos triunfos y aquellas conquistas; los triunfos de Cristo, las conquistas del bien.

¡Que Dios y San Juan Bosco nos concedan a todos la gracia de verlos centuplicados!

Con esta oración en los labios venimos hoy a echar los cimientos del nuevo altar.

* * *

Después de esta magnífica oración, que los altavoces se encargaron de transmitir a todas partes, el Sr. Cardenal y demás personalidades firmaron el acta, y bendecida y colocada la primera piedra por el Eminentísimo Purpurado, quedó solemnemente rubricado el compromiso que, con el amadísimo Santo Fundador, hemos contraído todos sus hijos y devotos, de poner a contribución toda nuestra generosidad, todo nuestro celo, todos nuestros fervores, a fin de que este monumento, que ha de surgir muy pronto en la hermosa Basílica, sea rico, esplendente y verdaderamente digno de él.

Con el *Te Deum* de acción de gracias, grandioso y solemne de veras, y cantado por todos entre lágrimas de consuelo y transportes de fervor, termináronse las jornadas de la Canonización, las más gloriosas e imponentes jornadas que jamás haya presenciado la Familia Salesiana y que brillarán, como florón de fúlgida pedrería, en los fastos de su historia, mientras de ella se conserven vestigios en el mundo.



El Emmo Cardenal Hlond firmando el Acta de colocación de la Primera Piedra de los nuevos pabellones del Oratorio Festivo.

Los triduos celebrados en honor del Santo en Roma y en Turín

Con el mismo tren de solemnidad y grandeza de que se han rodeado los actos todos concernientes a la santificación de Don Bosco, celebráronse los dos Triduos de Roma y Turín, uno a continuación de otro, durante la gran semana de Pascua.

Como no nos es posible hacer la reseña particularizada de tantas fiestas, nos limitaremos a publicar el Programa de ambos, para que su valor documental quede consignado en nuestra Revista, y diremos que dichos Programas se desarrollaron, en todas sus partes, con un entusiasmo, una devoción y un esplendor imposibles de ser imaginados para quien no ha tenido la dicha de asistir a tales actos, y que tanto en la Basílica del Sgdo Corazón del Castro Pretorio, como en la de María Auxiliadora de Valdocco, el gentío, no sólo rebasó los límites del lugar santo, sino que en una y otra hubo que habilitar los patios de las casas salesianas contiguas, convirtiéndolos en sucursales del templo, patios que nosotros, con ojos de admiración, contemplábamos llenos y rebosantes, todos los días, a pesar de la lluvia que se convirtió en azote de aquellas alegrías.

ROMA

Días 2, 3, y 4 de Abril.

Todos los días, desde las 5 a las 12, misas rezadas.

DIA PRIMERO.

A las 7,30 - misa de comunión general celebrada por el Rvmo Sr. Don Pedro Ricaldone, Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana. - Canto de motetes.

A las 10 - Solemne Pontifical por S. E. Rvma Mons. Ambrosio Guerra, Arzobispo Salesiano. Se cantará la nueva y grandiosa *Misa de la Canonización*, del Mtro Salesiano Antolisei, a 5 voces, alternando con el pueblo y con acompañamiento de órgano. La ejecución correrá a cargo de los niños del Hospicio del Sgdo Corazón, con el concurso de escogidos elementos de diversas Capillas Romanas.

A las 18.15 - Rosario. Panegírico de San Juan Bosco por el Ilmo y Rvmo Mons. Carlos Salotti, Arzobispo, Secretario de Propa-

ganda Fide. Motete. Himno del Santo. Bendición eucarística por el Emmo Sr. Cardenal Alejandro Verde, Ponente de la Causa.

DIA SEGUNDO.

A las 7 - Misa de comunión general celebrada por el Emmo Sr. Cardenal Augusto Hlond, Salesiano, Primado de Polonia. Canto de motetes.

A las 9.30 - Solemne Pontifical por el Emmo Sr. Cardenal Maurilio Fossati, Arzobispo de Turín. Se ejecutará la *Missa Brevis* de Palestrina, a 4 voces

A las 18.15 - Rosario, Panegírico, por el Emmo Sr. Cardenal Augusto Hlond. Motete. Himno del Santo. Bendición por el Emmo Cardenal Lorenzo Lauri.

DIA TERCERO.

A las 7.30 - Misa de comunión general, celebrada por el Emmo Sr. Cardenal Pedro Fumasoni Biondi, Prefecto de la Sgda Congregación de Propaganda Fide. Canto de motetes.

A las 10 - Solemne Pontifical por el Emmo Sr. Cardenal Francisco Marchetti-Selvagiani, Vicario de S. S.

A las 18.15 - Rosario. Panegírico del Emmo Sr. Cardenal Laurenti. Motete. Himno del Santo. *Te Deum*. Bendición eucarística por el Emmo Cardenal Pedro Gasparri, Protector de la Pía Sociedad Salesiana.

TURIN

Días 5, 6, y 7 de Abril.

Todos los días Misas rezadas, desde las 4 hasta las 12.

DIA PRIMERO.

Jornada de los Institutos masculinos.

A las 10 - Misa Pontifical, por el Emmo Sr. Cardenal Juan B. Nasalli Rocca, Arzobispo de Bolonia.

A las 17 - Vísperas Pontificales. Panegírico por el Emmo Sr. Cardenal Augusto Hlond, Bendición Pontifical.

A las 20.30 - Canto del *Magnificat*. Discurso por Mons. Pinardi, Obispo Tit. de Eudoxia. Bendición Pontifical.

DIA SEGUNDO.

Jornada del Clero e Institutos Eclesiásticos.
A las 10 - Misa Pontifical, por el Emmo Sr. Cardenal Ascalesi, Arzobispo de Nápoles

A las 17 - Vísperas Pontificales. Panegírico por el Emmo Sr. Cardenal Ildefonso Schuster, Arzobispo de Milán. Bendición Pontifical.

A las 20.30 - Canto del *Magnificat*. Discurso por Mons. Fogar, Obispo de Trieste. Bendición Pontifical.

DIA TERCERO.

Jornada de las Hijas de María Auxiliadora y de los Institutos Femeninos.

A las 10 - Misa Pontifical, por el Emmo Sr. Cardenal Luis Maurín, Arzobispo de León y Primado de Francia.

A las 17 - Vísperas Pontificales. Discurso por el Emmo Sr. Cardenal Nasalli Rocca. Bendición Pontifical.

A las 20.30 - Canto del *Magnificat*. Discurso por Mons. Ernesto Piovela, Arzobispo de Cagliari. Bendición Pontifical.

PROGRAMA MUSICAL PARA ESTOS DIAS.

DIA 5 - (La ejecución a cargo de las Escuelas de Canto reunidas del Oratorio e Instituto Teológico Internacional de la Crocetta).

Todo el Programa a 4 voces mixtas. *Hlond*. Sacros et Pontifex - *De Bonis*. Misa Solemnis in honorem Sancti Joannis Bosco - *Pagella*. Dedit Illi (Motete). Exultate Deo (motete). Las partes variables en canto gregoriano. *Dogliani*. Salmos en falsobordón. *Scarzanella*. Iste Confessor. - *Cagliero*. Tantum Ergo.

DIA 6 (La ejecución a cargo del Seminario Metropolitano de Turín).

Foschini. Ecce Sacerdos Magnus, a 3 voces iguales - Partes variables en gregoriano - Vísperas (Instituto Internacional e Institutos Eclesiásticos) Sacros et Pontifex, en gregoriano. Antifonas y Salmos en gregoriano *Couturier*. El Gloria final de cada Salmo, a 3 voces iguales - *Thermignon*. Iste Confessor, Magnificat, en falsobordón y gregoriano - *Victoria*. Duo Seraphim, a 4 voces iguales.

DIA 7 - (La ejecución a cargo de las Hijas de María Auxiliadora e Institutos Femeninos)

Misa Gregoriana « Cum júbilo » Credo de Angelis - *Palestrina* (Ofertorio) Confitemini, a 4 voces iguales - Benedictus a 3 v. ig. - *Vísperas* en canto gregoriano - *Couturier*. El Gloria final de cada Salmo a 3 voces iguales - Magnificat e Iste Confessor a 3 voces iguales y gregoriano - *Orlando Lasso*. Verbum Caro a 3 voces iguales.



67693

MISCELANEA DE LA CANONIZACION

En este largo y denso periodo de fiestas se han producido muchos hechos y circunstancias que no han podido tener lugar adecuado en la Crónica y que, por su importancia unos y su particular significación otros, creemos deben ser recordados y ofrecidos a la legítima curiosidad de nuestros lectores.

He aquí el objeto y la razón de este artículo.

Toda la ciudad eterna fantásticamente iluminada.

El Papa había expresado deseos de que, la noche del 1 de Abril, fuesen iluminadas, no sólo la Basílica Vaticana, sino también todas las demás Basílicas e iglesias de Roma.

Era pues muy esperada por el público la puesta de sol de aquel día memorable, pero empeñado el tiempo en llevarnos la contraria y «aguarnos» la alegría de aquellos triunfos, impidió la exhibición proyectada, aunque no del todo, porque, la noche del domingo, aparecieron efectivamente iluminadas todas las portadas y cornisamentos de las iglesias de la ciudad eterna, e incluso de muchas torres, y el lunes pudo lucir también espléndida la famosa *fiaccolata* de San Pedro, con no poca exposición por parte de los abnegados *sampietrini* que, en brigadas que en conjunto no bajarían de 400 hombres, apenas dieron las ocho, realizaban la estupenda maniobra, viéndoseles muy bien a simple vista con su hacha encendida en la mano descolgarse por la abultada panza de la cúpula y dar saltos inverosímiles, para ir a caer sobre las cornisas. De este modo, gracias a su intrépida habilidad, sin empleo de fulminantes ni procedimientos eléctricos de ningún género, realizan el prodigio de dejar iluminados, simultáneamente, y en pocos segundos, de un modo colosal y fantástico, la cúpula, la fachada de la Basílica y las columnatas de la plaza.

¡Hay que verlo para creerlo!

No le faltó pues tampoco a San Juan Bosco la fastuosa y clásica iluminación, y por haberse empeñado el tiempo en deslucirla, la tuvo por partida doble.

La Casa Real y el Gobierno de Italia en las fiestas de San Juan Bosco.

Merece destacarse como un acontecimiento que acaso será histórico y que para la humilde Obra Salesiana ha resultado altamente consolador, la participación, no menos activa que afectiva, de los más altos poderes del Estado Italiano, en las fiestas.

En otro lugar del *Boletín* hacemos ya la reseña del homenaje apoteósico del Capitolio, querido y presenciado por S. E. el Sr. Mussolini, y de la tan aplaudida asistencia personal del Príncipe Heredero, en representación del Rey, a la ceremonia de la Canonización.

Hemos de añadir ahora que no terminó aquí la actuación del joven Príncipe, sino que, anhelando un contacto más íntimo con el nuevo Santo, trasladóse a Turín el día 4, y sin avisar a nadie, pasó a la Casa Madre, subiendo a las habitaciones donde murió Don Bosco, entreteniéndose largo rato en oración. Allí fueron a encontrarle los Superiores, quienes le hicieron objeto de las más calurosas demostraciones y le invitaron a tomar café en el modesto refectorio de la comunidad.

La víspera del gran día 1º de Abril, el Rector Mayor, Don Pedro Ricaldone, había recibido este largo y expresivo telegrama de la Mayordomía del Príncipe:

Con ánimo poseído de profundos sentimientos de conmoción y de la más sincera alegría, dispóngome a asistir mañana, en representación de S. M. el Rey, a la solemne Canonización, en la Basílica Vaticana, del Beato Don Juan Bosco, Fundador de la Orden Salesiana. En esta fausta ocasión, siento la necesidad de manifestarle estos sentimientos, a Vd. que tan dignamente rige los destinos del gran Instituto, cuya extensa y benéfica acción, en el Africa y en las lejanas Américas, yo mismo, personalmente, tuve ocasión de conocer y admirar.

Por los nuevos éxitos futuros y por el glorioso progresar de esa Orden hago los más fervidos votos.

HUMBERTO DE SABOYA.

Hemos de añadir, además, que, tanto el Príncipe como los Reyes y el Jefe del Gobierno, no sólo han patrocinado los festejos personalmente, con interés singularísimo, prestando toda clase de asistencias, facilitando la actuación a menudo complicada de los organizadores, y mostrándose amabilísimos con nuestros Superiores, en cuantas audiencias oficiales y privadas hubieron de solicitar, sino que, por aquello de que *exemplum regis totus componitur orbis*, propagóse a las provincias ese calor afectivo, de tal manera, que, en cuantas fiestas se han promovido y se promueven ahora en Italia, en torno de San Juan Bosco, las autoridades y corporaciones oficiales figuran de un modo ejemplar en primera línea.

Citaremos, como ejemplo y con gran elogio, la Orden del Día que el Secretario Federal

de Turín, Sr. Gastaldi, hubo de cursar a todos los Fascios de su jurisdicción, para que intervinieran en el magno Cortejo triunfal del 8 de Abril.

En dicha Orden del Día se interesaba lo siguiente:

I - Que todas las Organizaciones Políticas y Sindicales del Régimen tomasen parte en el Cortejo, enviando Representaciones con sus gallardetes respectivos.

II - Que el remanente de todas las fuerzas que directamente no pudiesen intervenir, se desfle-

Formaron pues en el Cortejo, Representaciones de las siguientes entidades:

Jóvenes fascistas y Jóvenes italianas - Vanguardistas - Asociaciones de familias de caídos, de mutilados y heridos por la causa nacional - Grupos Universitarios Fascistas - Asociaciones Fascistas de la Escuela.

Se alinearon a lo largo del Cortejo:

Fascios juveniles de combate - Obra nacional de los Balillas - Grupos Universitarios Fascistas - Asociación Fascista de la Escuela - A. F. de empleados públicos - A. F. de ferroviarios del



Los automóviles de la Fiat alineados en el patio principal del Oratorio.

gasen y acordonasen a lo largo de la Carrera de la Proceión.

III - Que al pasar la urna del Santo, ante las fuerzas alineadas, a los tres puntos de cornetín, y a la orden de «atentos» dada por el Fiduciario o Dirigente Sindical, presentasen armas y saludasen romanamente.

IV - Que mientras durase la ceremonia, todos los inscritos en las Organizaciones Fascistas vistiesen de uniforme.

En virtud de estas órdenes, resultará acaso para nuestros lectores un dato curioso, conocer el volumen de las fuerzas movilizadas, pudiendo además contribuir este dato a formarse una idea más exacta de la magnitud del acto.

estado - A. F. de correos y telégrafos - A. F. de empleados en empresas industriales del estado - Unión Industrial Fascista - Federación Fascista de comerciantes - F. F. de agricultores - Confederación nacional Fascista de empresas y comunicaciones internas - Unión de Sindicatos Fascistas de transportes - Confederación Sindical Fascista de créditos y seguros - Asociación Fascista de la propiedad urbana - Federación Fascista de artesanos - Ente nacional Fascista de cooperativas - Confederación de Sindicatos Fascistas de artes y profesiones - Grupos Cantonales Fascistas «Mario Gioda», «César Odone», «Mario Sonzini», «Gustavo Doglia», «Lucio Bazzani», «Dario Pini», «Luis Scaraglio», «Amós Maramotti», «Juan Porcù», «Arnaldo Mussolini».

El vecindario de Turín y la Sociedad «Fiat».

— Querer ponderar como merece el magnífico comportamiento de la ciudad en estas fiestas, sería cosa de no acabar nunca, y podríamos ofrecer a nuestros lectores episodios realmente emocionantes y llenos de alta ejemplaridad. No sólo el fervor y religiosidad del pueblo turinés han sido admirables, y su acendrado amor a Don Bosco y a la Obra Salesiana, que en esta ocasión se ha desbordado, así como suena, sin

vicio de los organizadores, en algunos de los cuales quien guiaba el volante eran las manos enguantadas de los propios dueños, y hubo, a manera de síntesis representativa de todo este favor ciudadano que los Hijos de Don Bosco no olvidarán mientras vivan, la espléndida cooperación de la *Casa Fiat*, de la acreditada Sociedad constructora de automóviles, honra de la industria italiana, cuyos inmensos talleres y oficinas centrales, como todo el mundo sabe, radican en Turín.

El Senador Agnelli, digno Director de la



Uno de los dormitorios que ha habilitado la Casa Fiat.

que este desbordamiento se vea contenido, ni siquiera ahora en que ya han terminado las fiestas, sino el deseo noble, generoso, de ayudar a la Casa Madre en la solución de los difíciles problemas que la misma grandiosidad de los actos proyectados venía planteando.

Todo el que pudo prestar desinteresadamente algún servicio, corrió a ofrecerlo. Hubo personal abundante y capacitado para formar todas las Comisiones que hicieron falta, hubo agentes y periódicos siempre dispuestos a servir y complacer; la Radio, los servicios municipales y del Estado, las familias pudientes que alojaron en sus casas nada menos que a cien Obispos, y si éstos, con ser tantos, hubiesen doblado el número, aún habrían sobrado alojamientos; hubo centenares de automóviles particulares al ser-

Casa, que personalmente conoció a Don Bosco, se ha desvivido, en estos días, prestando servicios imponderables que un elemental deber de justicia y gratitud nos obliga a dejar consignados en estas páginas.

Sin reparar en gastos ni sacrificios, y haciéndose cargo del alud de peregrinos que caerían sobre la ciudad, hizo que se habilitase para los Salesianos un pabellón colosal, y que en él se preparasen 3.000 camas — ¿Te das cuenta lector de lo que significan 3.000 camas? — con todo el equipo necesario de ropas y las comodidades más indispensables para el aseo personal.

Y como si este imponderable servicio no bastase para acreditar la generosidad de la Casa Fiat, los 3.000 alumnos y exalumnos venidos de fuera que casi exclusivamente se beneficiaron



El "carrousel"
de los obispos.

de él, haciendo resonar en aquellos locales himnos y bendiciones y risas joviales, encontraronse, el último día, gratamente sorprendidos con un cartucho de caramelos que el Senador Agnelli, con gesto materno, había ido dejando caer, una por una, en todas las camas.

Hay más todavía. Durante ocho días continuos, 20 automóviles de la Casa Fiat, nuevos y flamantes, soberbias máquinas de verdad, estuvieron, mañana y tarde, alineados en el gran patio del Oratorio, con sus *choffers* de uniforme, a las órdenes de nuestros Superiores, y ello completamente gratis, como homenaje cordial al amable Santo turinés.

¿Cómo no expresar pues a la Casa Fiat, desde las páginas de nuestra Revista, los sentimientos de la más honda gratitud, por este ejemplo tan espléndido de delicadeza y de caridad?

Mons. Mederlet, arzobispo
de Madrás, firmando en el
Album de la Casa Fiat.



Y aun faltaba que nos diera la última sorpresa el Sr. Agnelli.

El lunes, 2 de Abril, por la mañana, un trájín formidable puso en sobresalto al barrio de Valdocco. Era la Fiat que enviaba 30 soberbias berlinas «Ardita» y dos flamantes y colosales «Torpedones» con orden de llevar a visitar la Fábrica a nuestros Superiores, al Emmo Cardinal Hlond, a los Sres Obispos que, como ya se he dicho, pasaban de un centenar.

Recibidos los ilustres visitantes por toda la Directiva, en pleno, pasaron a la gran sala de exposiciones, para firmar en el gran album de la Casa, y allí el Senador Agnelli dirigióles un expresivo saludo, lleno de la más noble cordialidad, del cual son estos hermosos párafos:

Como italianos, como piemonteses, como trabajadores, nos sentimos orgullosos de tener entre nosotros aquí, en la «Fiat», a un Príncipe de la Iglesia y a tantos Obispos y Sacerdotes Salesianos, que dignamente representan y continúan la Obra universal de Don Bosco, obra de santidad cristiana y de civilización heroica, y también de enseñanza y organización del trabajo.

Quando yo era niño, tuve la fortuna de conocer a Don Bosco — me parece verlo todavía, sencillo y familiar, sentado a la mesa de mi abuelo. — Entonces la «Fiat» no existía, Turín no era todavía ciudad industrial, pero Don Bosco había ya puesto los cimientos de su inmenso edificio de bien, de su gran fábrica de educación, que

debía extenderse luego hasta los últimos confines de la tierra. La « Fiat » conoce muy bien la importancia social y religiosa de la Obra Salesiana, porque, donde quiera que arriban nuestras máquinas, aún las que van, por caminos nuevos, a tierras desconocidas, allí encuentran indefectiblemente a estos « pionniers » de la civilización, allí encuentran desplegadas las banderas gloriosas de Don Bosco.

Todos los obreros de la « Fiat » muchos de los

piso en piso, atravesando galerías kilométricas, donde el trabajo está, como hoy se dice « estandarizado », repartido hasta lo infinito, y terminando en la azotea, convertida, por gracia del cemento armado, en inmensa y sólida pista, donde los « chasis » de la fábrica, antes de lanzarse al mercado, se lanzan sobre el asfalto, para sufrir el riguroso examen de los técnicos.

Como no es ésta la ocasión oportuna para describir esta colosal y ejemplar colmena del



Los Sres obispos escuchando el saludo del Sr. Agnelli.

cuales provienen de las Escuelas Salesianas, se inclinan reverentes ante la gloria del nuevo Santo, que fué además un gran trabajador, un gran obrero, y se sienten altamente honrados con la presencia de tantos dignatarios de la Iglesia Católica, a quienes yo, en nombre suyo, saludo y agradezco vivamente el que con tanta bondad se hayan dignado venir a esta Casa.

Entretuviéronse todavía un rato conversando los visitantes y el personal directivo, y se inició el recorrido por los talleres, que se verifica sin bajar del automóvil, subiendo, de

trabajo humano, únicamente diremos que, cuando iban desfilando los automóviles, entre el ruido ensordecedor de los martinets y de las sirenas, y el pavoroso mugir de los metales en fusión, los obreros, inclinados sobre su tarea, hacían objeto a los Prelados de inequívocas muestras de veneración y agrado, y que, al llegar a las azoteas, mientras corrían más de cincuenta máquinas vertiginosamente, celebrando con su típica algazara el grandioso « carousel » de los obispos, dos aeroplanos tripulados por valientes pilotos de la aviación italiana, realizaban sorprendentes ejercicios acrobáticos, en honor de los visitantes, sobre la tersura lumi-

nosa de un cielo que, por primera vez, se veía limpio, después de tantos días de enfadosas lluvias.

Nuestros peregrinos de España y América.

Merecen grandes elogios y enhorabuenas, habiéndolo se destaca lo por su número y por su fervor. En Roma — nos decía un amigo nuestro — dondequiera se oye hablar en español.

Su fervor quedó bien patente, no sólo en los actos referentes a la Canonización, sino además en mil iniciativas particulares, en las visitas del Santo Jubileo, y singularmente en el Viacrucis, que, de un modo conmovedor y ejemplar, celebraron en el Coloseo, donde el santo Obispo de Málaga hizo una plática sentidísima. Merecen una especial enhorabuena los americanos, por la cantidad de entusiasmo que supone el sacrificio por ellos realizado, y los abnegados organizadores de esas Peregrinaciones por los trabajos y sinsabores de todo género que generosamente han tenido que arrostrar.

América vino presidida por los Sres Obispos Salesianos Excmo Sr. Antonio Lustosa, Arzobispo de Belém do Pará; Excmo Sr. Don Domingo Comin, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza; Excmo Sr. Don Arturo Jara, Vicario Apostólico de Magallanes; Excmo Sr. Don Emilio Sosa, Obispo de Concepción (Paraguay) y Mons. Pedro Massa, Administrador Apostólico de Río Negro y Porto Velho.

España vino presidida por el Emmo Sr. Cardenal Vidal y Barraquer, Arzobispo de Tarragona, y el Excmo Sr. Obispo de Málaga, Don Manuel González.

Como detalle simpático de la Peregrinación española, hemos de hacer mención del arrojado demostrado por los dos jóvenes exalumnos sevillanos, José Tapia y José Villegas, que fueron a Roma en bicicleta, empleando en el viaje 40 días cabales, y por los exalumnos bilbaínos, Angel Basterrechea, José Santiago, Julián Salamanca e Ismael Arnaiz, que lo efectuaron a pie, en un periodo de 37 días.

Palomas mensajeras.

¿Cómo no había de confiarse la noticia de la Canonización de Don Bosco a heraldos tan simpáticos, símbolo clásico de la humildad y de la inocencia?

La iniciativa fué de un colombófilo turinés, quien, apenas proclamada la santidad de Don Bosco, soltó en Roma dos palomas « Bricoux », para que llevasen a la Casa Madre de Turín la feliz nueva, antes que ningún otro ser animado pudiera realizarlo.



Los valientes Exalumnos españoles que fueron a Roma, a pie unos, y en bicicleta otros.

Una de ellas desempeñó muy bien su cometido, habiendo sido hallada a las 4 de la tarde, del día 2, en su palomar, de Turín, con esta misiva del Rector Mayor: *Ciudad del Vaticano - 1º de Abril de 1934 - a las 11,30 - Director Oratorio Salesiano. Turin.*

¡Aleluya! El Vicario de Cristo acaba de proclamar Santo a Don Bosco. Bendiga él a Turin, a Italia y al mundo entero. Pedro Ricaldone.

La otra mensajera no fué tan afortunada, pues el mismo día y precisamente a la misma hora, fué hallada herida, de una perdigonada en el pecho, sobre terrenos pantanosos de Marina Pietrasanta (Lucca).

El Sr. Cenobio Puliti, que hizo el hallazgo y lo telegrafió en seguida, pensando tal vez en Don Bosco, llevóse al animalito a su casa, con ánimo de curarlo y devolverlo a Turín.

Los poetas podrán sacarle a este idílico episodio más de una feliz aplicación; nosotros nos hemos de contentar con dejarlo aquí consagrado.

Primeros reflejos de la Canonización en el mundo.

No cabe duda que este grandioso hecho — como decía el Papa en uno de sus paternales augurios — producirá, en todas partes, renacimientos de fervor, y las primeras noticias vienen ya a confirmarlo.

El Cardenal Schuster, Arzobispo de Milán, ordenó que los días 26, 27 y 28 de Abril en todas las iglesias de la ciudad fuese glorificado Don Bosco con un triduo solemne predicado,

en virtud de cuya disposición, en más de 60 púlpitos fueron exaltadas simultáneamente las benemerencias y virtudes del nuevo Santo.

En el Brasil, la víspera de la proclamación de San Juan Bosco, la Asamblea Nacional Constituyente aprobó por unanimidad, un voto particular, proponiendo un homenaje a nuestro Fundador, y toda la Cámara puesta de pie, rompió en un aplauso entusiasta. Se hizo constar el especial agrado con que la Asamblea veía la labor civilizadora llevada a cabo, con infatigable actividad, por la Sociedad Salesiana, en aquella vasta República Suramericana, y se cursó un telegrama al Papa, dándole noticia del acuerdo, y haciéndole presente el filial acatamiento de la Asamblea.

Chile dispuso, mediante oportuno Decreto de su Presidente, fechado el 2 de Abril, que, en todas las Escuelas e Institutos docentes del Estado, se ilustrase la obra de Don Bosco, e instruyese a los alumnos sobre los beneficios por él prestados a la nación chilena.

La música religiosa de las fiestas.

Parece ser que, en Roma, son muchos los que atribuyen a una gracia especial de S. Juan Bosco la sorprendente revivificación del genio perosiano, y que es el propio Perosi el primero en afirmarlo. ¿Cómo negar que su nuevo *Te Deum* y su grandiosa *Missa Iubilaei*, ejecutados, en San Pedro, el día de Pascua, han venido a reverdecer los días más gloriosos del célebre compositor?

Osservatore Romano decía, hablando de estas dos obras: « Todos los versículos del *Te Deum* pueden ser considerados como joyas del arte religioso y de la inspiración musical, pero el último, *In te Dómine speravi*, es sencillamente sublime.

» Su *Missa Iubilaei*, es el fruto postrero de

un gran genio musical, obra de potente vitalidad y de fresca inspiración. Desde los primeros compases, se reconocen los cánones fundamentales del Maestro: fidelidad a la tradición y a la línea y estructura clásicas, pero dentro de una nueva arquitectura de acordes y de formas. Los temas, los juegos de la voces, la lógica de los desarrollos, la variedad expresiva, la novedad de algunas armonías, dejan adivinar una reacción creadora, que tiene algo de milagroso ».

Y ¿qué decir de nuestros maravillosos Maestros salesianos Antolisei, De Bonis, Pagella, Hlond, Dogliani, Escarzanella que, tanto en Roma como en Turín, nos han hecho gustar Programas musicales realmente magníficos? De obras clásicas de la polifonía serán clasificadas muchas de ellas por los competentes, singularmente la nueva Misa de Antolisei, vestida de nuevas y graciosas formas y tendente a facilitar de un modo grandioso y artístico la intervención popular, y la soberbia *Missa Canonizationis Sancti Ioannis Bosco* de De Bonis, llena de imponentes sonoridades y efectos contrapuntísticos incomparables, que no dudamos en calificar de obra maestra. Del Mtro Pagella es el nuevo himno oficial de San Juan Bosco que, durante el gran Cortejo del día 8, llenó toda Turín de bellas y sugestivas melodías.

A todos ellos y a los magníficos ejecutantes la más sincera enhorabuena.

Recuerdo-homenaje a la madre del Santo.

— Hubiese sido imperdonable que a Mamá Margarita se la hubiese preterido, que en estas días, no se la hubiese asociado, de alguna manera, a la gloria del hijo, y ello debía ser iniciativa de la Asociación turinesa de *Madres Cristianas*, tan benemérita y rica en obras de celo.

El domingo 22 organizóse, pues, una expedición a I Becchis, presidida por nuestro Rector Mayor, y allí tuvo lugar una fiesta sencilla pero llena de santas intimidades, en honor de la mujer admirable que, dentro de aquellos muros ruinosos, supo nutrir y hacer fecundas tantas virtudes heroicas, y tantas iniciativas de apostolado, destinadas por Dios, de un modo estuendo, a fructificar en el mundo.

Después de la correspondiente función religiosa, descubrióse una lápida, que habrá de recordar perpetuamente a los peregrinos las grandes virtudes y solícitos desvelos de la que trajo al mundo este prodigio de santidad que se llama Don Bosco, no sin haberse antes descubierto de paso otra lápida en Chieri y precisamente en un pobre *bar* lugareño, donde el Santo, al iniciar su carrera sacerdotal, actuara como mozo de café, para socorrer, con las propinas que fuese ganando, su extrema pobreza, y ayudarse a costear los estudios del Seminario.



El maestro Perosi en su estudio.

SUMARIO Las grandes Jornadas de la Canonización - Las solemnidades de Roma - El día 1 de Abril en San Pedro - San Juan Bosco exaltado en el Capitolio - La memorable Audiencia de San Pedro - Magnífica coronación de las Jornadas Romanas en el Instituto Pío XI - El Relicario de S. Juan Bosco regalado al Papa - Las solemnidades de Turín - El día 8 de Abril (Un Pontifical y un Cortejo solemnisimos) - El 10 de Abril (En honor de San Juan Bosco se inaugura oficialmente el Instituto "Conti Rebaudengo") - El 12 de Abril (Espléndido Ramillete de fiestas - 10.000 niños de las Escuelas Públicas en torno de Don Bosco - Una primera piedra en el Oratorio Festivo - Lápida conmemorativa en la Capilla Pignardi - El nuevo altar de San Juan Bosco) - Los triduos celebrados en Roma y Turín - Miscelánea de la Canonización (Las iluminaciones de Roma - La Casa Real y el Gobierno de Italia en las fiestas - Turín y la Sociedad Fiat - Peregrinaciones de España y América - Palomas mensajeras - Primeros reflejos de la Canonización en el mundo - La música religiosa de las Fiestas - Homenaje a la Madre del Santo).



PEREGRINOS ESPAÑOLES EN LOS BECCHIS Y EN CASTELNUOVO

NUEVA ICONOGRAFIA DE SAN JUAN BOSCO

El Hombre de Dios, a quien la Iglesia acaba de declarar Santo, proponiéndolo a la devoción de la cristiandad como fúlgido modelo de virtudes, el educador irresistible, el Apóstol de la juventud ha sido representado con líneas inspiradas, en dos magníficos cuadros debidos al pincel de Rollini, de cuya reproducción la Editorial S. E. I. ha conseguido la exclusiva.

De estos dos modelos, saturados de piedad y de un dulce realismo, que representan al Santo con parecido auténtico y en actitudes en él habituales, han sido tomados todos los objetos de devoción que hoy tenemos el gusto de ofrecer a sus devotos. Uno de los modelos representa a San Juan Bosco, de rodillas, en actitud de orar ante una estatuita de María Auxiliadora, y el otro es un medio busto tomado de frente y en el habitual modo paterno del Santo.

OLEOGRAFIAS

Para que la imagen de San Juan Bosco entre en todas las casas.

OLEOGRAFIA en tela recia.

- « San Juan Bosco arrodillado » a colores, cuerpo entero, 72 por 102 Liras 20
« San Juan Bosco » de medio busto, visto de frente, 72 por 102 » 20

1) REPRODUCCIONES EN ROTOCALCO.

- a) tamaño cm. 17 por 24 - 1 asunto, cada uno L. 0 40
b) tamaño cm. 25 por 35 - 1 asunto, cada uno » 0 75
c) tamaño cm. 35 por 50 - 1 asunto, cada uno » 1 50

2) ESTAMPAS.

- a) en rotocalco, sin oración - 6 asuntos, el ciento L. 2 50
b) en rotocalco con bordes dorados sin oración - 6 asuntos, el ciento » 4 —
c) en fotolitografía, con oración - 2 asuntos, el ciento » 4 —
d) en imitación fotografía, sin oración - 6 asuntos, el ciento » 15 —
e) en opalina con orlas, sin oración - 1 asunto, el ciento » 25 —
f) en opalina con bordes dorados, sin oración - 1 asunto, el ciento » 50 —
Hoja de 4 páginas, a colores - 3 asuntos, el ciento » 5 —
Postales en rotocalco - 6 asuntos, el ciento » 7 —
Cartulinas en rotocalco - cm. 6,2 por 10 - 2 asuntos, ciento » 4 50
Cartulinas en rotocalco - cm. 7 por 11 - 2 asuntos, ciento » 5 —
Cartulinas en rotocalco - cm. 9,5 por 11 - 6 asuntos, ciento » 6 —

3) MEDALLAS, con las imagen de San Juan Bosco y María Auxiliadora.

- a) de aluminio, el ciento L. 3 - 4 - 4 - 50 - 5 - 6 - 11 - 27 - 50 - 32.
b) de metal patinado, el ciento L. 13 - 30 - 35 - 45 - 48 - 75.
c) de alpaca plateada, el ciento L. 26 - 27,50 - 30 - 35 - 36 - 45 - 50 - 60 - 65 - 67 - 50 - 75.
d) fantasía doublé, cada una L. 6,25 - 6,50 - 7,50.
e) fantasía doublé y madreperla, cada una L. 11 - 16.
f) fantasía extra, cada una L. 20 (tres asuntos).
g) de oro, cada una L. 10 - 12,50 - 45 - 60.

4) CUADRITOS con estampa o plaquita y la imagen de San Juan Bosco.

- a) de metal L. 0,70 - 1 - 1,75 - 2 - 2,50 - 3,50 - 4 - 4,50.
b) de piel L. 1,75 - 3,25.
c) de galanita L. 7 - 9 - 9,50 - 15.
d) de alabastro L. 6 - 8 - 10 - 17 - 20.

Hay también afileres, brazaletes, sortijas de plata, etc. a precios sumamente módicos.

VIDAS DE SAN JUAN BOSCO

SAN JUAN BOSCO del Dr. J. B. CALVI, con 25 cuadros del pintor Conrado Mezzana. Un tomito elegantísimo, impreso en fototipia, papel superior y cubierta artística. Edición española L. 4 —

Tenemos todavía disponibles varios ejemplares de la VIDA DEL B. J. BOSCO escrita por J.

B. LEMOYNE. Un tomo de 635 pág. con ilustraciones magníficas. Rústica L. 20 —

Tela » 27 —

Para encargos, dirigirse a la Sede Central de la S. E. I. Corso Regina Margherita 176, Turin.



S. E. I. — TORINO.

LA GLORIFICACIÓN DE SAN JUAN BOSCO
EN SU BASÍLICA DE MARÍA AUXILIADORA.

Tip. Vincenzo Bona (Reparto Rotocalco) - Torino.